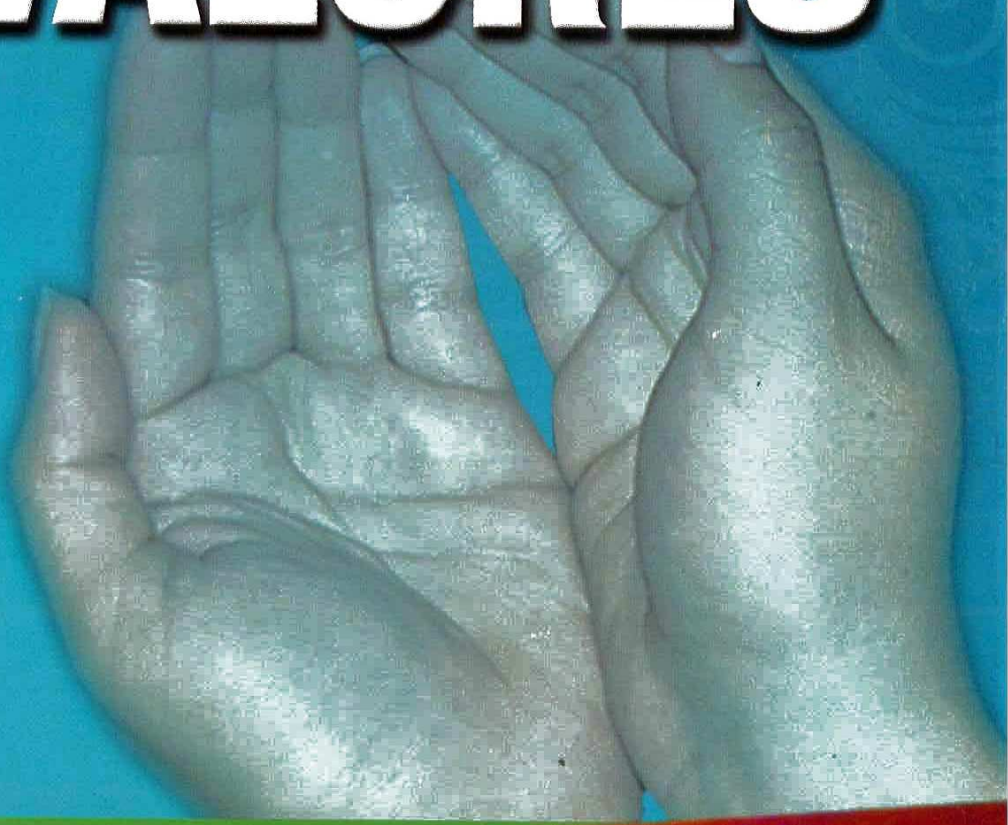


ANTONIO GALLO ARMOSINO



# INTRODUCCIÓN A LOS VALORES



Universidad  
Rafael Landívar  
Tradición Jesuita en Guatemala



ANTONIO GALLO ARMOSINO

**INTRODUCCIÓN**  
A LOS  
**VALORES**

Guatemala, 2006



## INTRODUCCIÓN A LOS VALORES

Editor	© Dr. Antonio Gallo Armosino © 2006 Universidad Rafael Landívar, Guatemala, Guatemala, C. A.
Dirección de Producción	Armando Najarro Arriola Leslie
Coordinación de Producción	Lucrecia Quiñónez Rodas
Editora especial	
Coordinadora Maestría en Filosofía	M.A. Eugenia DelCarmen C.
Editora	Mariana Aragón Castro de Viau
Diagramación	Karla Aragón
Diseño de portada	Karla Aragón
Fotografía contraportada	Dirección de Comunicaciones, URL

Reservados todos los derechos por el autor, de conformidad con la ley. Este libro no puede ser reproducido total o parcialmente, por ningún medio mecánico o electrónico, sin expreso consentimiento del editor.

Primera edición

Producción Programa de Fortalecimiento Académico de las Sedes Regionales -PROFASR-

ISBN 99922-893-7-6

Autoridades de la URL	
Rectora	Licda. Guillermina Herrera Peña
Vicerrector General	Ing. Jaime A. Carrera
Vicerrector Académico	Lie. Rolando Alvarado, S. J.
Vicerrector Administrativo	Lie. José Alejandro Arévalo Albúrez
Secretario General	Lie. Rolando Escobar Menaldo



# ÍNDICE

Página

Presentación ..... ix

Introducción ..... xi

## Parte A

### I. El sery el valor ..... 1

1. Mi propia persona .....	1
2. La vida .....	5
3. La vida es valor .....	6
4. Experiencia y valores .....	8
5. ¿Hay esencias en los valores? .....	10
6. ¿Qué es un valor? .....	12
7. La calidad del valor .....	14
8. Diferentes cualidades en el campo de los valores .....	15
9. Cómo se perciben los valores: la valoración .....	16
10. Una calidad inherente .....	17
11. La calidad axiológica y mi persona .....	19
12. El sentimiento como principio de acción .....	22
13. El horizonte axiológico.....	22
14. Objetividad de los valores .....	24

### II. Conciencia y realización de los valores ..... 26

1 Génesis de los valores .....	26
2. Los juicios de valor .....	27
3. El valor como criterio.....	29
4. El mundo de los valores .....	30
5. El valoren la persona .....	33
6. Los valores y la axiología.....	35
7. Los filósofos de la axiología .....	41

<b>III. La ética en el contexto general de los valores .....</b>	<b>46</b>
1. Los valores morales.....	46
2. Carácter de la moralidad .....	47
3. Origen de los valores morales .....	48
4. Fundamento de los valores morales.....	51
5. El valor moral y la persona humana .....	53
6. Los valores morales en la sociedad .....	54
7. Un mundo de valores morales .....	56

## **PARTE B**

### **I. Valores morales naturales y valores morales cristianos .....**

1. Valores morales naturales .....	61
------------------------------------	----

### **II. Los valores morales bíblicos .....**

1. Valor moral del hombre.....	74
2. Lo esencial del hombre .....	75
3. La moral matrimonial.....	77
4. La moral social .....	78

### **III. Los valores morales evangélicos**

#### **81**

1. La moral de la buena nueva .....	82
2. La luz del crepúsculo .....	84
3. El pecado como antítesis de moralidad.....	85
4. La nueva comunidad.....	87
5. La ley del amor .....	89
6. Una moralidad ideal: las Bienaventuranzas .....	90
7. La evolución de los valores morales .....	94



## PRESENTACIÓN

Estimado Landivariano (a):

Tienes en tus manos una obra oportuna, lúcida y sugerente. Su oportunidad es innegable. Los tiempos que estamos viviendo, protagonizando y padeciendo, están impregnados de mucha confusión, distorsión y, en no pocas situaciones, de grave contradicción en torno a qué son los valores, en general, y los valores morales, en particular. Son, en este sentido, tiempos decisivos y apremiantes de cara a retomar los auténticos valores sobre los cuales asentar nuestro comportamiento personal y nuestra convivencia social.

Aunque su autor presenta esta obra como un "pequeño manual", la lucidez con que la ha realizado y la riqueza racional que en sus páginas anida, hacen de la misma un libro imprescindible para todas aquellas personas que aspiremos a no naufragar en nuestros principios y criterios morales en medio de la actual tormenta. Sean estos criterios de base meramente humana o, bien, que estén matizados y situados en el horizonte de la fe cristiana, el autor nos lleva a la raíz misma de ambas posturas; más aún, las enlaza y articula con una maestría y un respeto lógico impresionantes, poniendo en evidencia una vez más que la "razón y la fe" son, en verdad, dos alas de un único espíritu humano cuando éste desea volar y avanzar hacia su plena e integral realización alzándose sobre la irracionalidad, el dogmatismo, el dualismo y la incoherencia vital.

Es esa la cordial invitación que nos hace: *vivir e irradiar, en el aula y fuera de ella, los valores que expresen con autenticidad el ser miembros de una comunidad educativa que busca y que pretende la "excelencia académica con valores"*. Nos convoca alrededor de esa búsqueda, evocando, gracias a su método fenomenológico, la experiencia que subyace y en que consiste percibir y hacer nuestro un valor moral determinado; pero no lo hace para que nos complazcamos en la claridad mental conseguida a través de dicho método, sino para provocarnos, para exhortarnos a realizar cotidianamente, como individuos y como comunidad humana, esos valores encontrados y dilucidados.

En el cuatrocientos cincuenta aniversario del nacimiento a la vida eterna de Ignacio de Loyola, insigne maestro de la salud espiritual, la Universidad Rafael

Landívar agradece al Dr. Antonio Gallo, SJ, estas sugerentes páginas que tendrán como fruto, en quienes las lean, trabajen y hagan suyas, intensificar su salud vaiorativa en general y su salud moral en particular.

Rolando Alvarado, SJ  
Vicerrector Académico  
Guatemala, 31 de julio de 2006

## INTRODUCCIÓN

Hoy el tema de los valores se ha generalizado. Posiblemente la razón de esta problematización es la triste realidad de la corrupción en las estructuras públicas y privadas, de la apropiación escandalosa de los bienes en detrimento de las comunidades y en favor de intereses particulares. Se hace necesario un discurso básico sobre valores que parta de sus orígenes.

Con esta introducción se quiere trazar un enfoque fundamental sobre los valores humanos. Se considera necesario este enfoque, como una visión orientadora por el desconcierto, bastante común en nuestros días, con relación al conocimiento y a la práctica de los valores. Se dice que se han perdido los valores, sobre todo, los valores morales. Se dice que hay un relativismo desbordante y un subjetivismo brutal que amenazan con destruir a la sociedad y convierten la vida diaria en un riesgo constante, un peligro del que es preciso defenderse.

La presente introducción quiere indicar cuáles son las raíces últimas de los valores y cómo estos configuran el ser humano de un modo positivo, haciéndolo capaz de convivir, perfeccionarse y comunicarse. Este es un pequeño manual que puede servir de consulta como texto de referencia al preguntarse cuáles son los valores que dominan mi vida personal y mi actividad social.

Aunque yo no pretenda teorizar, de hecho, vivo entre valores y privilegio aquéllos que, según la tradición, la costumbre y la propaganda, son los valores del ambiente. Para no dejarme arrastrar por una corriente anónima y, a veces irracional, conviene que reflexionemos sobre los principios que regulan mi vida y mi actividad cotidiana. Al tratar de cualquier clase de valores, sean económicos, sociales, estéticos o morales, surge constantemente la pregunta sobre su fundamentación.

Es imposible discutir de un conjunto de valores sin hacer referencia a la raíz última. Esta es la que proporciona el sentido a toda clase de valores y da la razón de su carácter y necesidad. Por esto, la Universidad Rafael Landívar pone a disposición de todo su personal estas páginas, con la intención de ofrecerles un punto de referencia fácil y un estímulo en el proceso de su evolución científica y humana.



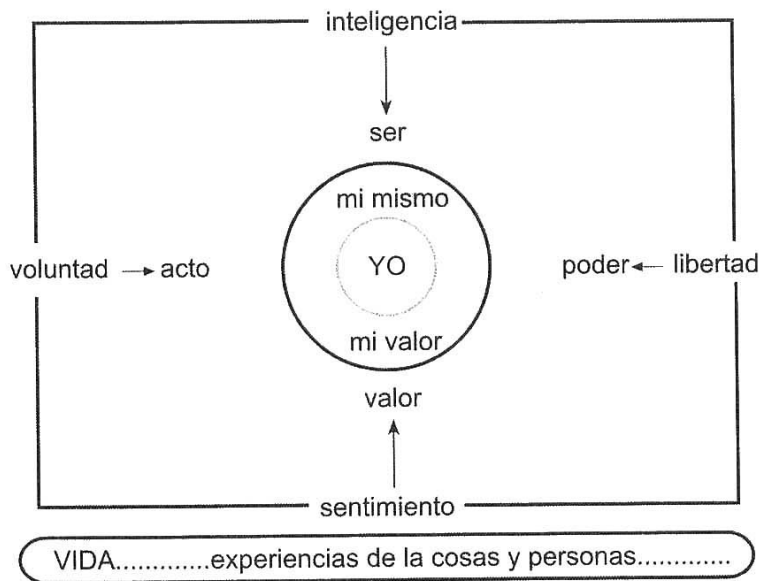


## 1 MI PROPIA PERSONA

Cualquier reflexión sobre valores, por su necesaria integración en el individuo humano, debe comenzar con el reconocimiento de mi propia persona como realmente existente. Esto es lo que llamamos el yo; este centro de operaciones y responsabilidades que es mi propio ser, en su existencia particular, concreta y diaria; es decir, *yo mismo*. Este yo mío existe en su actividad de cada momento, en el mundo de cosas y personas que lo rodean. Todo esto es múltiple y disperso; puede llamarse el mundo de la experiencia. Entonces, es necesario preguntarme: *¿qué posee mi yo, por encima de todos estos elementos fluctuantes que me rodean?* La pregunta se refiere a los *elementos "a priori"* que el yo posee por su propia naturaleza, cuando se le vacía de todos los contenidos contingentes que lo llenan a cada momento. Presentaremos, en forma esquemática, estos *elementos*

*"a priori"*. Estos se consiguen con una reflexión crítica, eliminando simplemente todos los contenidos de sus actividades. Del propio yo, o sea, de mi persona no es posible conseguir una visión directa. Aunque nos veamos en un espejo, sólo descubrimos una imagen de nosotros y, además, muy superficial. Nunca veremos nuestro yo como es en sí, por ejemplo, como vemos las cosas de la experiencia. Por la fenomenología es posible hacer un análisis del Yo a través de una descripción y una reflexión por la reducción llamada *epojé*. Esta consiste en observar la actividad del yo en sus expresiones concretas de conocer y hablar, es decir sus elementos *"a posteriori"*... La reducción consiste en la eliminación progresiva de los elementos de la experiencia desde un punto de vista crítico. Únicamente de esta forma se capta el yo en sus propiedades intrínsecas. Entonces el yo se nos da como unidad racional y conciente, con sus *elementos "a priori"*. Las

 **ESQUEMA 1**



y *Libertad*. Llamaremos a estos cuatro elementos la estructura básica del yo; es decir, de mi propia persona. En el centro está el yo, es decir mí mismo, tal como soy en este momento, con mi historia, con mi ser, con los valores asimilados, con las ideas elaboradas a lo largo de mi vida. Esto no impide que, a la vez, coexistan

actividades son los actos concretos que realizamos como: querer una cosa, aceptar una invitación, estudiar un teorema, decidir una compra, responder a una provocación. En cada uno de estos actos intervienen en forma empírica *mi conocimiento de las cosas, mi aprecio por la actividad a realizar, la libertad para realizarla y la voluntad que hace efectiva la acción*. Eliminando todos estos contenidos, puramente ocasionales, me quedo con la estructura fundamental, es decir, con lo *a priori* de mi yo que puede presentarse en la forma siguiente.

Alrededor del yo hay cuatro *elementos "a priori"*, que subsisten aunque los liberemos de todo contenido real. Yo, mi propio yo, queda con todas sus estructuras *a priori* que aquí tipificamos en cuatro dimensiones irreductibles: *Inteligencia, Sentimiento, Voluntad*

las cuatro dimensiones indicadas de inteligencia, sentimiento, voluntad y libertad, como potencialidades de la actividad presente y futura de mi yo. Todo este conjunto se enfrenta a la vida que se da en la experiencia de las cosas y las personas que nos rodean, y en cada momento de nuestro proceso viviente.

En cada experiencia actúan las cuatro dimensiones del yo. Por ejemplo: *Me traslado a mi clase*. En esta experiencia intervienen:

- a. el conocimiento de lo que estoy haciendo;
- b. la voluntad de alcanzar el acto;
- c. la libertad de poder decidir;
- d. el sentimiento del valor de mi acción.

Es evidente que no puedo eliminar ninguno de los cuatro componentes

que configuran la estructura misma de mi yo. Ni puedo reducir ninguna de ellas a las demás. Sin embargo, las cuatro actúan como una sola unidad: *mi yo*. El yo sigue siendo el centro: el que quiere, el que capta el valor, el que conoce, el que se determina libremente y, la experiencia, el momento actual, en este espacio y en este tiempo, es lo que recoge esta unidad en un mundo existente y trascendente. A la capacidad del yo, para aplicar sus propios a *priori*, en cada momento de la experiencia y sin ningún límite preestablecido, la llamaremos la *trascendentalidad* del Yo. El yo es trascendental (no solamente trascendente) por esta apertura ilimitada de su propio ser: *por esta capacidad de 'hacerse'*.

Es importante recordar que los cuatro conforman la estructura a *priori* del yo. El yo no puede liberarse de ellas, pero el yo manda en su propia casa y establece la forma según la cual operar: es *el centro racional que llamamos persona*. El yo posee su propia racionalidad según la cual toma sus decisiones pero, las toma según las cuatro estructuras indicadas. Será conveniente especificar cuál es el carácter de cada una de estas estructuras, antes de entrar al campo especial de los valores, a. La inteligencia capta el ser de las cosas dadas en la experiencia y sus relaciones. Conoce el ser de las cosas, intuye, discurre y reflexiona.

A raíz de esta actividad, recibe no sólo sensaciones materiales, sino percepciones de toda clase y se expresa en la mente con imágenes y con ideas. Todo esto se consigna en la memoria y constituye la historia del propio yo. El conocimiento intelectual produce en la mente ideas y conceptos. Estos conceptos captan el significado intelectual de las cosas conocidas, de una manera abstracta. A estas abstracciones se les llama esencias que nos dan el significado de las cosas, son *significativas*.

- b. La voluntad es la fuerza que desencadena la acción. La voluntad quiere un acto que puede ser simplemente la organización de una idea, o bien, un valor que pide ser realizado, o una acción que dependa de la libertad.

La voluntad no juzga, ni toma decisiones, simplemente quiere, desea, exige, etc. Para actuar, necesita ser iluminada por la inteligencia, respaldada por una decisión, atraída por un valor. La voluntad opera conjuntamente con la inteligencia y el valor, a las órdenes del yo racional.

- c. La libertad es el poder ser. Un hombre libre puede cambiar y ser de un modo u otro, renovarse. Libertad es apertura; es poder ser otra cosa de lo que uno es. Es la capacidad que evade de una situación y determina otra.

Su acción directa es ser otro, adquirir nuevos caracteres: *poder cambiar*. La libertad excluye la necesidad, la dependencia. Esta característica es propia del ser humano en cuanto existente: *poderse determinar*. Pero, lo de decidir el cambio le toca al yo, a la persona que actúa racionalmente. La libertad también precisa de los otros tres elementos para que se haga efectiva. Necesita conocer, captar el valor y necesita de la voluntad para actuar, d. El sentimiento es la capacidad de detectar un valor; sentir el valor; evaluar o apreciar. No se trata de emociones psicológicas, sino de una dimensión fundamental del yo, quien evalúa su propia relación con las cosas, el carácter de los seres que se dan en el conocimiento. El sentimiento siente, no conoce, no elabora ideas, pero aprecia el valor que se da en la experiencia. Distingue entre positivo y negativo, agradable o repugnante, noble o vil, admirable o deplorable, fuerte o débil, digno o indigno, etc., de cualquier cosa que se ofrezca en la experiencia. El producto de este sentimiento es la captación de un valor, una vivencia axiológica. El sentimiento del valor interviene en todo conocimiento. Lo dado en la experiencia es percibido, por el sentimiento, como valor. Así como la inteligencia percibe

el *significado* de un ser, el sentimiento intuye el *valor* de éste. Valor y ser se experimentan al mismo tiempo, pero son dos dimensiones de lo *dado* en la experiencia y corresponden a dos facultades del yo.

Sobre esta base, y pensando que en cada caso particular las cuatro estructuras operan armoniosamente en conjunto como estructuras del yo, podrá plantearse el problema del valor como dimensión básica de la experiencia, posiblemente anterior a la captación de cualquier cosa que se presente como un ser.

El valor, en la experiencia, viene primero. Se trata, pues, de la dimensión fundamental del yo y de su *mismidad*. Esta prioridad del valor debe ser aclarada.

Utilizaré algunos ejemplos:

- a. Si alguien me da un golpe en la cabeza, sin que yo lo vea venir, capto primero lo desagradable, lo duro, lo malo del golpe antes de preguntarme: ¿qué es? Capto un valor negativo. Esto sucede en todas las experiencias.
- b. Veo este clavel rojo. Lo primero que percibo es el impacto del color, luego pregunto: ¿qué flor es? Capto el valor estético.
- c. Encuentro una persona querida: lo primero que siento es la alegría, antes de preguntarme



el qué o el cómo. Posiblemente no se ha reflexionado sobre esta prioridad, pero se trata de un hecho experimental.

Aún cuando se considerara que el valor y el ser vienen unidos, siempre habría prioridad del valor en el sentido de importancia. Una experiencia que no tenga valor, se olvida; la que vale, se graba. En realidad, ningún ser se da sin que posea algún valor. *Ser y valor* son dos dimensiones de lo dado, de la vida. Así lo expresa Whitehead: *La importancia, la selección y libertad intelectual, están atadas recíprocamente y todas implican una referencia a algún 'hecho' o ente* (p. 9-10, Modes of Thought) y, *la noción de 'hecho' es la base de la importancia.* (id., p. 5)

**2 LA VIDA** La vida fluye dentro y alrededor de nosotros como el proceso general de nuestra existencia. La vida es lo primordial y posee una unidad en sí misma, con y más allá de nosotros y de nuestra conciencia. La vida es tan concreta como lo somos nosotros mismos, a pesar de nuestro pensamiento abstracto y la espiritualidad de nuestra alma; todo nace y se resuelve en la vida. Constituye una unidad que, a pesar de su devenir constante, nunca interrumpe el proceso y la continuidad de su ser.

Todos los pensadores importantes de la humanidad han reflexionado sobre la unidad de la vida. En el mundo Occidental, desde los Presocráticos a Platón; desde el aristotelismo al racionalismo de la época moderna la pregunta sobre la vida ha sido la primera pregunta y la actividad especulativa ha tratado de dar una respuesta a esta unidad. Aún la dialéctica hegeliana y marxista han enfocado la vida como una unidad continua, observando particularmente su transcurso, el fluir continuo y cambiante. Con Teilhard de Chardin se ha visualizado científicamente la vida como un proceso totalitario, único. Aún la especulación contemporánea gira alrededor de la vida como identidad y como diferencia.

La vida es nuestra primera experiencia; *la primera y la última porque nunca cesa de estar frente a cada uno de nosotros.* En su larga historia, la vida ha sido pensada en dos formas. Como un ser estable abstraído y fijo como los conceptos y se ha visto como *un ser*; o bien, se han diluido los conceptos en el intento de adaptarlos al flujo mismo de la vida y se ha visto como *un devenir*. En ambos casos, los filósofos se han dedicado a pensar en la vida como *aquello que es* (el 'on' griego) y muy poco se ha prestado atención a la vida como *aquello que vale* (el 'áxios' griego).

Por supuesto, se ha hablado del Bien, pero éste ha sido reducido generalmente al ser. Aún Platón, quien coloca la idea del bien por encima de la idea del ser, acaba por declararlo un *ser superior*. Sólo a finales del siglo XIX y en el siglo XX se ha enfocado el valor como algo que merece ser estudiado en sí mismo. Esto nos ha conducido a la situación actual, en que la sociedad que conocemos se encuentra angustiada por la falta de valores, o por decirlo más precisamente, por un desorden axio-lógico que crea confusión en la conducta privada de las personas y pública de la sociedad. Para aclarar el problema del valor es, pues, necesario volver a enfocar la vida como experiencia primaria. En este contexto, nos vamos a limitar a la vida únicamente como vida humana y su carácter.

### 3 LA VIDA ES VALOR

Si partimos de nuestra experiencia personal, vemos que la vida antes de verse como un *ser* se ve como un *valor*. Nuestra vida humana se ve como algo que corre, que avanza, que conquista, que se realiza. Este proceso se da como una fuerza que rompe barreras, que construye, que se apodera. Esto sucede en cada ser humano, en todas sus circunstancias. Esta fuerza mueve, pesa, importa, vale; por eso,

se le denomina *valor*. Esta energía que se desencadena, que busca, se multiplica y se afirma es el primer valor. No decimos que es sólo valor. No negamos que sea *algo*, que pueda ser conceptualizado. Sólo vemos que es valor y, como tal, mueve el proceso de la vida: el valor se siente, arrastra, atrae, se desea. Yo vivo dentro del valor de la vida. Cada cual puede describir el proceso de su propia vida en el valor. Utilicemos ejemplos obvios:

- a. El niño recién nacido busca a la madre, se apodera de ella, llora si se aleja; reconoce al padre. Se siente seguro con él.  
El muchacho se apodera de los suyos, se apodera de un juguete, se encapricha con un deseo.  
Todo lo que lo mueve es valor. Para el niño no hay seres, sólo valores.
- b. El joven busca amistad, escoge sus compañeros, no quiere estar solo, reconoce a su familia y la domina; tiene curiosidad y quiere saber. El joven se rebela ante la autoridad, conquista amigos, se indigna en contra de la mentira, quiere la verdad, discrimina, odia, desea.
- c. Si alguien nos separa de lo que amamos, sentimos el desgarramiento; se nos arranca un valor. Buscar una carrera, una ciencia, desarrollar una habilidad estética, es un valor. Yo mismo soy un valor de la vida.

d. El adulto busca la riqueza, la belleza, el amor; se esfuerza para conseguir fama y poder. El adulto busca la acción, compara los valores. Planea lo que desea, proyecta hacia el futuro las posibilidades de llegar a ser, rodearse de bienes, de valores de toda clase. Antes de planear el futuro, se piensa en su valor. La vida nos incorpora sus valores. La fuerza de los valores que nos rodean, pone de relieve el valor de nuestro propio poder, llegamos a ser hombres valiosos en la vida y nuestros valores humanos son superiores, por el contraste de la mente y la conciencia con los valores ciegos, anónimos y materiales de la vida.

Llegamos así a considerar el valor humano, como el máximo valor en la vida; y esta apreciación es general para todo individuo humano: un ser que piensa, desea, proyecta y ama. Es particular de cada uno y general de todos los hombres. *Ser superior* de la vida no significa ser *aparte* de la vida, sino en la vida misma. Ningún valor vale por sí, sino por la vida que lo produce pero, el valor humano como máxima expresión de la vida, es el más precioso, el más profundo, el más general en su propio ámbito. Ningún otro valor de la vida puede compararse con el valor humano. Entonces, el precio de lo humano es más elevado que el precio de cualquier otro aspecto del mundo.

Hay otra razón importante para reconocer la diferencia entre el valor humano como tal y el valor de las cosas. Esta es su conciencia. La conciencia humana es un valor que alcanza a todo ser humano en cuanto humano y esto nos da la medida de lo humano en cuanto tal. Su apertura es infinita y el deseo de la conciencia es también infinito. La dignidad de la conciencia humana fundamenta la libertad humana, como voluntad de conquista de todos los valores del universo. Se llega, por tanto, a una definición axiológica del valor humano: es *conciencia, es inteligencia, es voluntad, es libertad, es amor y verdad*. Todo esto puede reducirse a una sola palabra: es lo humano y es la *dignidad humana*.

Teóricamente hablando, el hombre vive de los valores y por los valores. La oposición que a menudo se ha establecido entre conocimientos y valores, o inteligencia y aprecio, no tiene sentido, ni validez, porque la inteligencia es ella misma un valor. No se contraponen sino que se complementan: *ser y valor*. Sin duda, la inteligencia ensancha el campo de los valores, pero es también cierto que la percepción de los valores abre un nuevo campo de conocimientos y amplía el sentido de la vida. La misma cosa que, en cuanto ser, se conoce con la inteligencia, con el sentimiento se aprecia como valor. ¿Aprecia usted su carrera? Todos los

contenidos de estudio de su carrera son conocimientos; pero cada uno posee su propio valor y su adquisición hace crecer su valor como persona humana.

## 4 EXPERIENCIA Y VALORES

Que la vida se experimente, no necesita ser probado. Antes de haber definido la vida, ya la experimentamos. Es un saber acrítico pero es un saber fundamental y, en esta experiencia primigenia, ya se dan los valores. Sin hablar de la vida, en concreto, ya sabemos lo que la vida es, lo sabemos experimentalmente. Es un saber elemental. Los valores se dan originariamente en ciertos niveles como respuestas a una necesidad básica, que toma múltiples formas. La podemos llamar *avidez*. Esta avidez no tiene nada de subjetivo, aunque se trate de mi propia avidez. Podemos también llamarla hambre, sed, aspiración, stress, carencia. En este caso, no hay palabra apropiada para indicar la *necesidad-primitiva* de mi propia vida. El aire es para respirar, el agua para beber, una fruta para comer, un perfume para inhalar, un sonido para escuchar; una luz para ver, un tronco de árbol para que me apoye en él, una cosa para que la toque, un espacio para que me adentre en él. Cada cosa que se pueda inhalar, beber, comer, ver, tocar, oír, oler, es un valor. Todo el mundo estará de acuerdo de la

inmensidad incalculable del conjunto de tales valores. Entrar a este continente desconocido es entrar al mundo increíblemente grande de los valores. La fenomenología nos obliga a considerar este horizonte primigenio como punto de partida de una discusión *fundada* acerca de los valores. Cada uno de estos elementos es seguramente un *ente* pero un ente que, en primer lugar, se da como un valor: un valor inherente al ser. En estos casos, nadie puede confundir la cosa como ente, con la cosa como valor: la misma cosa es ser y valor al mismo tiempo. No puedo confundir el pan con el hambre, el agua con la sed, el perfume con su gracia... y no se trata que el hambre le dé valor al pan o, la sed, al agua, porque una piedra no es valor para el hambre, la arena no es valor para la sed, el ruido no es valor para la vista. El valor es tan objetivo como el ser, pero es otra clase de objetividad; *está más allá del sujeto y del objeto*.

En esta hambre primigenia ya se expresan dos características de los valores. Primero, que el hombre no puede vivir de sí mismo. Por tanto, los valores son esenciales para él y constituyen la extensión de ese sí mismo que le falta. Segundo, que los valores son principio de acción y se dan como una energía que atrae, arrastra y sirve de modelo. En este sentido, ningún valor es indiferente para mi yo: o *lo atrae como fuente*

de deseo, o lo repele como un daño a evitar. Los dos movimientos se encuentran en todos los valores. Por esto, no faltan quienes atribuyan el valor al deseo, trastocando por completo el orden real.

Quizás no hayamos reflexionado lo suficiente sobre este tipo de valores, que son ciertamente comunes a todos los hombres y prescinden de todo tipo de historia y de cultura o de situación social. Quizás porque son tan evidentes y tan generales que no los consideramos como valores. Todos estos elementos yo los aprecio como valores, en tanto no puedo prescindir de ellos en ningún momento, pero son una clase de valores muy originarios y especiales en cuanto no puedo vivir sin ellos. Son especiales porque establecen con mi ser humano una relación absolutamente única y objetiva: la necesidad. La necesidad posee dos caras: una hacia mí, el darse de estos elementos apreciados; otra, hacia ellos en cuanto en mí está la avidez. La avidez es más que el deseo que puede suscitarse en presencia de otro tipo de valores menos evidentes o más libres. La avidez no es sólo una *necesidad objetiva* es también conciencia de esta necesidad. Que sea precisa la intervención de la conciencia personal, queda claro si se considera que el hambre puede transformarse en voracidad dañina; la sed, en borrachera; el deseo sexual,

en lujuria; el movimiento, en atropello. Se trata, pues, de valores semejantes a los demás, en los que el yo deberá reinar como arbitro en la acción.

A partir de estos valores necesarios nace una gradación también necesaria en la variedad ilimitada de valores. Hay valores en las realidades físicas, a nivel del mundo cósmico. También hay valores a nivel de los seres vivientes, sea esta vida vegetal o animal. También hay valores a nivel de seres humanos como realidades inteligentes y libres. Hay valores que únicamente se perciben, se contemplan o se desean, y hay valores que el ser humano realiza, en cuanto su autor y se insertan como realidades nuevas en el mundo social y cultural. Esta panorámica esquemática es previa a toda consideración de tipo axiológico; es decir, al discurso sobre valores. No se da una ruptura entre valores originales, necesarios, y valores más elevados como los del espíritu. De hecho, hay hambre no sólo de alimento material; hay hambre igualmente voraz, de poseer, de honra, de poder y toda esta clase de satisfactores es buscada con la misma avidez que el pan. Esto abre la perspectiva sobre las posibilidades de valores que rebasan al individuo y se instalan como naturaleza humana. Hay un hambre selectiva, que cobra las dimensiones del gusto y del buen gusto en toda la escala de cualidades: entre la cocina y la

moda, el estilo literario y artístico, las costumbres y las celebraciones. Hay posibilidad de hartarse de cierto alimento y rechazarlo. El aire para respirar no es sólo de oxígeno, es también la libertad de movimiento, el espacio familiar y cultural, o político, cuya falta nos asfixia; es también el respiro de los sueños y de los ideales de vida y de acción.

También se da la posibilidad de *tomarse un respiro*, que significa relajarse, después de un esfuerzo, recuperar energías, liberarse de una opresión. El valor del sonido no se limita a su calidad de señal, a la advertencia de un peligro, sino que descubre la exigencia de armonía, la instrucción de imágenes acústicas, e escenarios sentimentales y de mundos ideales. Hay también sonidos que exasperan cuando se busca la tranquilidad, el silencio y la concentración. El perfume no está solamente en el aroma de las flores o de las esencias volátiles; está también en el asco de la podredumbre y de la injusticia, en la vergüenza de la traición y del engaño. La claridad no es únicamente la del sol durante el día o de la luna en la noche; es también la coherencia lógica, el rigor de los razonamientos, el encanto de un poema, la fascinación de una pintura o de una historia. La luz puede ser molesta porque ilumina acciones que preferimos no ver o porque deslumhra nuestros ojos e

impide ver, con precisión, más allá de la publicidad y de los simulacros.

No podemos negar que todos estos valores conexos con las raíces últimas del valor, llevan en sí, no sólo los mismos atractivos, sino la misma *avidez* y el afán de las necesidades originarias. Se comprueba así, a través de la experiencia, cómo la comente de valores que acompaña la vida de un individuo humano se articula en forma de árbol frondoso de una sorprendente riqueza y complejidad. Todavía no se ha puesto la pregunta sobre la naturaleza misma del valor, que ya nos sentimos envueltos en una red de valores que se extiende de nuestra situación empírica hasta las regiones más lejanas de la vida intelectual y sentimental. Una simple descripción ingenua, ya nos ha sumergido en este mar que a menudo se vuelve agitado y peligroso.

## 5 ¿HAY ESENCIAS EN LOS VALORES?

Los valores, como entidades adheridas a las cosas, se perciben como vivencias; no son un ser más añadido al ser de las cosas: se perciben *en* las cosas. Entonces, no poseen propiamente esencias ni se generalizan como las esencias. Los valores se dan como vivencias, mientras las esencias son representaciones. Todo valor se da como particular. Los

entes se perciben como esencias, los valores como importancia, peso, calidad. En este sentido, los valores no son esencias; sin embargo, puede hablarse de *esencias* de los valores. La mente puede conceptualizar como esencia cualquier cosa, aunque sea inexistente. También puede conceptualizar los valores y estos conceptos pueden ser intercambiados con otras personas pero, entonces, no se trata de valores sino de ideas abstractas que reflejan y recuerdan la percepción de un valor.

Si por esencias se entiende una entidad mental, fruto de una reflexión, por supuesto puede hablarse de esencias axiológicas. Entonces se entiende por esencias un contenido mental, derivado de una reflexión sobre la experiencia. El valor se encuentra en la percepción de la vida. Cualquier simple concepto está muy lejos de la realidad axiológica lo cual no prohíbe reflexionar críticamente sobre un conjunto abierto y experimental de valores o sobre un valor captado individualmente. No se niega que una percepción de valor produzca en mí una impresión y, consecuentemente, una representación intelectual específica de la captación de este particular valor y, por ello, una memoria intelectual de tal impresión. La emoción producida por la experiencia de los valores, no es una esencia, sino una forma de la vida en nosotros mismos. El

placer de un valor positivo o el disgusto por un contravalor, no son representaciones sino dimensiones de la vida de la conciencia. En este caso, nos encontramos más allá de una simple alternativa de lo objetivo o subjetivo: estamos en la vida misma, en su expresión realmente humana.

Ningún valor es subjetivo, en el sentido delimitado a mi propio sujeto; de hecho, puedo comprobar que otras personas perciben los mismos valores. Lo que es subjetivo, o relativo, es el conjunto de conceptos en los que intentamos encapsular los valores. A pesar de ello, son comunicables. Esto no significa que todas las personas perciban un valor de la misma forma, así como no todos ven el color verde de la misma manera. Las variaciones en nuestros conceptos de valor no son tales que impidan hablar de los valores, contrastar una opinión con otra y buscar un conocimiento común y compartido por la comunidad humana.

Las *esencias* referidas a los valores poseen únicamente el contenido que les confiere nuestra capacidad de conceptualización y la comunicación interpersonal. La *esencia* no es un valor sino simplemente el conocimiento de un valor. La percepción del valor es algo totalmente experimental. Esto no significa que no sea necesario un entrenamiento para ver y apreciar ciertos valores así como una con-

ciencia abierta para estimarlos. El lenguaje corriente encuentra graves dificultades para hablar del valor y de los valores, porque las palabras significan conceptos, mientras el valor responde a un sentimiento. Nuestra costumbre especulativa nos lleva, de repente, a tratar el valor como si fuera un ser y a usar las palabras con las que determinamos al ser y a las esencias, lo cual crea confusiones en el discurso sobre valores.

**6 ¿QUÉ ES UN VALOR?** Podría contestarse que es una energía, una fuerza que acompaña los acontecimientos de la vida. Quizás podría abstraerse un poco más la descripción diciendo que es una *calidad* que se encuentra en las dimensiones de la vida. Cuando tengo la experiencia de algo que es un ser, capto también su valor. Ser y valor nacen juntos; se dan como dos dimensiones de lo dado en la experiencia. A veces, llamamos al ser un hecho y, al valor, su importancia. Cada ser posee esta calidad axio-lógica. En tal sentido, se dice de una tela que: *tiene calidad*, es decir, tiene valor. También un texto, un relato, una pintura, una composición musical es *cíe calidad*, porque vale.

Entonces, la palabra genérica para indicar un valor, puede ser la de *calidad*. Esta calidad adhiere a las personas como a las cosas, al devenir y a las relaciones; a todas

las entidades de la vida vivida. Toda cosa conocida, además de su esencia intelectual, posee también algún valor. El tamaño de una trayectoria es calidad, el tiempo de una jornada es calidad, el color de una pintura es calidad, la dureza de un diamante es calidad, la bondad de esta madre es calidad, la justicia de esta sentencia es calidad. Esta particular calidad es el valor; es la misma cosa que, por otra parte, se conoce intelectualmente pero, en su dimensión axiológica, por el sentir, el sentimiento de valor. Alguien lo podría confundir con una simple cualidad, pero es mucho más. En breve, todo ser o cosa que percibimos posee más allá de su esencia; esta otra dimensión que es el valor.

El valor es esa calidad particular e inconfundible que produce en nosotros la apreciación, porque se percibe con este sentimiento único que es el sentimiento de valor. Se puede apreciar (valorar) el tamaño, el tiempo, el color, la dureza. Sin tal calidad no hay apreciación; sin apreciación no hay valor. Todas las cosas poseen esta calidad, en diferente medida, en cuanto son elementos de la vida o de lo humano. Es imposible liberar las cosas y las personas de su calidad axiológica. Ésta vale a pesar nuestro. Nada es neutro en la vida; todo tiene algún valor, además de tener cualidades. También puede percibirse el valor



como una energía que se capta en la intuición. La intuición nos da el valor con el ser. Captamos el valor como fundado en el ser. Esta energía no sólo es captada sino que afecta nuestra percepción, produce acción y reacción.

Los valores nos gustan o disgustan, nos atraen o nos repelen. Quienes afirman que no hay valores mientan a su propia conciencia o simplemente no saben de qué están hablando. Los valores se imponen por sí mismos, por su calidad. Al tomar una decisión consciente y pasar a la acción, toda persona manifiesta un valor. La dificultad no consiste en percibir los valores, sino en analizarlos y hablar de ellos. Es fácil pensar que estamos rodeados de seres y es más difícil pensar que estamos rodeados de valores por el simple hecho de que es más fácil hablar en términos de seres que en términos de valores. Para hacer un análisis crítico del conocimiento de los seres, se aplica la reducción fenomenológica, se buscan las esencias significativas del ser. Otro discurso es el hacer análisis de los valores, porque con la reflexión crítica sobre el valor, no se captan esencias, sino que únicamente se producen representaciones intelectuales del valor, que no son valores. Ayudar a un enfermo a tomar su medicina es un valor. Pensar en este acto de ayuda, cualificarlo con una idea, es un concepto. No es un valor.

Pero, hay algo más. El hacerse dueño de un valor amplía nuestra medida de ser en la vida. Cuánto más grande es el número y la cualidad de los valores que percibimos, tanto mayor es nuestra participación en las energías de la vida. El que capta más valores vive más. Puede que su vida sea simplemente del nivel de las aves y de los mamíferos o, bien, que sea la de los artistas, poetas, matemáticos y creadores; o de los sabios y santos porque la calidad del valores la calidad de vida. Poder apreciar la gravedad de un delito, a través de una tragedia de Shakespeare, o el terror del destino a través de una tragedia de Sófocles, es un regalo que enriquece la conciencia moral de una persona. La calidad del valor se transforma en calidad de la conciencia de la persona humana. En esto es visible la doble dimensión del valor.

El valor se puede percibir, pero también se puede realizar. No sólo la percepción de los valores amplía nuestro ser en la vida. También la realización de valores amplía el horizonte de nuestro ser personal. Si me dedico a ejercer como artista y creo valores estéticos, se amplía el horizonte de mi vida y el horizonte de los que conocen mis obras. Si me dedico a la acción política y a realizar valores de colaboración y de justicia, crece mi vida personal y también la vida de quienes observan o participan en esta actividad. Si me

dedico a escribir obras literarias o científicas, mi vida abarca los valores de ese campo y, al mismo tiempo, hace crecer la humanidad de quienes leen las obras. Si se observan los valores desde el punto de vista de los campos de percepción y de los campos de acción, debe reconocerse que el mundo de los valores es tan grande y más que el campo de los seres. El campo de los seres es limitado al mundo de la vida que se da. El campo de los valores abarca el proceso de la vida que se construye y que se crea. Estas breves líneas son suficientes para descubrir delante de nuestros ojos humanos el inmenso horizonte que los valores abren a nuestras posibilidades de vida. No sólo vivimos de valores, también creamos valores.

## **7 LA CALIDAD DEL VALOR**

**7.1 CALIDAD VARIABLE** La calidad del valor que se nos da en la intuición no es homogénea ni constante. Puede variar de intensidad, por lo cual un valor es de mayor calidad que otro. Variando las circunstancias puede también variar la calidad del valor. La vista vale más que el oído, la tragedia vale más que la lírica, una ganancia vale menos que la amistad, la prudencia vale más que la astucia. Hay gradaciones intermedias de valores, entre lo más importante y lo que se aprecia menos.

No se da un valor máximo que pueda establecerse en el transcurso de la vida. Como no podemos captar de un solo la totalidad de la vida, no poseemos nunca la totalidad del valor. La vida misma posee esta apertura hacia el infinito, sin ofrecerlo nunca como acabado. Ni hay un valor mínimo que sea totalmente indiferente. Es decir que no pueda percibirse un valor cero. Un valor aparentemente indiferente es el que está entre lo positivo y lo negativo de la vida, y no puede percibirse con claridad.

### **7.2 CALIDAD NEGATIVA**

En la corriente de la vida hay fenómenos contrastantes que arrojan aspectos negativos y contrarios a nuestra percepción del valor. Se llaman corrientemente valores negativos o contravalores. Al tocar un instrumento frío podemos percibir su valor agradable pero, si el frío es demasiado intenso, percibimos su valor negativo. Al apretar la mano de un compañero, percibimos su valor positivo; pero si la presión es exagerada, la percibimos como un valor negativo, una amenaza. De esta forma captamos tanto la calidad positiva como la negativa de los valores. Como se da una inmensa gama de valores positivos, hay una correspondiente variedad e intensidad de los valores negativos. Como el valor positivo exalta la vida, el valor negativo la deprime.

### 7.3 LA PRESENCIA DEL VALOR

La presencia del valor significa aquel núcleo principal por el cual el valor se revela. No hay límites precisos que separen un valor de otro o, bien, establezcan los márgenes dentro de los que se dé un valor. A menudo, de un mismo hecho se desprenden muchos valores. Sin embargo, hay un núcleo que se hace presente y designa la totalidad de un valor. Este núcleo presente lo separa de todo lo demás y es un carácter originario de la experiencia: se distingue porque es *dato*. La presencia se da generalmente por mediación de las sensaciones, la memoria, la imaginación, o de percepciones orgánicas características. Esto no excluye que, en ciertos casos, el valor se dé como un conjunto impreciso de relaciones, entre diferentes componentes que confluyen en la experiencia; por ejemplo, el valor de una buena organización civil; el valor de la seguridad en un vecindario; el valor del respeto a derechos ajenos.

Entonces, es difícil de formular el hecho en que el valor esté presente; sin embargo, éste se *da*. Es precisamente un carácter de la experiencia el que pone de relieve esta continuidad de un todo, que se nos ofrece; en el cual un valor se presenta por sí como inmediatamente apreciable. Entra en la conciencia como algo que vale por sí.

## 8 DIFERENTES CUALIDADES EN EL CAMPO DE LOS VALORES

El valor es *calidad* y puede haber variación en la misma calidad. Además, el valor se da en *modos* diferentes que trasladan la *calidad*, a diferentes regiones que podemos llamar *cualidades* del valor. Un valor estético se coloca en un contexto vital muy diferente de un valor moral; un valor económico se diferencia fácilmente de un valor político. Las cualidades del valor se dan como campos diferentes de la actividad de la vida. Se abre así el gran mundo de las cualidades del valor, tan grande como es la complejidad de la vida: valores físicos, biológicos, estéticos, políticos, morales, económicos, sociales, culturales, intelectuales, sentimentales, lógicos, matemáticos y más. También hay diferencia de calidad entre valores positivos y valores negativos. La conciencia individual puede apreciar la variación en la calidad y establecer relaciones entre las cualidades de los valores, y establecer una discusión con las demás personas sobre la calidad de los valores, por lo cual el valor adquiere un alcance general. Encada campo de la axiología se distingue fácilmente, por experiencia, entre la variedad positiva y la negativa de los valores. Se hablará, por ejemplo, de valores morales positivos y negativos

y de la diferente *calidad* en los valores positivos como negativos.

## 9 COMO SE PERCIBEN LOS VALORES: LA VALORACIÓN

El sentimiento del valor se vuelve concreto y específico con el acto de valoración o apreciación, frente a un hecho particular. Frente a este hecho particular, por ejemplo, de una mamá que da de mamar a su niño, el valor me emociona; lo siento, lo aprecio. Esta percepción queda en mí como vivencia y puede grabarse en mi memoria pero, si pienso en él, si me formo una idea de este particular valor, mi idea ya no es un valor sino un concepto de mi conocimiento acerca del valor. Con relación a la captación de los valores, hay dos problemas. Uno se refiere a la organización de los valores en nuestra propia vida consciente. Esto se describe como la valoración. Un valor no sólo se percibe, sino que se valora y, por tanto, se sitúa en el conjunto de los valores de la vida. Reflexionar sobre los valores implica organizar en nuestra propia vida un mundo grande que crece en nosotros, en proporción directa con nuestro conocimiento de la vida misma. El acto de juicio que corresponde a la valoración es el *juicio de valor* el cual consiste, no solamente en reconocer la presencia

de un valor, sino es situarlo dentro del conjunto de los valores de la vida. Una simplificación de esta operación es la que se denomina una escala de valores. Es un poco ingenuo esto de hablar de una escala, como si todos los valores pudieran colocarse en un mismo renglón. Es más correcto hablar de un sistema de valores o de un sistema de sistemas, por ser tan complejos y heterogéneos los valores de la vida.

El segundo problema de la valoración está en la naturaleza misma de los valores. Esta calidad de valor es energía y tiende por sí misma a la acción. Podría decirse que todos los valores mueven a la acción. Se trata de diferentes energías y, consecuentemente, de diferentes acciones. Si alguien contempla la *Gioconda* en el Louvre, podría preguntarse: ¿mueve a la acción? La respuesta es afirmativa. Cuando menos, mueve a la acción de evaluar la belleza; suscita esa inquietud de saber ver más allá de las primeras apariencias pero, en general, los valores mueven a una acción de conducta, impulsan la capacidad de llevar a efecto los valores que se han asimilado. A esto se le llama, la *realización* de los valores. Si los valores proporcionan energía en el proceso de la vida, por sí mismos impulsan la realización. En el ser humano tal realización pasa por la energía de la conciencia, la

racionalidad y la libertad. En otras palabras, puede afirmarse que los valores impulsan al hombre hacia su plena realización: efectuar valores es *hacerse valor*. Sin embargo, no lo obligan, no son esclavizantes, sólo promueven, hacen nacer el deseo, estimulan la voluntad, a crear en uno mismo aquello que se percibe como válido (en griego: *tó áxion*).

## 10 UNA CALIDAD INHERENTE

Hablar de los valores como de una calidad inherente, es entrar en la totalidad del cosmos en su devenir profundo. Es desarrollar los valores como la posibilidad de ir más allá de sí mismo, es abrir una ventana de trascendencia. No es posible, entonces, pensar en los valores como si éstos fueran seres, cosas o relaciones; sino como resortes del ser, calidad y dirección del proceso. Este se encuentra en la calidad de las personas, de las cosas y de las relaciones. Ser inherente significa pertenecer a todos los aspectos posibles de la vida. Si nos concentramos en algunos como: las personas, las cosas y las relaciones, sólo indicamos los campos más evidentes en que se manifiestan los valores. Una persona es bondadosa, correcta, decente, prudente o, al contrario, impaciente, dura, iracunda, aventada, manifiesta su valor.

Las personas, como experimentamos en nosotros mismos, son los centros racionales de conciencia, de actividad intelectual física y emocional; a cada una de las dimensiones de las personas pertenecen diferentes modalidades de los valores. No se trata de generalizar abstractamente algo que se encuentra en mi propia persona. Es suficiente comprobar empíricamente la capacidad de cada uno de los otros yos personales; de su efectiva comunicación con nosotros mismos, por sus facultades materiales y espirituales. Es interesante comprobar el hecho de que tal comunicación es tanto más evidente cuanto más se analizan las facultades más elevadas de la persona: como la reflexión, la especulación, los niveles matemáticos y lógicos; la emotividad, la voluntad, la creatividad, el deseo de libertad y de autonomía. Son comprobables experimentalmente estos valores fundamentales de la persona: que son valores de nuestro propio yo personal y demás yos, que constituyen la sociedad humana que nos rodea; desde los individuos más próximos, sin discontinuidad, hasta el horizonte ilimitado de nuestra humanidad.

No es necesario recurrir a la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas para respaldar con esa autoridad esta comprobación, cuando la evidencia está al alcance de cada hombre personal si éste

la desea. Basta recordar que los derechos humanos son un derivado de los valores humanos y se fundan en éstos. Los derechos inherentes a la persona, como individuo humano, constituyen la realidad más íntima y esencial de nuestra vida y, a la vez, la condición indeclinable de una existencia humana racional. Se llamarán, entonces, los valores humanos fundamentales y radicales, aquellos de los que derivan o por los que son condicionados todos los demás valores. Será, pues, necesario regresar y analizar en detalle estos valores fundamentales.

En segundo lugar, se dan valores inherentes a todas las cosas en cuanto éstas sean ingredientes del proceso de la vida. Es suficiente analizar en detalle los aspectos y las estructuras de los cuerpos inorgánicos y orgánicos para encontrar la evidencia de los respectivos valores. La estructura de los cuerpos físicos, como de los distintos niveles de la vida, estudiados por las ciencias, no sólo deslumbró la inteligencia humana, sino que provocan la admiración, el entusiasmo, la apreciación espontánea de todo ser humano. Las estructuras de la vida, desde los genes, a los organismos superiores, son a la vez argumento de maravilla y modelos de posibles ejecuciones. Consecuentemente, el hombre ha querido nadar como el pez, volar como las aves, gravitar en el espacio

como planeta, autoregenerarse como las células madres. Todas las cosas ofrecen valores que estimulan el proceso y la superación de las condiciones del pasado. Lo cual no significa que los valores de las cosas sean superiores a los valores de los individuos humanos, de tal modo que entren en competencia con aquellos. Como sucede entre las cosas mismas del mundo, las energías superiores triunfan en las confrontaciones con las demás energías, los valores superiores tienen una calidad que se sobrepone a los demás valores de las cosas.

En tercer lugar, hay valores en las relaciones. Esta palabra *relación*, no obstante su manifiesto origen metafísico, no tiene nada de abstracto o de meramente conceptual. Las relaciones a las que nos referimos son las relaciones de las cosas con el hombre. Tales relaciones llevan en sí una carga axiológica inequívoca. Hablando de cosas, podemos referirnos al aire, al agua, a las semillas de los cereales o al espacio de circulación de un viviente; pero, si se enfoca la *relación* hombre-cosas, de inmediato se descubre el valor de esta relación. Entre el hombre y el aire hay una relación de necesidad que conjuga dos esferas: la física y la humana. El derecho al aire limpio es tan importante como el valor espacio vital, como el valor de la alimentación para el hambre del hombre, el valor al

agua pura para su salud, el valor de la locomoción para su autorrealización.

El conjunto de relaciones, si reflexionamos, se extiende a campos mucho más graves que la simple necesidad vital. La relación de justicia entre personas y cosas y entre personas y personas, la relación de respeto entre las actitudes externas de la conducta social y los valores fundamentales de las personas, la relación entre los escritores y sus textos, entre los artistas y sus obras, entre los hombres de ciencias y su conducta profesional, entre los ejecutivos y sus decisiones, brillan como valores que pueden ser, en ciertas circunstancias, salvadores de un pueblo o culpables de un genocidio. Es necesario, en algún momento, analizar los valores de toda clase de relaciones.

## **II** LA CALIDAD AXIOLÓGICA Y MI PERSONA

Estar involucrado en la vida es para nosotros lo mismo que estar comprometidos con los valores. Podemos abrirnos al valor o cerrarnos, colocarlos como resortes de nuestra existencia o ignorarlos; nada cambia: los valores siguen siendo parte de nosotros. Por esto, es necesario enfocar mi propia persona desde los valores. Mi persona es el yo, con

todas sus facultades. Por ello, es preciso considerar la doble vertiente de mi conciencia: su capacidad de conocer y captar los valores por una parte y, por otra, la conciencia como principio de acción y de realización de valores. Estamos hablando de una doble corriente: la del conocimiento y la de la acción... captar los valores y realizar valores.

### 11.1 LA CORRIENTE DEL CONOCER UN VALOR

Esta corriente va del valor al yo. Es la primera corriente que percibe la conciencia, la mente, el yo; es su propia actitud hacia el valor que se da. Tal actitud es, en primer lugar, perceptiva, intuitiva y, además, reflexiva. Son dos momentos en dirección contraria. Soy pasivo en la recepción del valor y activo en el reconocimiento y en la concepción del valor. En ambos casos actúa el sentimiento metafísico, como sentimiento de valor, juntamente con la inteligencia y la especulación mental.

El primer momento es el de la intuición. La intuición es el contacto inmediato con la vida, y se da primariamente con los sentidos; es material y viviente pero no solamente material. La intuición capta todo lo que la vida nos proporciona. A pesar de darse por los sentidos materiales, la vida se da en la intuición con todas sus virtudes que superan ampliamente los límites de la materialidad. Por ejemplo, contemplo

un paisaje. La intuición capta lo agradable o desagradable de la vista, trasciende el sentido meramente visual para captar la amplitud, originalidad, novedad, armonía y belleza. Todo pasa por la intuición. En otros casos, el de una operación matemática, lo sensible es rebasado ampliamente por la armonía de los números y la dimensión intelectual de la operación. El valor no está sólo en un resultado útil; está en todo el procedimiento lógico.

Dentro de esta corriente hay una participación personal, la abstracción y generalización. El yo recibe la corriente del valor y la procesa comparando un acto singular con otro, ampliando una visión y generalizando. El potencial abstractivo está entrelazado con la intuición y permite que intervengan la memoria, la imaginación y la impresión. Transforma el valor en parte de la misma conciencia. Es la vida misma que adquiere la amplitud y superioridad de la conciencia: yo soy *este valor*. La intuición no sólo proporciona al sujeto la *calidad* de valor; al mismo tiempo le ofrece todas las *cualidades* de los valores. Si observo un cuadro de Corot, pre-impresionista, de una vez: conozco los datos, la información que me proporciona pero también veo la belleza, aprecio su valor económico, el valor social de su contexto histórico, el romanticismo de su atmósfera, etc.

Todo esto se da en una sola intuición, o mejor, en una múltiple forma de intuición.

El segundo momento de la corriente cognoscitiva es el de la reflexión. La reflexión es también un momento del conocimiento y permite a la conciencia actualizarse propia actitud, desarrollar una operación crítica, aceptar o rechazar la adhesión al valor. La reflexión sobre el valor es un acto intelectual, pero no rompe la conexión con la realidad del valor que se ha percibido, no elimina el sentimiento de valor. Es de una intelectualidad axiológica. Con la reflexión, el yo se hace responsable del valor percibido, tanto en sentido positivo como negativo. Si se prefiere hablar de racionalidad, habrá que distinguir entre una racionalidad meramente especulativa (o epistemológica) y una racionalidad axiológica. Ambas actúan al unísono, tanto que es difícil distinguir la una de la otra. Las dos pertenecen a la conciencia del yo y su virtud es intelectual. En esta corriente cognoscitiva el Yo conserva toda su autonomía y libertad, con la capacidad para actuar: hacer o deshacer; efectuar o no un valor. Podría decirse que el *valor* posee una intencionalidad *axiológica*; no epistemológica, como la que se estudia de ordinario. No se *conoce*, en el sentido del ser, sino que se capta, se aprecia y se evalúa.



## 11.2 LA CORRIENTE DE LA ACCIÓN

El yo con su conciencia, y la capacidad reflexiva de su intelecto, están disponibles para actuar en el mundo. Esta segunda comente emana del yo y va hacia las cosas y las personas. El valor que ha sido adoptado se convierte, por su naturaleza, en principio de acción controlado evidentemente por la inteligencia y la libertad de la persona humana. Este control responde a la totalidad de esta persona, por tanto, implica los dos aspectos del yo: la racionalidad y la emocionalidad. Algunos distinguen entre mente-racional y mente-emocional. Si imaginamos las dos potencialidades como dos canales de acción, se verá claro que a veces ambos canales se funden armónicamente y otras veces entran en tensión recíproca. Ya decía Cicerón, para expresar esta tensión: *-veo lo mejor y lo apruebo y, sin embargo, sigo en lo peor-* lo cual significa que capto los valores con precisión, pero mis juicios no les corresponden. Cada uno de estos canales posee sus propios objetivos y códigos. La *mente-racional* puede correr en la dirección especulativa, meramente epistemológica o, bien, en la dirección axiológica de la realización del valor. Por su parte, la *mente-emocional* se orienta entre el código del placer y del deseo o, bien, del disgusto y del rechazo. El yo actúa de arbitro entre los dos canales del movimiento hacia la acción. El yo debe actuar desde la perspectiva de su propio valor y ser

en la vida, para tomar sus decisiones en la realización de cada uno de los valores. Esto nos proporciona una visión adecuada de la complejidad del ser humano en el proceso de autorealización. Nos relaciona de inmediato con la educación y con el control de las emociones en conexión con la percepción y realización de los valores.

Al hablar de *inteligencia-emocional*, se enfatiza más bien el aspecto material y físico de las reacciones y el patológico del mundo emocional que, por su parte, tiende a sobreponerse a la corriente de la mente racional. Aún la fuerza de las emociones básicas, como amor u odio, en cuanto es valor, debe ser comprendida en conexión con los valores esenciales de la vida. Cuando el Dr. Felipe Boburg, de la Universidad Iberoamericana de México quien había impartido clases en la URL con gran admiración de sus estudiantes, murió en el esfuerzo de salvar sus dos hijitas, al zozobrar la lancha en el mar de Acapulco, no sólo realizó un acto heroico de sentimiento (de la *mente-emocional*), sino un acto de amor y un valor plenamente armónico con su *mente-racional*. Mente-racional y mente-emocional no son más que facultades de un mismo yo consciente. Son dos canales de expresión que no provocan un conflicto, cuando la persona humana consciente, con su yo, toma una decisión para realizar un valor.

## **12** EL SENTIMIENTO COMO PRINCIPIO DE ACCIÓN

En la mayoría de los casos, el sentimiento que acompaña, precede o sigue la realización de un valor, es también una dimensión de la razón axiológica. Se suscita un sentimiento, una emoción fundamental de valor: amor y odio, deseo y repulsa, apreciación y desprecio, exaltación y depresión. Son sentimientos que se despiertan de cara a la experiencia del valor y fundamentan a su vez la realización de un valor como un acto decretado y llevado a plenitud, por la persona humana. Deseo afirmar mi libertad; admiro la riqueza del mundo natural y reconozco su regalo para la existencia del hombre; aplaudo a la representación de las pasiones humanas en una pieza de teatro, en una pintura mural; me indigno a la vista de un hombre que golpea violentamente otro ser humano. Todos estos sentimientos son como resortes disparados que obligan al individuo humano a reaccionar. Es la mente axiológica la que actúa desde los principios básicos de la vida.

Los sentimientos no son más que valores parciales y pueden desordenar el horizonte de actuación de la persona. El yo está encargado de confrontar valores con valores y establecer el sistema que conduce al yo hacia su realización. Si el yo

se concentra sobre sí mismo y se vuelve egoísta, elegirá únicamente los valores que respondan a esta inclinación egocéntrica, olvidando los valores de relación, la presencia de las demás personas y los valores interpersonales. En este caso, la ejecución de los sentimientos se transforma en un poder dictatorial y absoluto y tiende a dominar la organización de la mente axiológica pero, el egoísmo no es más que una reducción arbitraria del campo de visibilidad de los valores. El límite de los sentimientos egoístas es dado por el consiguiente menosprecio de los valores esenciales de las demás personas y cosas. Un valor es siempre individual pero sus relaciones son interpersonales.

## **1** EL HORIZONTE AXIOLÓGICO

El horizonte en el que es posible percibir y realizar los valores es tan grande como la vida misma. En este espacio teórico se sitúa una persona particular juntamente con todas las personas humanas y el contexto de la naturaleza, con todas sus relaciones y cosas. No es posible ignorar el horizonte si el yo desea organizar adecuadamente las prioridades axiológicas. Un análisis meramente parcial llevaría a una distorsión polarizada del sistema axiológico general. No es que cada

valor deje de ser lo que realmente es, ni que la percepción de los valores se vuelva arbitraria. La falta de una visión completa de la valoración, produce también una incompleta captación del sistema y, consecuentemente, una desorganización del sistema global de valores.

Hablar de horizonte de valores, no es sólo hablar de un límite externo contra el cual se puede estrellar lo humano; al contrario, es esencialmente un referirse a los contenidos. La naturaleza relacional del valor, eminentemente interpersonal, nos obliga a ver el conjunto axiológico como un sistema. Los valores interpersonales se conjugan con los valores intrapersonales para formar un solo sistema humano en el cual, todo individuo particular, se encuentra vinculado por el poder de la vida. Se comprende, entonces, que el sistema axiológico es un sistema general humano. Sin duda habrá variaciones, por las diferentes situaciones históricas y psicológicas pero, tales diferencias no tendrán el poder para destruir el sistema en su totalidad. Puede haber diferencias en los niveles de menor compromiso, pero será necesario privilegiar los valores fundamentales a escala mundial. No puede haber conflicto entre los valores básicos de la vida y los valores fundamentales de la moralidad, porque ambas líneas de valores derivan de la misma raíz: la dignidad del ser individual humano, en

cuanto tal, y se encierran en el mismo horizonte.

Para utilizar una imagen que nos permita visualizar el sistema, podríamos utilizar la de una pirámide invertida que descansa sobre su vértice. Este vértice agudo es el individuo humano con su realidad concreta de cuerpo y espíritu, de un yo racional, potencialmente inteligente y libre. El yo es autoconciente de sus propios valores y de su dignidad esencial, con las necesidades inherentes a su existencia, como el espacio, el aire, el agua, la alimentación y su medio de comunicación. La pirámide que se abre hacia arriba de sí misma, puede poseer múltiples caras, pero cada una es un elemento del sistema. Del mismo modo, se podría utilizar la imagen de una rosa: no hay pétalo que valga por sí mismo y todos derivan de la misma fuente... su forma, su color, su perfume. Está en función de la totalidad. La realización de los valores personales individuales, a su vez, se armoniza con el sistema general de valores y ofrece posibilidades de promoción hacia los demás miembros de la comunidad humana. En esta concepción del sistema cobran sentido, tanto el sacrificio de amor del Dr. Boburg, como el del P. Maximiliano Kolbe y de otros numerosos como valores sublimes pero también los demás infinitos gestos de valor que construyen la civilización humana y las identidades de los diferentes

pueblos con el ideal de una sociedad que avanza hacia las metas de una convivencia justa.

# 14

## OBJETIVIDAD

### DE LOS VALORES

La primera objeción que presentan quienes no han reflexionado sobre los valores es a propósito de su subjetividad. Dicen que los valores son subjetivos y, con esto, piensan que han liquidado toda la esfera de los valores de un plumazo pero la palabra *subjetivo* es ambigua y necesita una aclaración. Distinguiamos dos sentidos:

- a. Subjetivo, entendido como propiedad exclusiva de un sujeto, por lo cual algo propio de un sujeto se hace incomunicable a otros. Si los valores fueran subjetivos en este sentido, se caería en un idealismo solipsista de los valores. Un valor subjetivo en este sentido sería un valor conocido exclusivamente por una persona; sería incapaz de ser discutido con los demás, ni ser cambiado al contacto con otros. En este caso, sería imposible establecer una norma general acerca del valor, ni criterios de validez general.
- b. Subjetivo, en el sentido de que cada sujeto percibe los valores y sobre éstos funda su vida y con ellos puede actuar en el mundo, entonces, lo mismo puede de-

cirse de todo conocimiento y no se opone para nada a la objetividad. Los valores pueden ser analizados y su validez puede ser comprobada y extendida a la humanidad en general. Todos somos sujetos y todos actuamos según nuestros diferentes conocimientos y, a pesar de ello, nos comunicamos, nos entendemos y vivimos en un mundo completamente objetivo. Del mismo modo en que el conocimiento de los *hechos* nos permite vivir en un mundo común y comunicamos, el conocimiento de los valores permite hablar de valores y comunicarlos. La comunicación de valores entre personas se realiza con gestos, actitudes, acciones, expresiones que demuestran un reconocimiento mutuo de cierto valor particular, una participación en el mismo sentimiento. Esto se realiza en el mismo nivel de la vida y no en un discurso abstracto o una axiología. Esta es la objetividad de los valores. Los valores son objetivos porque nos dan una base para vivir en comunidad, respetarnos los unos a los otros, colaborar y realizar obras que todo el mundo conoce y aprecia.

No hay más objetividad en el conocimiento de las *cosas* y los *hechos* que se ofrecen al entendimiento

y de los cuales nos formamos ideas comunicables a los demás que en el conocimiento de los valores. Los valores percibidos por una persona, son subjetivos, suyos, propios e incommunicables en cuanto actos individuales de percepción y valoración, que no excluye una comunidad de percepción con otros. El sentimiento de un valor se comunica a nivel existencial. Siento horror por una escena de crueldad y veo a mis vecinos que expresan mis mismos sentimientos. Comprendo que la percepción de este contravalor es común para mí y para estas otras personas que me rodean. Esta comunicación no es conceptual sino intuitiva. A este nivel, Husserl habla de empatía o de interpretación vivencial que es previa a toda consideración mental.

A otro nivel, la comunicación se da conceptualmente y como discurso. Todos los valores son pensables, conceptualizables, sometidos al conocimiento conceptual y, por tanto,

expresables en juicios y palabras: los juicios de valor. Los valores, en cuanto los captamos, son particulares y únicos, incommunicables en su unicidad individual, pero no en su calidad perceptible que es común con otros. No puedo negar que percibo con otro un valor, con la misma alegría, el mismo gozo, el mismo entusiasmo o, al contrario, con la misma indignación pero, en cuanto conocidos y reducidos a conceptos, son generales y comunicables inte-lectualmente. De este modo, los valores se convierten en conceptos y en juicios: se habla entonces de juicios de valores. Los juicios de valor se expresan y se comunican como discurso por lo cual es fácil discutir de valores y establecer las líneas básicas del conocimiento común acerca de los valores: organizar una axiología. En estos dos sentidos, los valores son perfectamente objetivos pero es necesario aclarar el tema de la objetividad de los valores desde su origen.



## II. CONCIENCIA Y REALIZACIÓN DE LOS VALORES

### 1 GÉNESIS DE LOS VALORES

Los valores se perciben en la intuición que es nuestro contacto experimental con las cosas mismas. En este contacto no hay ni objetividad ni subjetividad; simplemente se perciben los valores y se conoce el ser. Los hechos se presentan siempre con su dimensión axiológica. Ambos actos son igualmente objetivos o, si se quiere ser más exactos, ni subjetivos ni objetivos; simplemente *son* o se dan. Son anteriores a cualquier juicio o elaboración mental, sólo se dan al sentimiento que los aprecia. Esto es lo que Husserl llama *pre-predicativo* y se encuentra tanto en los actos *dóxicos* (de conocimiento del ser, de los hechos) como *téticos* (del reconocimiento del valor). Ver el color verde diferente del rojo, no es cosa de todo el mundo. Sin embargo, el que los ve diferentes es tan objetivo como el que los ve iguales. Cada uno percibe los valores con su capacidad emotiva, su sentimiento del valor. La

diferencia no está en lo pre-predicativo (cada uno los ve objetivamente a su modo) sino en el juicio que se pronuncia sobre el producto de la intuición (la explicación que se da). La captación de los valores es tan objetiva para todo el mundo (esto no excluye que haya anomalías, como en el caso de los daltónicos) a pesar de las variaciones de estado de ánimo y de sensibilidad al valor. Aún, entre personas normales, puede haber diferencias pero, éstas como también en el conocimiento del ser, se corrigen con nuevas experiencias y con la comunicación interpersonal. Como alguien puede ver mal, ver distorsionado o simplemente no ver, cosas que están delante de él, simplemente porque no posee el entrenamiento suficiente, lo mismo sucede con los valores. Si alguien no reflexiona y no desarrolla su capacidad sentimental de la percepción de los valores, puede ser tan ciego como un daltónico que no ve el verde. Es

necesario ejercitarse en la visión y el análisis de los valores, como uno afina su capacidad para ver las cosas y conocer los seres como hechos con sus características cualidades pero ello no afecta la objetividad de los valores. Donde puede haber subjetividad es en los juicios, los juicios de valor, porque los juicios pertenecen a la actividad predicativa. El juicio es una actividad de la mente que se funda en representaciones mentales o ideas pero las ideas de valor no son valores, sino únicamente representaciones de los valores. Y en esto puede haber errores, distorsiones, prejuicios y subjetividad. Los juicios pertenecen a la mente, lo mismo como los juicios acerca de la verdad o falsedad de los seres. No debe confundirse la percepción de un valor con la representación conceptual que funda el juicio de valor; la primera es absolutamente objetiva y particular; la segunda, de ordinario es general, digna de ser analizada críticamente.

Así queda claro cómo en el tema de los valores hay dos niveles de actitudes claramente distintos. El primero se refiere a la captación de los valores y a su ejecución: es el nivel óptico de los valores. Los valores viven, se dan, actúan tanto en la captación como en su ejecución. A este nivel no hay subjetivismo; puede haber problema de percepción y de entrenamiento pero no de subjetividad. El segundo

nivel es el de la conceptualización y de los juicios de valor. Este es el campo de la razón y del conocimiento operado por la mente. Tanto la sistematización de los valores como su apreciación especulativa pueden ser dominadas por elementos externos al valor como: memoria, cultura, prejuicios, costumbres, política, economía, etc. Este es el nivel ontológico de los valores. A este nivel no sólo puede haber carácter subjetivo, sino manipulación, instrumentalización e interpretaciones arbitrarias de los valores. A menudo se confunde un nivel con otro y se crean grandes incoherencias. Robert Hartmann (La Estructura del valor, p. 15) afirma que *-no se ha efectuado ninguna investigación sistemática de la relación que existe entre el teórico del valor (pensamiento acerca del valor) y el asunto de su disciplina o sea el valor (la captación y la efectuación de valores; es decir, entre un nivel y otro)*. Este autor condena a los que cometen tal confusión *-lo que hacen es más bien valorar, que analizar el valor*. Valoran el valor y los juicios de valor en lugar de analizarlos.

**2** **LOS JUICIOS DE VALOR** En el segundo nivel, el de la reflexión y de la especulación sobre los valores, se utilizan conceptos y comparaciones teóricas acerca de los mismos. Sobre esta base se expresan los juicios de

valor. Generalmente hablando, entre la captación de un valor y su sistematización y realización, caben juicios de valor los cuales, como juicios que son, pertenecen a la actividad especulativa intelectual, no a la captación del valor. Los juicios afirman o niegan la identidad o diferencian entre conceptos, aún cuando se trata de conceptos de valor. Este es el punto en que se crean grandes confusiones. Cuando capto un valor y lo pienso, produzco mis propios conceptos acerca de este valor. Entonces, veo la analogía o la diferencia con otros conceptos y percibo las relaciones entre un concepto y otro, antes de tomar mis propias decisiones. Esto no impide que el valor posea en sí la fuerza de inclinarme hacia él o repelerme (por su realidad óptica, anterior a cualquier consideración teórica). Todo eso se realiza en el yo y la persona consciente tiene la posibilidad de inclinarse hacia un aspecto u otro del valor: al valor en cuanto tal o a los conceptos previos o concomitantes.

Este es el punto en que puede intervenir una actitud subjetiva y cambiar mi posición de cara al valor. En este punto del proceso, interviene el carácter de la persona, el inconsciente, mi historia anterior, mi ambiente social, mi cultura, la situación política, etc. Toda persona humana percibe, por su experiencia, que la libertad de movimiento es un valor pero hay una infinidad de casos

en que, por razones de política o de sociedad, o de seguridad, se justifica la restricción o hasta la cancelación de este valor. No es que no se perciba este valor o no se le considere fundamental, pero los juicios de valor que se pronuncian están condicionados por otras consideraciones. Al ver una familia en extrema pobreza, no es que no se perciba el valor negativo de esta situación humana, ni que este valor no pida a gritos que se le remedie pero la costumbre indiferente de una sociedad, un estado social egoísta, intereses personales de otro tipo, impiden que este valor sea juzgado correctamente. Lo que falla, en primer lugar, es el juicio de valor y, consecuentemente, la efectuación.

Si los juicios de valor se emiten a raíz de una rutina estereotipada que se guía por las costumbres de un determinado grupo étnico o de un sector social dominante, se pierde poco a poco el contacto con el valor y se crean leyes y hábitos, ajenos a la axiología. En estos casos, aún la dignidad de la persona humana es ignorada, el valor de la verdad es despreciado, los valores estéticos sometidos a la voluntad de poder del estado o de una crítica distorsionada y los valores políticos aplastados por la tiranía o los intereses de una élite. Al contrario, si los juicios de valor se formulan de cara a la percepción actual de un valor particular, se coloca la conciencia en la situación de tomar



decisiones correctas, de acuerdo con el propio ser y la mismidad de uno y, al mismo tiempo, de acuerdo con el poder, el atractivo o la repulsión del valor, según los casos.

El juicio de valor no se expresa siempre como decisión entre dos situaciones axiológicas opuestas, sino a menudo entre una pluralidad de posibilidades entre las cuales el yo deberá tomar su propia decisión racional. Mucho se ha hablado de alternativas entre valores positivos y negativos, como si esta fuera la condición corriente de los juicios de valor. Al contrario, cuando el yo toma una decisión para efectuar un determinado valor, más que realizar una selección entre opuestos, elige teniendo en cuenta todos los elementos que pueden influir en su juicio que, a menudo, son muy numerosos. Si yo decido inscribirme en la facultad de medicina para convertirme en médico, mi decisión responde a un conjunto de valores. No se trata de escoger entre el mejor valor de ser médico y los peores valores de otras carreras. En realidad, tengo en cuenta un sinnúmero de factores, por ejemplo: si en mi casa hay médicos y me hacen admirar tal carrera; si pienso en la proyección social que presta ayuda a mucha gente, si mi amor a la vida me inclina a escudriñar los profundos problemas de la biología humana; si acepto los desafíos de los peligros que amenazan hoy a la salud

en general; si tal carrera representa un estatus social digno y prometedor de una vida feliz. Todas estas son consideraciones de valores frente a los que mi propia historia personal, mi mismidad toma una decisión. Cada uno de estos valores posee su propia energía de atracción de mi voluntad, pero deja a mi persona la libertad para escoger. Cuando la decisión se toma en vista a la totalidad de los valores, no puede ser más que una decisión humana en el sentido más elevado de la palabra. Esta capacidad de totalizar la consideración de los valores es la que llamamos la trascendentalidad de la persona humana: una trascendentalidad axiológica. Evidentemente una decisión de este tipo, responde a juicios de valor que pueden ser contestados por mi propia comunidad y por las personas en general, sometiendo a crítica mi actitud. Esto abre el sentido de los valores a un horizonte ilimitado que ilumina desde la totalidad mi propia decisión personal. La validez de la decisión es tanto más elevada en cuanto es grande el horizonte en el que se sitúa.

**3 EL VALOR COMO CRITERIO** Que el valor pueda asumir la función de criterio para las decisiones humanas, no es ningún secreto. El mismo sujeto que percibe el valor con

su sentimiento, también logra sus representaciones por los conceptos y está en condición de reaccionar razonablemente. De hecho, en un sistema económico, el valor del dinero, del capital o de la energía empleada, es criterio para el óptimo funcionamiento de una empresa. En otro campo, el valor del poder se utiliza como criterio político en la mayoría de los estados. Evidentemente, es un error establecer un valor como un absoluto; cada valor tiene su particular importancia pero ninguno posee una importancia absoluta. Los valores forman un sistema relacionado; cada valor posee su propia acción y su poder, que se coloca en el sistema general de los valores. El problema humano surge en el momento en que este valor ha sido utilizado fuera del sistema; de hecho, se le atribuye el *estatus* de valor absoluto pero, si el valor se asume en armonía con todo el sistema, se convierte entonces en criterio general de acción humana, sin el peligro de que se convierta en instrumento de opresión. Por ejemplo, la economía deberá reconocer el valor de la vida o la moralidad como limitantes; el valor del arte deberá reconocer el límite de la decencia, de la educación y el buen gusto; el poder reconocerá la *prioridad* de la dignidad, del derecho y de la libertad. Cada valor cobra importancia vital dentro del sistema. El único ser capaz de evaluar los diferentes elementos del sistema es el yo racional de acuerdo

con su propia conciencia humana y la comunicación intersubjetiva con los demás yos.

El valor es criterio válido y general en cuanto es dado a la conciencia por la vida misma, está en función de la totalidad. Su validez debe, por tanto, ser confrontada con la globalidad de la vida y, en primer lugar, de la comunidad humana. El sistema de valores, conocido y aceptado en su complejidad, no sólo ofrece un contenido que penetra todos los aspectos de la actividad humana, sino también establece los límites, del conjunto general, como de todo valor particular relacionado con los demás valores. Se trata no sólo de una norma de valor universal sino, a la vez, de una norma concreta que surge en cada situación inmediata de la vida. Esta norma no está encerrada en un individuo particular sino que, gracias a su trascendentalidad, se extiende a los demás seres humanos. El individuo humano vive y se comunica con los otros yos humanos y depende también de ellos. Los valores están destinados, por la vida, a realizar esta intersubjetividad entre yos humanos: el aprecio, el respeto, la dignidad, la paz y la armonía.

## 4 EL MUNDO DE LOS VALORES

Por nacer en la vida misma, en el contacto inmediato de la intui-

ción, los valores son individuales y concretos. Se captan en una cosa particular, en una persona y en las relaciones entre las cosas y las personas. Aún, en estos últimos casos se trata de valores particulares expresados: en un gesto, una acción, una obra, una creación estética o instrumental, o social, o literaria, o espiritual, o moral, etc. En todo caso, siempre es un valor particular que llega a golpear o impresionar mi sentimiento. Mi reacción específica inmediata ante este valor es también una reacción particular a este valor vinculado a cierto hecho de la vida. Mi sentimiento se refiere a este ser, relación o acontecimiento o hecho particular y, en cuanto valor, posee su particular poder de atracción o de repulsión, que demanda de mí una acción también particular. Ahora bien: ¿cómo un valor particular se convierte en un criterio y puede generalizarse para ser aplicado como principio de acción para un número ilimitado de otros casos? El sentimiento también posee su propia memoria. Por tanto, no hay dificultad en que se conserve la memoria de las emociones o sentimientos de los valores adquiridos. Sin embargo, será siempre recuerdos vinculados a la particularidad de un acto. No es suficiente este tipo de recuerdo para que la persona humana tenga una visión global de los valores y pueda sistematizarlos en sus relaciones mutuas y en su conjunto.

La mente, por su parte, expresa un concepto de los valores percibidos. La mente piensa el valor y lo generaliza como conocimiento, como concepto de valor. No hay que confundir el valor (particular) con un concepto de valor (general). Estos conceptos, como ya se ha notado, son conceptos de valores y no valores. Como todos los conceptos de la mente, adquieren la propiedad de la mente de comparar y generalizar. El haber confundido los valores con los conceptos de valor ha creado muchos problemas a quienes han teorizado sobre el valor. Los valores pertenecen a la vida concreta (del mundo y de las personas particulares); en cambio, los conceptos de valor pertenecen al conocimiento y al discurso (abstracto y general) sobre valores. Es necesario conservar siempre la separación entre valor y discurso sobre valor: ambas realidades corren paralelas y son interdependientes, pero nunca se identifican.

Sobre esta base (de los conceptos) se expresan los juicios de valor y se elaboran enunciados lingüísticos, que forman parte del discurso compartido por la comunidad. Se crea, pues, un discurso acerca de los valores que puede ser un discurso común a la comunidad humana en todos sus horizontes, desde un grupo familiar a una comunidad étnica, a un estado, a una sociedad multiétnica, a una sociedad de naciones. Cada

persona aporta a este discurso su propia experiencia personal, que es experiencia de valores, y su propia conceptualización, que es discutible y criticable. El mundo de los valores es propiamente un mundo privado incomunicable, por ser particular, pero el discurso sobre valores es común y perfectible. Cada persona debe ser conciente de esta ambivalencia del mundo de los valores y no confundir una realidad con otra, aunque sea su tarea la de convivir con ambas realidades a la vez y aprovecharlas. Cuando se entra al discurso sobre valores, es necesario que cada persona rescate al mismo tiempo su mundo interior en que los valores son una realidad viviente y emocionante, para no caer en vanas especulaciones.

Con la salvedad hecha en el párrafo anterior, intentaremos una descripción de los elementos más fundamentales de este inmenso mundo de los valores. Estamos, pues, en el discurso sobre los valores. Suponemos que la experiencia de los valores ha sido realizada y está presente en cada persona humana. Entonces no empezaremos con la experiencia sino desde el mismo yo que está al centro de todo de este mundo axiológico. A partir del yo, como conciencia e inteligencia racional que experimenta los valores desde la vida, podríamos afirmar que la vida es el primer valor y todo lo que conecta el yo con la vida, como su

sensibilidad, su capacidad perceptiva, el cuerpo y los sentidos, constituyen un mundo primigenio de valores. Sin embargo, el yo está conciente de que, sin su propia inteligencia y conciencia, la vida no existiría para él o simplemente no existiría. Entonces es necesario, para mí, concentrar la mirada sobre mi propio yo y declararlo el valor primero y más radical. Esto se refiere a mi propio yo y a todos los yos que existan en el mundo, por estar en mis mismas condiciones. Entonces, es necesario partir del yo y de su propia conciencia para encontrar el origen y el fundamento de todos los valores pero, se vio al comienzo de este estudio, que el yo no puede prescindir de sus propias facultades a *priori*: la inteligencia, la libertad, el sentimiento y la voluntad. Si en nuestro discurso consideramos a cada yo de la comunidad como otros tantos yos como yo, tendremos que ver el yo de cada uno, con todos sus elementos a *priori* necesarios, como una sola unidad axiológica. Ahí tendremos el punto de partida para todas nuestras construcciones axiológicas. Se trata de un conjunto de valores que constituyen la misma persona humana y le dan valor a esta unidad: inteligencia, libertad, sentimiento del valor y voluntad. Entonces, hablar de la persona humana, como valor básico, ya no es hablar de una entidad vacía o abstracta, sino concreta, real y experimentable.

## 5 EL VALOR EN LA PERSONA

Cada persona humana es un ser y, a la vez, el fundamento de un conjunto de valores *irreductibles* en cualquier análisis que se realice. Automáticamente surgen los aspectos negativos frente a estos valores y a su conjunto: todo lo que se opone a la libertad, al ejercicio de la inteligencia, o tiende a destruir la voluntad, o a degradar la percepción de valores, serán los anti-valores fundamentales y no sólo fundamentales, sino inhumanos. Los valores básicos de la persona, en su conjunto, se califican como *dignidad*. La dignidad humana ya no es una abstracción, sino que encierra en sí cada uno de estos valores fundamentales. Atacar con violencia, cualesquiera de estos elementos, es intentar la destrucción de la persona humana; es decir, es un crimen contra la humanidad. A partir de este primer núcleo personal pueden sistematizarse todos los demás valores que surjan desde la experiencia de los infinitos aspectos de la vida. Sin duda, esta sistematización puede ser influida por los juicios de valor y ser modificada por la presión social, cultural, histórica e ideológica pero, entonces, entra en juego el diálogo, la comunicación interpersonal, el análisis riguroso y el sentido crítico para elaborar sistemas axiológicos compatibles con la totalidad humana y los intereses reales de cada núcleo pequeño o grande de personas. En todo caso,

los valores que más se aproximan a la persona humana como tal y a su desarrollo son los valores de mayor importancia. Ninguno de ellos debe obtener un tratamiento aislado o absoluto sino en armonía con la totalidad de los demás valores y en relación con las personas e individuos humanos concretos. Así, la libre expresión de uno mismo o de sus opiniones en tanto no hiere o destruye el conjunto de valores de los demás; los valores estéticos, en cuanto promueven el desarrollo espiritual de otras personas, los valores sociales, en cuanto establecen normas de convivencia para los grupos humanos; los valores culturales, en cuanto son efectos de la libre conquista de la verdad y el ejercicio del gusto de la comunidad. Siguiendo las líneas de expansión del ser del yo, desde los valores fundamentales, puede crearse todo un sistema de valores que alcancen la acción del yo en el mundo, sus intereses y su destino, hasta las más extremas aplicaciones. Entonces, se encuentran los valores en el desarrollo físico y psíquico, en la educación, en la convivencia, en las relaciones familiares y sociales; en el trabajo y la producción de bienes y en la investigación científica, en la actividad cívica y las agrupaciones políticas. Es imposible hablar de valores de toda clase de aplicaciones si no se hace referencia a la génesis de los valores y a los valores fundamentales del ser humano. Los

filósofos de la axiología han intentado diferentes sistematizaciones, no siempre completas ni coherentes. Algunas veces absolutizan uno de los valores y desequilibran todo el sistema. Por ejemplo, Nietzsche con la voluntad de poder, Sartre con la libertad, Heidegger con la pretensión de reducir los valores al ser o al pensar profundo. Este campo queda abierto para muchas investigaciones útiles y necesarias para la propia convivencia entre los hombres.

Si se analiza la zona más densa de la vida implicada en las emociones, el bienestar psíquico, el sentimiento de serenidad, de paz, de alegría o de pena y desesperación, se entra al campo de las pasiones humanas. Las pasiones se colocan en el proceso que lleva a una persona desde la percepción de los valores hacia su realización en la vida del yo. Los estados sentimentales influyen seguramente en las decisiones del yo y tratan de influir en la actividad de la voluntad en el sentido de llevarla hacia ciertos objetivos que impactan duramente el afecto sensible de uno y pueden desviarlos desde una consideración teórica más racional y equilibrada. P. Ricoeur, en su libro *Finitud y Culpabilidad*, se coloca de una vez a la altura de las pasiones y encuentra allí el contenido que mueve la voluntad a la acción. *-Abro en el mundo posibilidades, eventualidades, novedades acaecibles-* (id., p. 95).

Frente a las pasiones humanas, el ser racional debe ajustar sus decisiones teniendo en cuenta esta fuerza que lo arrastra para reservar su actuación a la armonía de la totalidad. *-Es el momento intencional en que yo suscito por delante de mí, un quehacer propio-* (id., p. 95). A este enfoque lo llama *perspectiva*. La perspectiva no es un simple punto de vista neutro, un simple ángulo visual; al contrario, es una perspectiva afectiva que influye previamente en el movimiento de la voluntad para proyectar y proyectarse. Este filósofo tiene en cuenta algunos elementos ya estructurados en la mismidad del individuo quien debe decidir. Esta motivación afectiva ya incluye el deseo, lo amable o lo odioso que modifican una simple receptividad teórica. Los diferentes elementos de la perspectiva convergen en una noción global que es el carácter. El carácter abarca, en *totalidad*, los diferentes aspectos de los sentimientos, perspectivas, amor, perseverancia o inercia. Es, pues, la totalidad finita de nuestra existencia. La finitud del carácter denota *-la apertura limitada en nuestro campo de motivaciones-* (id, p.108). El resultado es nuestra actual limitación tanto en la libertad como en la actividad: nuestras motivaciones quedan reducidas al limitado campo de nuestras perspectivas. A pesar de ello, el carácter está abierto a todas las posibilidades humanas. En esto consiste nuestra humanidad:

en tener la posibilidad de acceso a lo humano que nos rodea en todos los demás seres intelectuales y concientes. *-La abertura de nuestro campo de motivaciones significa que, en principio, somos accesibles a todos los valores, de todos los humanos a través de todas las culturas-* (id, p. 108). Somos parte de esta humanidad y la percibimos desde nuestra perspectiva. Esto significa que la totalidad es vista por nosotros en forma parcial: en esto consiste nuestra limitación. Ricoeur considera el carácter como algo inmutable, una especie de destino, que tiene que ver con la herencia. Sin embargo, esto no es más que el origen cero de la percepción. Sin embargo, puede ocurrir que nuestra vida se oriente hacia una nueva constelación de estrellas: entonces toma como guía un nuevo núcleo de valores. De este modo, a pesar de la herencia inmutable, la persona conserva su apertura hacia toda la humanidad.

## **6** LOS VALORES Y LA AXIOLOGÍA

Como ha quedado claro anteriormente, por la contraposición entre valores y el discurso sobre los mismos, los valores se dan en el ámbito de la vida: se viven y se producen; en cambio, la axiología pertenece al pensar y al hablar acerca de valores. Toda axiología o teoría de los valores,

no es más que un discurso, mental o verbal, sobre los valores pues, tenemos dos mundos, el existencial y el lógico. Nunca lograremos hacer coincidir estos dos niveles de realidad, pero tampoco los podemos separar del todo. Sería vano hablar de valores, sin hacer referencia constante a la experiencia que cada persona conserva en sí misma y en su memoria de la realidad de los valores y, en particular, de aquellos valores que dan significado a la vida de uno mismo. Un discurso axiológico, carente de esta referencia sería un discurso vacío, o sin contenido: no basta pronunciar juicios sobre valores y referirse a conceptos axiológicos, si no se rompe la barrera lingüística para alcanzar la realidad del valor en sí, *tó áxion* (lo valioso). Análogamente, la captación y la realización de valores por parte de una persona humana sufrirían de una ceguera teórica, sin el discurso axiológico, con lo cual se evidencia que ambos niveles deben coexistir en la persona humana.

Entonces se nos pone la pregunta: ¿qué relación hay entre estos dos niveles? No basta decir que ambos son parte de un mismo yo y este yo es quien capta los diferentes valores, como entidades concretas y particulares y, al mismo tiempo, los piensa y discurre sobre los mismos con conceptos y juicios abstractos y generales. El yo, en persona, como unidad viviente y pensante,

escoge entre los que desea realizar y organiza su actividad para efectuarlos y el mismo yo juzga acerca de las razones y objetivos que se propone en su propia praxis activa y axiológica. Sin la intervención de la persona, no habría ni captación, ni realización de valores, entendiendo por persona esta unidad consciente sumergida en la existencia humana y mundana. La persona puede ser simplemente un sujeto individual singular, como también una persona colectiva, un yo generalizado por un grupo humano identificado, en la unidad de vida, los ideales, intereses, valores y cultura. En ambos casos el sujeto, individual o colectivo, ejerce una función determinante en la captación y en la creación de los valores.

#### 6.1 LOS VALORES EN LA CONCIENCIA VIVIENTE Y EN LA PRAXIS

Este no es sólo el nivel fundamental en el que los valores llegan a la conciencia es también el nivel de la ejecución y de la aportación humana a la realidad, de la creatividad y de la construcción del mundo humano intersubjetivo. Es importante visualizar la sustancia densa y vital en la que se ejerce este doble proceso de la individuación y ejecución de los valores en el estado más consistente de la conciencia de una persona viviente. Este es el verdadero mundo de los valores, en donde los valores nacen, existen y se multiplican. Basta pensar en la conducta social de una

comunidad donde el hombre nace, se casa, trabaja y construye una ciudad de paz, de conocimientos y de arte, para descubrir la complejidad y pluralidad de este doble proceso de recibir y dar al mismo tiempo y por todos los miembros de la comunidad. El carácter esencial de este nivel es su *particularidad*. Cada valor percibido y cada valor ejecutado es siempre un valor particular y único: por una parte, la fiesta de cumpleaños, la alegría de una boda, el estudio de una asignatura, la adquisición de una habilidad (valores asumidos) y, por otra parte, la escultura de un artista, la página de un poeta, el edificio de un arquitecto, el trabajo de un campesino, el objeto producido por un taller (valores ejecutados). C. I. Lewis coloca una tercera actividad, intermedia entre captación y ejecución: *-la proyección de un valor adquirido hacia una posible ejecución-* (id, p. 394). En los tres momentos indicados se conserva el carácter particular y concreto del valor. Siempre se trata de un acto individual, una cosa, un hecho, una relación, que hacen florecer un valor. En esta particularidad concreta reside toda la fuerza del valor, por la cual este valor único es apreciado, deseado y ya posee, en sí mismo, el modelo de la ejecución y la fuerza para desencadenar el deseo. Por esto, una escena de película de Ingmar Bergman se refleja de inmediato en la existencia de una persona; un



momento onírico de Federico Fellini se hace vivencia del presente en mi propia vida. Este valor particular y concreto, de inmediato y sin razonamiento previo, se inserta en la existencia de uno, por su poder de efectuación y el deseo que despierta. Por su propia fuerza se presenta como posibilidad de ejecución. Sin embargo, es una posibilidad que puede ser considerada, reubicada, sometida a un análisis y crítica, en el contexto de la vida y de los medios de la ejecución real.

La pregunta que nos surge, ahora, es la siguiente: ¿Puede este nivel de captación y ejecución actuar de una manera autónoma sin consultar eventuales conceptos especulativos del conocimiento, previos a una posible decisión? Este podría ser el caso del miedo irresistible que se genere en una situación repentina y fatal; o de un sentimiento de compasión de cara a una necesidad extrema a la vista, que provoca la oferta de ayuda. Parece que, en casos similares, la captación del valor y la ejecución no consultarían ninguna instancia teórica previa. Si esto fuera cierto, significaría que el mundo de los valores, en el que nuestra vida está sumergida a cada instante y en todo lugar de nuestra existencia, tendría el poder de plasmar nuestras personas, tanto y más que el mundo de los hechos y de las cosas. Aunque esto pudiera darse en algún caso

extremo, no es la forma normal de operación del yo. El yo perdería su unidad si una región de su fuerza vital se desarrollara de una manera independiente. La persona no vive sólo de valores sino de sus propios pensamientos, por lo cual será necesario que exista una constante correlación entre el nivel de captación y el de ejecución de valores con el nivel especulativo de los conceptos y juicios de valor. La voluntad de actuar no estaría condicionada sólo por el deseo y la libertad, sino por la razón especulativa: memoria y visión de la totalidad de la conciencia y, en primer lugar, por la *axiología*.

## 6.2 EL NIVEL DEL DISCURSO AXIOLÓGICO

Los conceptos y los juicios de valor integran todo el campo axiológico y relacionan los valores con las demás dimensiones especulativas del ser humano. El *discurso-axiológico* constituye, por sí, toda una región de pensamiento humano pero, no tendrá ningún poder sobre la praxis, si no se conectara con el nivel real de la captación y efectuación de los valores. La razón está en su *generalidad*. Todo discurso de la mente y de las palabras está condenado a la esterilidad por su propia virtud: la de ser general y abstracto. El discurso crea su propio mundo especulativo, un mundo de pensamientos, de juicios y de razones, que nunca alcanza el nivel real de la vida, concreto y particular, como el de los valores.

Afortunadamente, la conciencia del yo es la misma conciencia que piensa y razona y, al mismo tiempo, decide y actúa. El yo es sí mismo en ambos casos, es mediador por su unidad: procesa los conocimientos de los seres y también reacciona a la presentación experimental de los valores. Esto significa que cada persona y, en particular, cada filósofo puede desarrollar su propia axiología: una teoría especulativa acerca de los valores pero, si ésta no se ajusta al nivel del valor (de *tó áxion*) y de la praxis (a la vivencia de los valores), crearía un conflicto interno al propio yo. Habría una teoría del valor, por un lado, y una práctica de valores por otro. Los conceptos y los juicios de valor (la axiología) deben formularse necesariamente sobre la base de la captación empírica de los valores (las vivencias). La mediación del yo consiste precisamente en mediar entre lo general del discurso y lo particular de los valores: ambos niveles coinciden únicamente en la conciencia del yo. Los cuatro elementos que se han caracterizado al comienzo de este estudio: libertad, inteligencia, sentimiento y voluntad, elaboran el mundo interior del yo, un mundo encarnado en la realidad del yo, con sus pensamientos, deseos, valores, recuerdos y proyectos; un mundo tan grande que es comparable al cosmos que nos rodea. Nada extraño, por tanto, que en este gran mundo convivan ideas generales con

ideas particulares, razonamientos, deseos y emociones; valores particulares con conceptos y juicios de valor, generales y abstractos, acerca de valores particulares y expresiones de la praxis. Es el mundo interior de la persona humana.

Se puede preguntar: ¿cuál es la consecuencia de esta dualidad, entre axiología y valor, [que, por otra parte, se encuentra también entre pensamientos y experiencias] en un yo individual? La primera consecuencia es la *perfectibilidad* de la persona humana. La persona reflexiona especulativamente sobre valores, pero se guía por su percepción real del valor y, a menudo, lo realiza con su praxis. Esto significa que el yo humano no es sólo un yo inteligente sino un valor que se perfecciona en razón de su experiencia empírica y su voluntad de realización. La persona humana, singular o colectiva, percibe los valores y reflexiona sobre los mismos tomando sus decisiones para una continua transformación de su ser pero hay también una consecuencia que puede ser negativa. Nadie puede cambiar su percepción de los valores, como nadie puede cambiar su percepción de la vista, del oído, del calor y del frío. Sin embargo, se puede cambiar la interpretación especulativa de los valores (el discurso), es decir, la axiología. Ésta puede ser condicionada por la memoria, las inclinaciones pasionales, los hábitos previos y, so-

bre todo, a nivel de personalidades colectivas, a nivel de información, comunicación y educación. No son los valores los que se vuelven subjetivos. Son las interpretaciones y las axiologías que pueden sumergir al ser humano en un caos axiológico. Estos condicionamientos surgen generalmente de las costumbres o de la cultura de una particular comunidad humana que impone privilegios y prioridades que predeterminan el juicio de valor en su misma percepción; es decir, se colocan en la categoría de prejuicio que altera los juicios de valor. En este caso, es necesaria una crítica de los prejuicios para restablecer el orden natural de los valores.

### 6.3 SOLIDARIDAD DEL DISCURSO CON LA PRAXIS

Los dos niveles en la unidad del sujeto racional constituyen un solo mundo de ser y valor, de reflexión y de acción. Por tanto, es preciso enfocar la interrelación e interferencia de las dos dimensiones: práctica y teórica, nivel de vivencia y nivel de pensamiento. Para comprender el flujo de relaciones que entretejen las actividades de ambos niveles, es necesario considerar al mismo tiempo las articulaciones del proceso que se encuentran en ambos y sus puntos de intersección que permiten al yo actuar en ambas facultades como único sujeto.

Supongamos un ejemplo que nos facilite seguir los momentos de la praxis y su complementación axio-lógica. Observo un maestro X impartiendo clase a un grupo de alumnos. Este es el punto de partida de todos los valores: la experiencia particular de este hecho lleva consigo el valor (enseñar se me da como valor). En mi mente se graban tanto la imagen del hecho, como la impresión del valor; además, se da el concepto de enseñar, como expresión mental de este conocimiento y los posibles juicios relativos a este y otros conocimientos análogos. Al mismo tiempo, puedo conceptualizar el valor particular y reflexionar sobre este valor con mi actividad intelectual: estoy elaborando conceptos y juicios de valor. También el valor ha sido grabado en la memoria y puedo recordar su impresión y su vivencia. Entonces, ya poseo memoria de un conocimiento y memoria de un valor al mismo tiempo y puedo acudir, como sujeto, a los dos tipos de memoria; puedo acudir, a la vez, a la imagen del hecho y a la impresión del valor. Las dos actividades anteriores pertenecen al discurso interno de la mente que puede también convertirse en discurso lingüístico y oral o escrito. De este modo, todo lo captado ha sido intelectualizado, tanto el ser como el valor. Pienso en esta acción de enseñar y reflexiono sobre el valor de enseñar. Como sujeto, puedo expresar juicios tanto sobre el hecho

como sobre el valor. Puedo colocar este valor particular en el conjunto de mis experiencias de valores y en el conjunto de mis conocimientos de los seres así como organizar mi mente como un mundo coordinado y unitario, derivando mis propias conclusiones y decisiones.

Este discurso generalizado de seres y de valores plantea al individuo la búsqueda de sentido de toda la realidad conocida y apreciada y constituye el fundamento de su evolución personal y de su actuación en el mundo. Entonces, la persona humana podrá dirigir sus pensamientos y su actividad y tomar las medidas que considere convenientes. Éstas podrán ser: desarrollar sus conocimientos científicos, realizar trabajos, proyectar sus actuaciones sociales o, bien, podrá decidir, conocer otros valores, compararlos, relacionarlos, organizar sistemas de valores o, bien, llevar a la práctica cierto tipo de valores. Entonces, será el yo el único sujeto responsable de sus decisiones y actuaciones, de sus propias conquistas y de su evolución. Para regresar al ejemplo propuesto, del maestro que enseña a sus alumnos: el yo puede discurrir sobre el problema educativo, comparar este valor con otros similares captados en otras ocasiones y desarrollar toda una teoría axiológica de la educación, sin rebasar el ámbito del discurso. Al contrario, si decido imitar al maestro y

realizar un tipo de enseñanza similar, entonces no sólo aprecio este valor sino que lo llevo a la práctica, lo convierto en praxis de mi existencia: efectúo un valor. Este puede ser el punto final del proceso en el que han intervenido: inteligencia, sentimiento del valor, memoria del hecho y memoria del valor, y la voluntad de actuar movido por el deseo de este valor. Como puede verse, tanto el discurso como la praxis se efectúan en los límites y condicionamientos de la cultura real en la que el sujeto vive y piensa pero, tales límites y condicionamientos, en condiciones normales pueden ser sometidos a análisis y críticas de la conciencia como, en general, los prejuicios. De este modo, la captación y ejecución de los valores pueden ser restituidas a sus condiciones originarias.

El camino que se ha descrito es seguramente posible pero, a menudo, nuestra forma de actuar es más rápida y directa. Entonces, al ver el valor de este maestro que enseña, siento el impulso a imitarlo por la fuerza del valor que se me da. Sin reflexionar ulteriormente, busco el modo de imitarlo y realizo yo mismo el valor de enseñar, sin mayores especulaciones. Este otro ciclo abreviado del proceso tiene su punto de partida en la misma experiencia del valor y continúa de inmediato con la decisión de poner en práctica este valor. En este caso, la captación del valor y su realización

no salen del nivel de la praxis y no apelan a ningún discurso axiológico. En esta forma se realizan muchos de los valores estéticos, morales, políticos. Un artista, indignado por una injusticia, busca de inmediato expresar su sentimiento en una obra; entonces, se unen el valor estético y el valor moral. Una persona, en contacto con la miseria de un semejante, es movido de inmediato a una acción que le alivie. Esto sucede frecuentemente cuando cierto tipo de valores está firmemente establecido en la sociedad en la que uno vive. En general, puede afirmarse que la existencia de los valores en la persona humana, no constituye un elemento perturbador o disociador, sino que significa la múltiple fuerza de la vida espiritual para su desarrollo personal y social.

## 7 LOS FILÓSOFOS DE LA AXIOLOGÍA

Pese a que muchos filósofos llegan a la consideración del valor como tal, a partir de los valores morales, necesarios para establecer las normas éticas, todos acaban por hacer referencia a los valores en general como fundamento necesario de los valores específicos de la moralidad. Los más importantes filósofos del siglo XX han desarrollado alguna reflexión sobre los valores. Los más célebres desarrollan sus teorías de los valores

a partir de la experiencia y de un conocimiento intuitivo de los valores. Por el método fenomenológico que se ha adoptado, el filósofo clave para entender los valores es Edmund Husserl quien no ha desarrollado una ética, pero ha realizado un análisis tan detallado del conocimiento que en él aparecen claramente los valores y su génesis. Los valores, para Husserl, se intuyen en el conocimiento del ser. Sin embargo, los conocimientos y juicios de los valores se distinguen evidentemente de los conocimientos y juicios del ser. Los juicios de valor tienen el carácter de juicios *téticos* (relacionados con la acción y la voluntad); los juicios del conocimiento especulativo tienen el carácter de juicios *dóxicos* (o de opinión). Gracias al análisis de las esencias de Husserl, pudo Max Scheler desarrollar toda una teoría de los valores en su libro: *Formalismo en la Ética y la Ética material de los Valores* así como en *La Revolución de los valores*. Scheler cree fundar un apriorismo ético material; es decir, determinado por la experiencia. Este filósofo sitúa al lado del apriorismo del pensamiento o *a priori* intelectual, un apriorismo emotivo, del sentimiento, un sentimiento primario de los valores. Por esto, habla de un orden material apriorístico que corresponde un poco al *esprit de finesse* de Pascal. Por su materialidad, el valor precede a la ley. Según su filosofía, los valores no son significaciones aprehensibles

por la razón: éstos se consiguen por una intuición emocional, son e-sencias pero no-significativas. Los valores son esencias y su jerarquía representa una conexión de esencias, pero sus conexiones son dadas antes de toda experiencia; es decir, apriorísticamente. Por esto habla de materialidad de los valores. Su jerarquía es dada necesariamente por la intuición de valores pero los valores morales no son parte de esta jerarquía; están situados fuera del orden cualitativo de los valores. Se encuentran necesariamente ligados a los actos que realizan la existencia. Acto moral es todo aquel que tiende a realizar un valor positivo, mientras que es inmoral, si tiende a la realización de un valor negativo.

También Nicolai Hartmann, con Ética, se coloca en la corriente fenomenológica y su teoría de los valores parte de la experiencia. Para Hartmann, la persona se da en la correlación yo-tu, siendo el sujeto un supuesto de la persona. El hombre, como sujeto, es un ser ontológico y, como persona, es un ser axiológico que, por sus actos, es portador y realizador de valores. La persona es mediadora entre los valores y la realidad; este es su deber axiológico supremo. En contra de Kant, opina que la norma y el deber están fundados en el ser independiente de los valores; por tanto, el valor precede el deber y lo condiciona. Dice: Los

*valores son ideas platónicas, forman parte de este otro reino del ser, descubierto por Platón aprehensible por intuición espiritual, aunque no visible con los ojos, ni palpable con las manos* (Ética, p. 108). No hay transmutación de valores porque son por sí mismos inmutables. Su esencia es eterna e independiente de la historia, lo que cambia es únicamente la conciencia de los valores por sus condicionamientos externos.

Para el filósofo alemán, Johannes Erich Heyde, en Valor, una Fundamentación Filosófica, el valor es una noción de relación, no de esencia; es relación de un objeto con un sujeto. Los estudios de Heyde, por la precisión de sus conceptos y determinaciones, ha contribuido al desarrollo del conocimiento de los valores y considera el valor en su relación con la conciencia personal: el valor es el signo de esta relación. Se puede hablar de valores objetivos y absolutos en el sentido que son independientes de toda particularidad individual de los sujetos.

El filósofo Alfred Vierkandt, en El Carácter Irracional en la Formación de los Valores, coloca los valores en la historia y el ambiente social. Hay muchos elementos que contribuyen a la formación de los valores: el sentimiento primario, la tradición, la condensación y el desplazamiento. Por la tradición, la apreciación se

traslada de una persona a otra; la condensación se refiere al hecho de que la percepción de los valores deja huella en nuestra conciencia; el desplazamiento es la capacidad de la mente de asociar los valores y desplazarlos de un objeto a otro. La historia tiene la capacidad de irradiar los valores desde un núcleo central y formar ambientes privilegiados para desarrollar ciertos valores de una comunidad particular; esto marca el carácter axiológico de las comunidades que se distinguen con particulares valores: algunos estéticos, otros intelectuales, otros sociológicos. De todos modos, los valores pertenecen a un orden irracional y su formación es un proceso histórico. Hay valores históricos que pesan sobre nuestra cultura. La tarea de nuestra sociedad es la de encontrar, en cierta medida, la racionalización necesaria.

William Stern es un gran psicólogo del tiempo moderno y concibe la axiología como un personalismo crítico, diferente del personalismo de Scheler y Hartmann en sus obras *Persona y Cosa* así como en *Filosofía de los Valores*. También su base es experimental, pero pone de relieve los elementos immanentes de la persona: sustancialidad, individualidad y causalidad. Esto explica que la persona posea su propio finalismo, una teleología immanente. La metafísica de Stern coloca al individuo en una búsqueda eternamente en

movimiento. Sólo hay dos puntos fijos: 1º, la creencia en que el mundo existe y tiene valor, un *a priori* axiológico; 2º, la conciencia de buscar ese mundo con su ser y valor, un *a priori* objetivo. Hay una relación entre el sujeto que cree en los valores y los objetos que reciben su apreciación. La realización de los valores es el fin primario del hombre. Este se realiza como valor antes que como pensar; el yo se pone como centro axiológico de un mundo axiológico. Hay un valor fundamental que se llama *valor propio* y se identifica con la persona. Además, hay valores irradiados y valores de servicio. El valor propio se irradia sobre todos sus componentes, porque cada valor irradiado participa de la totalidad que es el valor propio. Hay valores de servicio cuando es necesario utilizar medios para la realización del valor.

Gabriel Marcel (*El Misterio del Ser*) es otro de los filósofos en el que los valores ocupan un lugar fundamental. El valor, como tal, es esencialmente cautivador; afecta al que lo posee, lo descubre, lo realiza, pertenece al *¿quién?* Con el valor estamos en el corazón mismo de la experiencia con sus peligros y angustias (p. 238). La vida no se deja conceptualizar por completo. Las cosas son extrañas frente a nosotros, inertes como lo es la materia pero está atada a nuestra realización personal. El tener, como tal, queda trascendido al centro de

esta creación: es el yo el que se transforma. El plano del simple tener lo que somos puede ser trascendido y esto es por medio del amor. El amor gravita alrededor de cierta posición que no es ni la de mí mismo, ni la de otro como otro; es la que se denomina *un Tú*. -El amor, en tanto que distinto del deseo, subordina el sí mismo a una realidad superior: *Esta realidad yace en el fondo de mí mismo y es más que mí mismo-* (p. 244). El amor, en cuanto rompe la tensión entre mí mismo y el otro, se establece como el dato ontológico esencial; es el momento en que el ser justifica y fundamenta la realización del valor. Ahí es donde aparece lo real. Cuanto más nos elevamos y accedemos a la realidad, tanto más nos transformamos en nosotros mismos, entramos en la esfera del ser; estamos entrando a la esfera del misterio.

El filósofo francés Jean Paúl Sartre (*La Náusea, El Ser y la Nada, Los Caminos de la Libertad*) también pertenece a la fenomenología del valor. Es dominado por una preocupación sociológica política, la dialéctica marxista y el ambiente de depresión consiguiente a la Segunda Guerra Mundial. Su concepción de los valores es condicionada por una teoría del conocimiento que coloca a la existencia personal como un ser fundamental. Consecuentemente, para este filósofo, la libertad subjetiva

humana es el valor principal que debe ser defendido como un absoluto. La libertad humana es reconocida como un valor, no porque tenga un contenido o una razón en sí misma, sino porque es función de la vida, como ésta lo es de la existencia. Siguen existiendo en Sartre los grandes temas axiológicos como los que se refieren a la justicia, los que se refieren al amor, al matrimonio, a la conducta social, a la responsabilidad, al arte, a la dignidad y a la acción política que revelan la respuesta de una persona humana, al otro yo. Él las considera como opciones en la vida del individuo. Siguen existiendo en él los contravalores: el deseo, el engaño, la mala fe, la traición, la crueldad, la conciencia de su propia nada. Todos los posibles valores se frustran frente a la imposibilidad de realizar el máximo de los valores que es la libertad humana.

El filósofo Alfred North Whitehead desarrolló su principal actividad en los Estados Unidos y, desde su origen identificado con el Positivismo Lógico, evolucionó en el sentido de asumir posiciones muy cercanas a la fenomenología. En "*Modes of Thought*", reflexiona sobre la experiencia de una persona cualquiera en su quehacer diario. Analizando la experiencia encuentra uno de los factores irreductibles en la *importancia*. Esta da significado a una multiplicidad de otras nociones. Es una noción a la vez



necesaria e indeterminada; indeterminada en su contenido y necesaria conceptualmente. Sus equivalentes: precio, valor, peso, gravedad, se contraponen semánticamente a: Insignificancia, futilidad, vanidad, levedad, que establecen múltiples series especulares de contrarios, entre los que se sitúan las medidas intermedias y abren ilimitados campos a las percepciones de la experiencia. La importancia adquiere infinitas facetas con tal de que se ponga atención a todas las dimensiones de su territorio: en la experiencia, en el mundo físico, emocional, estético,

ético y social. La importancia viene hacia nosotros desde el interior del ser. C. I. Lewis ("An analysis of Knowledge and Valuation") enfoca precisamente los valores y la evaluación como fundamento previo a cualquier teoría moral. La Tercera parte de este libro encuentra los valores en la experiencia, más allá de cualquier juicio de valor y de la subjetividad u objetividad y considera que el descubrimiento de los valores es una actividad empírica de un conocimiento específico que el autor llama *saber*.



### III. LA ÉTICA EN EL CONTEXTO GENERAL DE LOS VALORES

#### 1 LOS VALORES MORALES

Todos los filósofos que se han citado como axiólogos, de hecho, parten de la axiología general pero, de repente y casi necesariamente, se desplazan a los valores morales y la gran mayoría de ellos escribe un libro de Ética. En nuestro planteamiento, hasta ahora, se ha evitado hacer referencia a los valores morales, para no distorsionar la visión general de los valores. Una teoría general vale por sí misma, en todos sus horizontes y se aplica a toda clase de valores. Sería un reducir el horizonte humano, si se dejaran de desarrollar todos los campos; es decir, todas las cualidades de los valores. Cada campo axiológico responde a una perspectiva pero cada horizonte axiológico interfiere necesariamente con todos los demás horizontes; no puede haber una consideración aislada que separe un campo de otro, la comparación y la interferencia de un horizonte con otro es esencial

para el equilibrio del ser humano y la racionalidad de sus decisiones. No puede hablarse de valores útiles o de valores morales, sin considerar su relación con los valores estéticos, económicos, políticos, o los valores sociales. No puede enfocarse el valor cultural, sin relacionarlo con todos los elementos que lo integran que, a su vez, son valores. Por ello, aunque enfoquemos de manera específica los valores morales, no podemos olvidar que éstos se entrelazan con todos los demás campos axiológicos y forman un todo que define nuestra existencia. Una sociedad como la nuestra en la que ha sido ignorada y destruida gran parte de los valores, ha cometido el error de aislar la consideración de los valores morales y de absolutizar algunos valores particulares, en daño de muchos otros. Absolutizar, en este caso, significa aislar, desconectar, fragmentar, distorsionar el significado de un valor, descomponiendo la unidad de la vida.

Una prueba clara de la complejidad de los valores está en el hecho de que el aspecto moral se encuentra prácticamente en todas las demás clases de valores. No hay calidad de valor sin cualidad moral. La dignidad fundamental de la persona humana, en su relación con los diferentes tipos de valores (económicos, sociales, estéticos, religiosos, psicológicos) reconoce en esta relación el nexo axiológico que brota de su propia conciencia. El valor moral nace de esta íntima conexión de la vida con la dignidad personal del individuo. No es posible hablar de una moralidad a secas, sin referirla a esta relación vital de un yo. El valor general de la moralidad nace precisamente aquí, en este compromiso del ser inteligente y libre con la vida. Universal no significa total, sino una posibilidad sin límites a partir de la conciencia del sujeto y de todos los sujetos. Más que universal, habría que llamarlo general, en tanto se conoce su dato inmediato pero se desconoce el límite de sus posibilidades. Cada individuo capta los diferentes valores morales y puede comprobar experimentalmente que estos valores se extienden a todos los demás hombres. Esto crea la generalidad del valor moral y la conciencia general de tales valores, entre personas humanas. No es que la concordancia entre conciencias genere el valor, sino que los valores generan su propia generalidad. Tal compromiso parte de un solo individuo

humano y se extiende a la humanidad existente en toda su amplitud; se trata, pues, de la misma moralidad, que es personal y colectiva el mismo tiempo: valor personal y valor humano.

## 2 CARÁCTER DE LA MORALIDAD

El valor moral es inherente a la conducta de una persona humana en cuanto ésta es guiada por un principio de coherencia con lo que esta persona es y exige ser en el futuro. La moralidad posee dos vertientes: la primera consiste en captar los valores morales; la segunda, en llevarlos a la práctica en la conducta cotidiana. Esto significa que la moralidad se funda en la captación del valor moral pero se expresa en la realización de los valores morales por parte de cada individuo. El segundo aspecto es el que va bajo la denominación corriente de moralidad. Se ha hablado mucho de principios morales, de normas morales que obligan a cierta conducta, normas que deben ser generales y comunes a todos los hombres. Se habla de un imperativo categórico (como en el caso de la ética kantiana) pero, estas normas que no son más que formulaciones de principios teóricos, carecen de contenido real si no se reportan a una base experimental. En este caso, la base experimental es la captación de los valores morales. Esta base

experimental es la realización de la bondad o maldad de la vida en toda su amplitud, incluyendo esencialmente la vida de las personas humanas. Los valores morales son los que constituyen o impiden el bien o el mal en la vida y se realizan en la conducta responsable de un individuo. La moralidad es un carácter de la conducta humana en cuanto tal: consciente y responsable.

Ahora bien, ¿en qué consiste esta conciencia y responsabilidad? Consiste en realizar acciones de acuerdo con lo que el ser humano es, como totalidad, en el presente y en el futuro. Esto implica dos cosas: un compromiso y una coherencia. Coherencia con lo que una persona es en cuanto tal y con lo que ha asumido en su ser; compromiso con su realización en el futuro. En estas dos dimensiones se articula la conducta moral. Coherencia puede expresarse en forma positiva, como: adherir a aquello que ya se ha captado y aceptado responsablemente. En forma negativa, significa rechazar aquello a lo cual no se podría adherir. La coherencia de que se habla es coherencia en la acción. Esto supone que el individuo esté captando y realizando un valor moral. Sin esto, no habría ni un punto de referencia ni un imperativo moral. Sin esto, no habría ni compromiso y responsabilidad con la vida, ni un criterio para la coherencia moral. Con esto se establece un criterio universal

de moralidad: la valoración moral y la acción coherente. El valor moral se convierte, entonces, en el punto firme de referencia para establecer una norma moral general y dar contenido a esta norma. Esto implica que un valor moral particular sea puesto en relación con la totalidad de la buena vida, del individuo y de la colectividad.

El valor moral, intuitivo directamente, no es sometible a discusión pero, el objetivo según el cual éste se realiza así como la importancia de este particular acto de moralidad pueden ser analizados críticamente, en el sentido de descubrir su racionalidad con referencia a la totalidad de la experiencia en la cual se incluye. Toda realización de un acto moral está incluida en el horizonte global de la vida humana; es decir, de la totalidad de experiencias de valores morales y puede contribuir o impedir su plena realización. La totalidad de experiencia posee la *prioridad* sobre un caso particular de experiencia incluido en ella.

## 3 ORIGEN DE LOS VALORES MORALES

### 3.1 LA INTUICIÓN DE LOS VALORES MORALES

Los valores morales se perciben como todos los demás valores a través de la experiencia, con la

intuición de valores. Es una intuición cualitativamente distinta de los demás campos de valores. Esto significa que los valores morales se dan en la intuición, a la par de los valores estéticos, sociales, políticos, económicos, etc., pero el carácter que se percibe, en este caso, es la dimensión ética del ser. Será un ser digno o indigno, bueno o malo, justo o injusto, humano o inhumano, amable u odioso, estimable o repugnante, respetuoso o vulgar, atento o cruel. El carácter de moralidad está en cada una de estas determinaciones de los entes, hechos y relaciones. Estas oposiciones no son realmente alternativas de sí o no; son sólo diversidades que pueden ser combinadas en diferentes formas. Toda esta terminología que refleja la realidad experimental, nos introduce al campo existente de los valores morales.

Cuando se habla de *ser* en la percepción de la moralidad, se indica cualquier hecho, gesto, escrito, obra o producto, relacionado con la persona, mi persona o la de los demás, con la propiedad de ser digno, justo, bueno, humano, etc. Todo ser, en general, aparte de excepciones, es portador de valores morales, más o menos evidentes. La dimensión ética se percibe tanto con relación a la apreciación del valor, como al deseo de realizarlos. El valor moral, por sí, tiende a ser *modelo*, posee en sí una fuerza de atracción que estimula a la

imitación. Por tanto, se refiere directa o indirectamente a nuestra propia conducta. Por esta razón, hablar de valores morales es hacer referencia, cuando menos implícitamente, a la conducta moral de las personas. Si alguien choca mi carro por no haber respetado las reglas del tránsito, no sólo me produce dolor por el daño, suscita mi indignación por su falta moral y el sentimiento ético; provoca en mí el deseo de corrección: el hecho es moralmente detestable. Si un joven gasta sus bienes para atender a su madre enferma, no sólo suscita mi admiración por la generosidad, sino que se me da como modelo: un deber-ser a imitar, por el valor ético que se encierra en su acción. Unos forajidos, al amanecer, apresan a una criada que está barriendo la acera y la empujan dentro del portón abierto, con la evidente intención de robar y violar y, una persona que ve la escena, empieza a gritar desesperadamente hasta despertar a todo el vecindario hasta que los asaltantes se asustan y abandonan a la víctima. La acción inmoral, contraria a la libertad y dignidad de la persona, ha sido percibida como valor negativo y ha suscitado la indignación exponiendo el observador al peligro pero sintió la fuerza del poder moral que lo movió a usar los medios a su alcance para corregir el mal. Del mismo modo actúa el poder del valor moral de cara a las crueldades, torturas, injusticias y desórdenes de toda clase y, en

sentido positivo, los valores morales obligan a la conciencia con su propio poder y la mueven a tomar decisiones para su realización. Entonces, la intuición de los valores morales es el fundamento de la moralidad y de la conducta moral de una persona.

### 3.2 LA EDUCACIÓN ACERCA DE LOS VALORES MORALES

Como en todo caso de intuición, la capacidad de ver, de captar tales valores puede ser perfeccionada con el ejercicio, la educación, la comunicación interpersonal. Esta capacidad de ver, puede también disminuir o ser eclipsada por las pasiones, por la presión social, por una manipulación de los principios éticos, por una conducta desordenada y ajena a la conciencia. Estas desviaciones quizás sean incorregibles con relación a una persona particular pero pueden ser eliminadas en una sociedad en la que se busque suscitar y enfocar la conciencia moral, con el análisis, el diálogo, la comunicación y el estudio; es decir, con reforzar la capacidad de captación de estos valores. En este sentido, la educación escolar y los medios de comunicación, juntos pueden significar un centro de irradiación y de conocimiento de los valores morales, cuando se tematizan, se discutan, se ejemplifiquen en la escuela y en los medios, los principales valores morales. Como para todos los demás

valores, es posible conceptualizarlos, transformarlos en juicios, analizarlos como esencias, teniendo en cuenta que tales conceptos no son valores morales, sino representaciones de valores morales. El valor moral está en su particular vivencia ética.

### 3.3 LOS VALORES MORALES

#### Y LOS DERECHOS FUNDAMENTALES

A menudo se habla de derechos fundamentales del hombre que deben ser respetados y aplicados. Como tales, han sido especificados por las Naciones Unidas pero los derechos no son más que formulaciones jurídicas, aún cuando se habla de derechos humanos primarios. No existe ningún derecho si no se fundamenta en un valor que lo justifique. Aún, en este sentido, los valores morales poseen una función originaria no reemplazable por ninguna otra. Cualquier persona particular, como mi yo, puede comprobar experimentalmente en sí misma y en otros yos, la existencia y percepción de los valores morales fundamentales. Esto de *comprobar* se refiere tanto a la capacidad repetible de la experimentación y de la intuición así como a la posibilidad de entablar discusiones sobre la validez y generalidad de estas percepciones: esto se refiere a grupos humanos reducidos y a comunidades organizadas, sin limitaciones, hasta la totalidad de las personas humanas en la globalización.

## 4 FUNDAMENTO DE LOS VALORES MORALES

La moralidad, por la naturaleza del valor como tal, brota de la vida misma y se hace consciente en la intuición del valor. Además, todo valor moral se reconoce en algún caso o situación particular de la vida. La entidad capacitada para coordinar, comparar y generalizar los valores es la conciencia en su realidad concreta, el yo. Los valores morales, a la par de los demás valores, no se encuentran como calidades generalizadas, sino como existentes en su particularidad existencial. El ser humano, como yo y como conciencia, es el único responsable de conocer, apreciar y realizar lo moral y generalizarlo como *Ethos*, como moralidad. El *Ethos*, lo ético, en sentido general y en sentido estricto, se encuentra en el hombre. No tiene sentido buscar el *Ethos* en las cosas o en las relaciones entre las cosas, sólo entre personas y personas así como entre cosas y personas. Únicamente ahí se encuentra el valor moral y éste es de tipo particular. No hay moralidad en las cosas, sólo valores morales que remiten a las personas. Esto no impide que se construya una teoría de la moralidad y se dicten normas generales pero éstas no tendrán más valor que el de su generalización.

Los grandes trágicos griegos, como los modernos, y los mejores autores

de películas, como Ingmar Bergman, Federico Fellini y F. Spielberg, son también grandes favorecedores del *Ethos*. M. Heidegger, tan reacio en admitir los valores aparte del ser, entiende el *Ethos* como la morada del hombre. El hombre vive en lo ético. En este sentido, interpreta la famosa frase atribuida a Heráclito, mientras estaba calentándose en el fogón de su choza un día de invierno. Los turistas pensaban que fuera indigno visitar al gran filósofo, estando él en esta actitud casera de calentarse junto al fuego. Heráclito les dice *aquí también habitan los dioses*. Habitan, quiere decir, el *Ethos* es la casa del ser y éste se encuentra en cualquier lugar donde el hombre habita, en el ser, está en la dignidad moral, en los momentos más simples y ordinarios de la vida.

### 4.1 LA INTUICIÓN DEL VALOR MORAL

Lo moralmente válido e importante se capta en la intuición. Es un tipo particular de intuición en la que la dimensión ética se descubre por sí misma. Cuando se habla de bueno, justo, digno, noble, etc., o sus contrarios para indicar un valor moral, sólo se hace referencia a nombres que expresan conceptos que pretenden representar valores morales. Como en todos los demás valores, también se da un doble movimiento en la construcción de la moralidad. El primero detecta su existencia; el segundo realiza valores

morales. El primer movimiento consiste en la captación intuitiva y completa de la moralidad por parte de los seres humanos. Capto moralidad en los dones de la naturaleza, en los recursos materiales, en la realidad del espíritu, inteligencia y afecto; hay moralidad en los gestos de colaboración, en la paz, en el respeto, en la bondad, en el trabajo, en la ciencia y en el arte. No es la coincidencia de opiniones morales la que genera la validez de la moralidad sino, lo contrario, el valor moral exige al hombre expresar su adhesión y brindar su consentimiento, más allá de todas las diferencias de razas, culturas y situaciones. El sistema de valores morales se extiende tanto como el sistema de valores en general. Naturalmente, los valores morales se intuyen gradualmente de acuerdo con los demás valores. Igualmente, un valor moral particular busca ser colocado en armonía con los demás y diferentes valores morales; se trata, pues, de un sistema de sistemas que nos da una idea de la complejidad de este problema.

#### 4.2 LA REALIZACIÓN DEL VALOR MORAL

El segundo movimiento pertenece a la acción de un individuo, quien percibe la fuerza vital de los valores morales y decide realizarlos. Como los demás valores, el valor moral es una fuerza, una calidad potencial que estimula a la conciencia a pasar a la acción. Un valor moral particular,

aunque no se dé como modelo, mueve la conciencia que lo aprecia, a la realización. La conciencia no sólo capta el valor moral, sino también el *deber-ser* el valor moral. Experimento el acto de un juez pronunciando una sentencia justa; no sólo capto el valor del acto, sino también su *deber-ser*, del mismo modo, si veo una madre protegiendo a su niño pequeño, capto el valor moral y su deber ser. Hay un deber ser, meramente axiológico y un deber ser moral. El deber ser moral es comprendido por la conciencia al procesar el valor moral. La conciencia ve el deber ser moral como un crecimiento moral de sí misma, una dinámica estructural de su personalidad. No habría moralidad sin un valor moral que la fundamente pero tampoco habría moralidad sin una conciencia que lo aprecie y reconozca el *deber-ser* del acto moral. Por esta razón, la moralidad está tan vinculada con la educación a la virtud. Educarse es entrenarse a dar respuesta al desafío de los valores morales.

#### 4.3 ELETHOS

Toda realización de un valor moral logra añadir una dimensión a la estructura moral de la persona humana. Realizar valores morales es realizarse a sí mismo como conciencia y espiritualidad pero es también un ampliar el ámbito de la vida moral para los demás hombres. Realizar un acto de justicia es también proclamar



delante de toda la humanidad que la justicia es un alto ideal para el hombre. El ser humano no es sólo una potencialidad frente a los valores del mundo natural; el ser humano compendia en sí el conjunto de los valores morales que la humanidad realiza día tras día, en el ámbito de los pequeños grupos como también en la asamblea general de los pueblos. El *Ethos* es un fenómeno humano distintivo y necesario de la humanidad. El valor moral llama al *Ethos*. El *Ethos* es la respuesta a la llamada moral de la vida. Entonces, puede decirse que, sin ética, la humanidad traiciona la vida.

## 5 EL VALOR MORAL Y LA PERSONA HUMANA

¿Qué significa la moralidad, desde el punto de vista del ser personal humano? La persona, mi yo racional, como se vio anteriormente se nos da como el primero y principal valor, no porque se perciba directamente en uno, sino por verse en los demás individuos humanos. Alicia en el país de las maravillas no puede ver el *otro lado del espejo*. Sólo podemos ver una imagen de nosotros mismos, un reflejo desde los demás pero, de los demás, vemos la realidad presente en nuestra intuición. En ellos percibimos el máximo valor. En nosotros mismos, como en ellos, podemos analizar la realidad experimental y des-

cubrir las estructuras esenciales a *priori*. No sólo estas, también conocemos nuestras propias ideas, conocimientos, voluntades, deseos, amores y odios... y nuestra historia que ha dado origen a los que somos hoy: nuestra mismidad. A partir de ello, la libertad nos abre camino para nuestra constante evolución. Mi mismo ser puede ser otro, según el esquema de la *mónada abierta* de Husserl (Med. Descartes, V° § 48). Toda realización de valores por parte de un individuo humano queda incorporada a su ser y contribuye a esta evolución; se convierte en parte de su historia. Los valores morales, por ser los más universales y encontrarse en diverso grado en todos los seres, entonces, plantean el particular problema de su relación con la persona humana.

Como se ha visto en la fundamentación de todos los valores, el valor esencial de la persona humana es su propia *dignidad personal*. No hay duda de que todos los valores perfeccionan a esta persona y le ofrecen la oportunidad de crecer intelectual y emocionalmente así como a realizarse en el mundo según todas las dimensiones pero, el valor moral en su realización, es el que corresponde de manera más profunda a ese valor esencial que es la dignidad del ser humano. Dignidad significa la armonía del ser, su relación de superioridad con todos los demás seres y la plenitud de su realización.

El valor moral es el que corresponde a esta dignidad y la inserta en la armonía total del universo, desde las mínimas expresiones de la vida en el mundo físico, hasta las máximas expresiones de esta misma vida en los niveles superiores de inteligencia, creatividad, nobleza y justicia, honradez y mérito, tanto con relación al individuo mismo, como en su calidad de miembro de una comunidad racional.

La moralidad establece la base de una convivencia pacífica entre seres humanos; resuelve los posibles conflictos de intereses apelando a sus valores superiores; brinda la base para la colaboración y la promoción mutua entre el yo y los otros yos en un mundo común reconocido como propiedad de todos. Sobre esta base de dignidad nacen el respeto, la bondad, la generosidad, la rectitud de intenciones, la fidelidad en las circunstancias más difíciles. La moralidad de una persona se complementa con la moralidad de la comunidad humana en la que ésta vive, desde los grupos mínimos hasta las grandes culturas.

Además, hay un aspecto más decisivo que consiste en la relación entre el ser y el valor. Como se ha analizado, el valor nace del ser y se desprende del ser para ofrecer a la libertad humana el mérito y la oportunidad de autorrealizarse. Ahora bien, siendo

que el valor moral está presente en diferentes medidas en la captación de todos los seres, es el valor primario y, es humano, en sentido más radical. El valor moral no sólo es general en su extensión, sino que es también el más humano en su realización y, puesto que la efectuación de los valores morales afecta toda la vida humana, constituye la atmósfera global en la que el individuo se desarrolla y llega a su plenitud. Esto significa que el valor moral, nacido en el ser, vuelve a reunirse con el ser a través de la conciencia y la autoafirmación de la persona humana; es decir, preside a la constitución y el crecimiento del ser humano en cuanto tal. Yo me constituyo como ser digno en mí mismo por la realización de los actos morales. Lo cual implica que, desde un punto de vista metafísico, los valores morales indican claramente la trayectoria señalada a todo ser humano. Porsu moralidad, el individuo humano se perfecciona a sí mismo individualmente y, como miembro del conjunto total comunitario, posee el mérito de que la humanidad, en su conjunto alcance la excelencia y las metas más elevadas de su proceso.

## **6** LOS VALORES MORALES EN LA SOCIEDAD

La consideración de los valores morales puede ser enfocada desde la sociedad, en su conjunto, como

comunidad de seres humanos existentes y situados en la superficie del planeta tierra. Hasta ahora, se ha considerado el valor moral como percibido por una persona individual y realizado por esta misma persona pero la perspectiva sobre los valores morales puede trasladarse al conjunto de los seres humanos relacionados entre sí y con el mundo natural. La percepción de los valores, que es el fundamento básico original para la captación y realización de valores morales, es seguramente individual y personal. Sin embargo, existe también una percepción generalizada de los valores que se formaliza en la comunicación interpersonal entre individuos y entre grupos humanos.

Sobre esta base de una percepción y comunicación generalizada de valores morales y el consiguiente discurso también colectivo y generalizado sobre la moralidad, podemos enfocar esta nueva perspectiva. ¿Cómo percibe y piensa la sociedad los valores morales? La respuesta a esta pregunta, aunque no sea obvia, es seguramente orientadora. La sociedad humana conceptúa los valores morales como un conjunto fundamental de realidades que se expresan en normas generales para ordenar a la sociedad misma y orientarla hacia una situación general de bienestar y de comunicación recíproca. En este sentido, se admite que hay una moralidad para

los estados y una para la totalidad de las naciones, para regular las interrelaciones entre las más débiles y las más fuertes. Dicho de un modo sencillo, para la sociedad, los valores morales son la base para crear una sociedad pacífica, bien ordenada y feliz a nivel de unidades más modestas y de unidades globales. En esta consideración se suponen dos cosas. Primero, existe la percepción de valores morales que se han comunicado entre personas y entre grupos hasta formar una dimensión moral en las sociedades nacionales e internacionales. Segundo, estos valores morales se han formalizado a través de normas, del reconocimiento de deberes y derechos, y de convenios internacionales. La primera realidad confluye en la segunda que se expresa en términos de deberes y de obligaciones.

Supuesto lo anterior, se consigue que necesariamente la moralidad social posea el objetivo muy preciso de organizar a la sociedad humana en modo tal que, en ella, las personas puedan encontrar las condiciones de una vida confortable y gocen de los recursos necesarios para su crecimiento libre y su desarrollo. Esto nos obliga a considerar la sociedad humana, en su conjunto, en el contexto de recursos y situaciones que ofrezca el mundo natural. Esta totalidad compuesta por personas inteligentes y libres, es el punto de partida para

aplicar a todos los niveles los criterios morales. Consecuentemente, la sociedad debe ser organizada de tal forma que sean respetados los valores personales y colectivos de los individuos. El filósofo alemán Jürgen Habermas, en sus obras (sobre todo, Teoría de la acción comunicativa así como en Teoría y Praxis) realiza un admirable análisis de los intereses humanos y del proceso para conseguir el consenso entre comunidades y resolver los conflictos de intereses que puedan surgir en la sociedad. Para Habermas, se llega a la moralidad como a una superestructura que produce la auto-identificación de los individuos humanos. Es un largo proceso de elevación que se consigue por la conciliación de conocimientos e intereses pero éstos se fundan en condiciones subyacentes que presuponen la comunicación libre y auténtica; es decir, moral, no manipulada. Ésta, a su vez, se efectúa en una sociedad democrática, libre de injusticias sociales y dominaciones de grupos de poder. A esto se llega desde las condiciones necesarias para la conservación de la especie humana en ciertos momentos de su evolución histórica. Sin embargo, a su vez, la evolución histórica supone haber alcanzado cierto momento en la evolución biológica lo cual, en su conjunto, es prácticamente imposible de demostrar. Supone la universalidad y necesidad de esta evolución. Encuentra su raíz última en

la dialéctica materialista de Marx. Esta base metafísica no es prueba ni es fundamento de la evolución biológica. En su conjunto, el proceso trazado por Habermas carece de la intuición de valores; para ser científico en su teoría, deja de ser experimental. Es cierto que pueden lograrse consensos parciales; en de-terminados fundamentos sobre la percepción experimental de los valores ofrece, al contrario, una base en la que se encuentra la visión global de la humanidad y permite llegar a leyes sociales que puedan concordar circunstancias pero éstos dejan de tener valor ante las condiciones generales de la humanidad total: el derecho y deberes de la totalidad para un orden mundial, justo y efectivo. En tal modo, los valores morales son el fundamento de una sociedad orientada al beneficio de todos sus integrantes, sin ignorar las diferentes situaciones históricas y culturales.

**7 UN MUNDO DE VALORES MORALES** Con sólo analizar el horizonte de la vida, comprobamos que el mundo está lleno de valores morales. Desde la existencia de la naturaleza física, en su relación con la vida, es implicada la presencia humana y, consecuentemente, su moralidad. Teniendo en cuenta la totalidad del ser terrestre y la gran masa humana que lo habita, surgen valores humanos

fundamentales como el derecho a la vida, no sólo de los hombres, sino también de todos los demás vivientes, en relación con el hombre. De allí surge la ecología como conocimiento del ambiente y el deber del ser humano para conservarlo en su integridad, desarrollarlo y defenderlo de la contaminación y de la extinción de todas las especies vivientes. Hoy, es uno de los que afectan la humanidad entera, por el exceso de población y la necesidad de eliminar los desechos contaminantes, precisamente por fundarse éste en uno de los principales derechos, el de la vida; el valor moral de las relaciones entre seres terrestres y vida humana. Este valor crece y se multiplica cuando se piensa en la necesidad de alimentación, agua, aire limpio que pesa cada día más sobre el horizonte de la comunidad humana viviente. Cada una de estas necesidades forma un sistema de seres que deberían ser aprovechados por la totalidad de la especie humana y, por tanto, constituyen una relación personal con cada individuo. De allí nace el deber moral con carácter generalizado e intersubjetivo. En este caso no caben discusiones o dudas, sobre objetividad o subjetividad de los valores morales o de los juicios de valor. Estos valores son tan generales y tan complejos que forman sistemas objetivos de valores que obligan a la humanidad entera. A este se le puede denominar un sistema globalizado de valores morales.

En un ámbito más reducido puede enfocarse un sistema social de valores morales. Es el que se desarrolla a partir de una comunidad cultural. En la interrelación al interior de un grupo o entre diferentes grupos, los valores morales se asocian a los hechos sociales de la interdependencia y de la comunicación: el trabajo, la propiedad de los bienes, la economía, la justicia, la creación artesanal e industrial, el comercio, la vivienda, la educación y la salud. Todos los hechos sociales forman un sistema, en cuanto fenómenos de relación entre personas, a nivel de la necesidad fundamental de la convivencia. El valor moral del trabajo se desprende de la importancia vital que esta actividad ocupa en la vida de los individuos y de las familias. No es sólo una importancia axiológica general sino específica de lo moral, porque se intuye como la causa de actitudes y de expresiones de bondad, paz, comprensión, amor, etc. Trabajar es una actividad moralmente digna porque implica el compromiso de las facultades intelectuales, la libertad, la voluntad del individuo y su entrega a otras personas y se da en sus vivencias como valor moral.

De allí surge el derecho al trabajo, como consecuencia inmediata del valor moral de esta actividad humana. El trabajo produce la energía necesaria para que la persona individual y la colectividad se desarrollen y alcancen el pleno

poder de su madurez en el devenir social. Éste brilla en la conciencia como valor moral primario. De este mismo dimana el deber del trabajo como obligación hacia la colectividad y su responsabilidad hacia el bien común. En la misma línea se colocan el deber a la generosidad para con los demás, el deber de la colaboración en obras comunes, de la ayuda mutua, el deber de la comunicación de los conocimientos, el deber de las iniciativas de paz. Toda praxis social lleva en sí un valor moral, precisamente porque se intuye como tal. Esta insistencia en la intuición del valor moral no excluye que sobre esta base se expidan normas morales precisas, respaldadas por la comunicación interpersonal, el diálogo, el análisis conceptual. Se llega, por tanto, a establecer normas morales generalizadas y reconocidas como válidas por la comunidad nacional y la internacional pero donde la intuición de los valores morales brilla con toda su dignidad, es en la conciencia particular de cada persona.

Cada individuo humano, quien percibe el inmenso horizonte de todos los valores, capta al mismo tiempo los valores morales en conexión con los demás seres y con todos los demás valores. En el ámbito de su libertad, el individuo no sólo intuye los valores morales que lo vinculan con la sociedad y con la comunidad humana

global. Al mismo tiempo, capta la llamada de los valores morales para su realización. Entonces, es cuando este individuo personal ve la necesidad de ajustar su conducta moral con los valores que percibe en su intimidad y se refieren a sí mismo. En ese momento aplica sus estructuras a *priorí* para transformarse a sí mismo y evolucionar racionalmente en un mundo perfectible. Podría decirse que la evolución moral de una persona humana hacia una perfección propuesta por los valores morales, es la respuesta a la que Heidegger consideraba la *llamada del ser*, una llamada a ser más, a ser diferente, a ser superior, en la medida en que los valores morales lo indican. El ser humano es llamado por la piedad, la justicia, la delicadeza, la paciencia, la fe, la bondad, como contrapuestos del deseo desbordado de la pasión, de la violencia, del egoísmo ciego.

Los valores morales llaman al individuo a una praxis digna de la comunidad de personas racionales. Se conceptúan, entonces, los valores morales individuales y los valores morales colectivos como configuraciones que establecen no sólo los límites negativos que aseguran a las comunidades una existencia pacífica y honrada, sino que también abren las posibilidades de una evolución coherente con la racionalidad personal y global.



PARTICULAR

# I. VALORES MORALES NATURALES Y VALORES MORALES CRISTIANOS

**E**n la introducción a los valores se ha puesto el énfasis en la captación y el análisis del valor en cuanto tal, como calidad inherente al ser que se desprende de la experiencia de cada ente particular. Consecuentemente, los valores se dan al ser humano, a mi propio yo en particular, como dimensiones de lo humano, como momento previo a toda consideración intelectual y a todo prejuicio cultural o social. Se experimentan de inmediato, como la lluvia, el sol, la luz, el sonido, el calor y el frío. Están más allá de lo subjetivo y de lo objetivo: simplemente se dan. A esta clase de valores, previos a toda consideración moral o estética, social o utilitaria, los llamamos valores naturales.

En el apartado anterior se han tipificado, en sus raíces, cuatro estructuras fundamentales en cada individuo: la inteligencia, el sentimiento, la voluntad y la libertad. En su realidad existencial

pueden considerarse estas cuatro estructuras como los valores radicales sobre los cuales se fundamentan todos los demás: El conjunto de necesidades vitales que van del hambre de alimento, el agua, el aire, el espacio vital, corresponden a la voluntad como deseo: es la necesidad de vivir con todos sus atributos. A la estructura de la inteligencia corresponde la raíz del valor humano como racionalidad, con sus implicaciones inmediatas de verdad, originalidad, comunicación y diálogo: es la excelencia especulativa y hablante del hombre como raíz fundamental de valores igualmente necesarios. Al sentimiento le corresponde el aprecio, lo más elevado, las emociones profundas que podemos tipificar como dignidad, con su exigencia de justicia, de consideración de relaciones y afinidades con otros, y la armonía comunitaria. Por último, a la estructura de la libertad, del poder ser, le corresponde la raíz de los valores de acción, asociación, trabajo y vida

política. Este conjunto de valores básicos son los que constituyen el ámbito de todo ser humano, el horizonte en que cada persona se sitúa y busca desarrollarse. La unidad de cada uno de estos valores define lo que llamamos naturaleza humana o simplemente lo humano, lo cual nos autoriza a sintetizar de este modo los cuatro valores humanos radicales: la vida, la racionalidad del individuo, la dignidad humana y la libertad de todo hombre. Son valores objetivos y universales, el sustrato común de lo humano, a los que nadie pensaría en renunciar pero no se trata de valores morales; simplemente se dan como valores. Son exigencias que implican una posible actividad humana que les corresponda; brotan directamente del ser pero no son todavía acciones humanas. El mundo moral nace como cumplimiento de estas exigencias naturales, como realización de actividades conscientes que realicen estos valores. Este nivel de acción no debe confundirse con el nivel del juicio y de la especulación donde se dan los juicios de valor moral.

Por otra parte, como actividad pensante y especulativa, los juicios de valor están condicionados por nuestra propia historia personal, por la cultura y otros intereses en que nuestra vida concreta se encuentra sumergida y relacionada. Ser condicionados no significa necesariamente volverse subjetivos o arbitrarios. La cultura y

nuestras propias experiencias previas pueden modificar la intensidad de un valor o cambiar las relaciones que exaltan o deprimen la captación de un valor, o agregar condiciones que alteran nuestra catalogación o escala valorativa. Tales modificaciones pueden alterar el orden en el que colocamos los valores pero no eliminan la intuición primitiva e inmediata del valor natural. Estas variaciones pueden ser perfectamente estudiadas y analizadas descriptivamente. Esto es posible precisamente por encontrarse en la experiencia directa el punto de referencia obligado y general. No solamente es imposible, entre ciegos, entablar una discusión sobre colores, sino que también es imposible discutir con cualquiera sobre el mejor modo de guiar un avión, sin haber recibido ningún entrenamiento al respecto. En ambos casos debe haber una experiencia previa a la cual referirse. En el primer ejemplo, tal experiencia es imposible; en el segundo es teóricamente posible pero no real. En el caso de los valores, tal experiencia previa es generalmente posible, real y previa a todo juicio de valor.

Esta experiencia previa es necesario referirse para encontrar un punto de referencia seguro y general para un análisis de los juicios de valor. A este nivel inmediato de captación de valores se le denomina nivel de los valores naturales. Entendido de esta forma, el valor natural es el que



se da en la experiencia inmediata y puede ser modificado por el fenómeno cultural o de otra naturaleza. Puedo comparar mi experiencia de valores con la experiencia de otra persona y comunicarnos de experiencia a experiencia con la misma objetividad con que nos comunicamos la experiencia de los fenómenos meramente cognoscitivos y encontrar un acuerdo entre nuestras recíprocas experiencias y el lenguaje correspondiente. Si nos limitamos a los valores humanos fundamentales, no es difícil encontrar un acuerdo entre los habitantes del planeta.

Sin duda la vida es un valor primario con todos los atributos que le acompañan: las necesidades vitales. En segundo lugar, la persona humana como racionalidad, se da también como valor básico, implicando su necesidad de verdad, de comunicación entre seres humanos, el diálogo y la posibilidad de expresarse. De inmediato se nos da la dignidad humana como carácter que distingue al hombre de cualquier otro ser del mundo y, consecuentemente, su exigencia de respeto, consideración, y justicia. El cuarto valor originario es seguramente la libertad, como condición ineludible para el ejercicio de la racionalidad. Esta implica la capacidad de movimiento, de asociación y de trabajo. Más que de cuatro valores; se trata aquí de cuatro raíces de las que brotan otros valores que abren al hombre

nuevas perspectivas de vida y de acción. Entre ellos se encuentran los valores culturales, morales, estéticos, instrumentales, económicos, políticos y sociales. De todos ellos, la vida con sus dimensiones esenciales es el común denominador.

## **1 VALORES MORALES NATURALES**

Los valores naturales son previos a todo juicio de valor. Entre las diversas categorías de valores naturales, nos limitaremos a analizar los valores morales: los valores morales naturales. Para tener acceso a los valores morales naturales, es imprescindible regresar a la experiencia. En este caso, como en los anteriores, es preciso no confundir la experiencia del valor con los juicios de valor, pertenecientes a una axiología; en este caso, a una ética: la primera es vivencial, la segunda es especulativa; la primera pertenece a la vida, la segunda al discurso. Aún los valores morales, para que sean naturales, deberán verse en su inmediata presentación como experiencia inmediata previa a toda reflexión e ideología; es decir, antes de que se conviertan en valores morales teóricos, en un discurso. Los valores morales son valores de la conducta humana; por tanto, se realizan en el ámbito de la actividad libre y consciente de un individuo. Veo un vecino sufriendo hambre y decido

socorrerlo con alimento. Oigo que se le cayó la casa por un deslave del monte y ayudo con cobijas y láminas para proporcionarle una protección inmediata. Advierto el deterioro ambiental de esta aldea donde las aguas negras corren a nivel del suelo; entonces, intervengo para iluminar a la comunidad acerca de este problema y colaboro al saneamiento del ambiente. Veo un joven correr con su vehículo por una carretera que ha sido obstruida por un derrumbe y le advierto para proteger su vida de un peligro. Un maestro con admirable paciencia transmite a sus escolares el arte de leer y escribir. Un diputado presenta una ley para corregir abusos. Un periodista lucha con habilidad para poner en claro la verdad de un hecho. Los anteriores son valores morales que se experimentan en su realidad anterior a cualquier consideración ética. De hecho, son actividades que hacen efectivos los valores humanos. Se trata, entonces, de valores morales. Los ejemplos de esta clase pueden multiplicarse sin límites y nos conducen a la visión experimental de la moralidad.

### 1.1 UNA ÉTICA NATURAL

Los valores morales naturales pertenecen a todas las dimensiones de la vida, como expresión de la conciencia humana y de su libre actividad; sin embargo, a este nivel siempre se trata de casos particulares percibidos individualmente. Si se pretende gene-

ralizar el conocimiento de los valores morales, es necesario hablar de una ética; es decir, elevarnos al nivel del conocimiento y del discurso moral. Un discurso de ética natural parte de la consideración de los valores morales naturales que cada persona experimenta intuitivamente, los conceptualiza y los expresa con juicios morales. Entonces, todo discurso de moral natural es un valor de segunda mano, por decirlo así, un discurso que para regirse con fuerza debe apoyarse sobre sus fundamentos que son los valores morales naturales. Puede discurrirse de la bondad y de la justicia en la política, pero sólo con referencia a la experiencia de valores políticos y de justicia natural; es decir, a casos particulares de percepción de valores morales. El olvido de esta estricta vinculación resultaría en una teoría sin fundamento real; es decir, una ética especulativa, en gran medida ajena a la realidad moral de los valores humanos. Un caso clamoroso es el de la ética kantiana pero, también la ética platónica, la estoica, la materialista, y la ética social cometen el mismo error; es decir, son ajenas a los valores morales naturales. En general, las éticas históricas confunden o identifican el discurso ético con la percepción real de los valores y, consecuentemente, caen en abstracciones en lugar de descansar sobre los valores reales. Una ética axiológica está obligada a esta constante referencia de los

juicios morales con la experiencia de los valores. Es más fácil encontrar la referencia a valores morales naturales en el código de Hammurabi y en la Ética eudemológica de Aristóteles que en la ética Hegeliana o Marxista pero, en este momento, interesa más reflexionar sobre los valores morales naturales recopilados por las diferentes teorías éticas que sobre los diferentes discursos éticos. De hecho, estos valores nos refieren nuevamente a la experiencia. Señalaremos algunos grupos de valores morales naturales que nos sirvan de punto de partida para una comparación de los valores con la evolución representada por los valores cristianos.

Una ética de valores morales naturales (o simplemente ética-natural) deberá construirse como respuesta de la conducta humana a los valores naturales fundamentales; es decir, a las cuatro raíces fundamentales de valores que se han detectado con el simple análisis de los valores humanos necesarios experimentados: la vida, la racionalidad, la dignidad del individuo y su libertad, intuidos como

valores morales con la exigencia de ser ejecutadas. ¿Cuáles serán las respuestas de la conducta a estas raíces axiológicas y a sus inmediatas conexiones, concebidas como valores morales? Intentemos, por claridad, un esquema de dos columnas, simplemente para visualizar los valores morales naturales. A cada valor natural le corresponde alguna respuesta; es decir, una acción humana responsable la cual perciba el valor humano y, a la vez, capte el valor moral correspondiente. Los valores, como tales, poseen por sí, la fuerza para mover la voluntad con el deseo, pero no se hacen efectivos sino a través de la conciencia y la voluntad de acción del propio yo; por este medio se expresan en la conducta moral. La que mueve a la acción moral es la conciencia moral la cual reacciona frente al valor moral. Sin conciencia moral cualquier clase de conducta carecería de responsabilidad moral y, sin la conciencia, a secas, carecería simplemente de responsabilidad.

La relación entre valores naturales y valores morales, también naturales, puede ser la siguiente:

## ESQUEMA 2

### VALORES NATURALES

ORIGINARIOS -----

1. VALORES DE LA VIDA-----  
necesidades de la subsistencia y el crecimiento  
ambiente y relaciones  
espacios físicos y psíquicos
2. RACIONALIDAD PERSONAL-----  
comunicación  
originalidad  
diálogo
3. DIGNIDAD DEL SER HUMANO -----  
derechos  
condición  
parentesco
4. LIBERTAD-----  
movimiento  
asociación  
trabajo

### RESPUESTAS NATURALES

----- 'MORALES

#### AMOR

servicio a la vida  
proyectos  
colaboración

#### FIDELIDAD

rectitud  
verdad  
coherencia

#### NOBLEZA

justicia  
respeto  
bondad

#### PODER

movilidad  
ayuda  
acción social  
creatividad

Es cierto que los valores naturales piden, por sí, que sean ejecutados los valores morales correspondientes, pero esto sólo se realiza a nivel especulativo y no serviría mucho para organizar la realidad de la existencia humana. Conectar las dos series anteriores como una necesidad y confundir los valores naturales con los valores morales correspondientes, ha sido un error cometido por muchos filósofos que no han separado las dos series y han desarrollado una ética de tipo intelectualístico, fundada en las necesidades naturales y no en los valores morales. Tenemos que partir de otro punto claramente distinto: el nivel de la percepción. Los valores

morales se perciben como tales en la experiencia y no se apoyan en la *necesidad* de los valores naturales, sino muy indirectamente. El amor, la fidelidad, la nobleza, el poder y todos sus valores derivados se aprecian, por sí, en sí mismos y con sus numerosas aplicaciones. Además, poseen en la intuición su propia *necesidad*; es decir, que llevan en sí la exigencia de su realización.

Observemos las dos columnas. La de la izquierda enumera los valores naturales, universales en el sentido que son propios de una necesidad natural. Sin su realización, el ser humano no podría vivir o estaría

gravemente limitado y dañado en su propia existencia humana. Todos los valores de esta serie son simplemente instrumentales; son valores de uso. El aire puede ser respirado pero es independiente de la respiración; lo mismo dígase del alimento, del movimiento, del trabajo, etc. Los valores naturales no son valores morales. Entonces, ¿son independientes los valores de la serie de la izquierda y ajenos a la serie de valores de la derecha? Por supuesto que no. Hay una vinculación pero no hay una implicación. Los valores originarios de la serie de izquierda exigen que se les dé una respuesta pero no lo implican. Se da la necesidad originaria pero no se da necesariamente la respuesta. Entre la serie de la izquierda y la de la derecha interviene la conciencia pero la conciencia puede ser simplemente una conciencia intelectual y no moral. Sería como ver la necesidad y no sentir ningún impulso a satisfacerla. Para que se convierta en conciencia moral debe recurrir a otra fuente de percepciones: la percepción de los valores morales; es decir, partir de la segunda columna, la de la derecha. Pero, entonces, es necesario que los valores morales tengan validez y fuerza en sí mismos. El amor, la fidelidad, la nobleza y el poder valen por sí mismos, como grandes capítulos de la moralidad, juntamente con los demás valores morales derivados. Todos se perciben intuitivamente en la

experiencia humana y constituyen el fundamento de la moralidad natural. Entonces, puede olvidarse por un tiempo la columna izquierda y analizar únicamente la columna de la derecha: la de los valores morales naturales. Con esto se replantea la moralidad sobre la experiencia personal de cada individuo humano con relación al valor moral. Entonces, cada valor moral es una realidad existencial que cada hombre capta en su experiencia individual; por tanto, es un valor concreto y particular, previo a toda consideración especulativa o intelectual y previa a todo lenguaje, incluyendo la palabra interior de cada uno. Esto no impide que mi propia experiencia pueda evaluar y comparar un valor moral con otro valor moral, una cualidad familiar con una cualidad social, un valor moral de un individuo y el de una comunidad o de una entidad colectiva. Hay moralidad en una mamá que alimenta su bebé y hay moralidad en un hombre que defiende a su familia de un agresor. Hay moralidad en un taxista que trabaja para ganarse el pan y hay moralidad en un ingeniero que levanta un edificio con responsabilidad. Estos ejemplos nos ayudan a comprender si nos concentramos sólo en el valor de una determinada acción que se nos da como un valor moral. El universo de los valores morales nace precisamente en esta contemplación de la acción moral en sus infinitas formas y circunstancias. Nos referimos a la

conducta de cada individuo, en las diferentes circunstancias de tiempo y de espacio, de edad y de habilidades. Entonces, se nos hace claramente ética tanto la actividad científica como la artística, la de los investigadores y la de los administradores con tal que su acción, en concreto y en armonía con los demás valores, se nos revele como moralmente válida. Todo esto se refiere únicamente a la captación originaria de los valores morales.

## 1.2 REALIZACIÓN DE LOS VALORES MORALES NATURALES

En consecuencia, podemos establecer dos circuitos con relación a la actividad moral personal, a partir de los valores morales naturales. El primero es un circuito breve, inmediato; el segundo, un circuito más largo y complejo. Veamos el circuito corto. Consiste en percibir un valor natural como ético y sentir el impulso a realizarlo personalmente. En tal caso, se pasa de inmediato del modelo a la acción. El modelo es un valor moral percibido como tal. Veo personas sufriendo por el frío y algunos entregándoles cobijas para protegerlos. Yo mismo capto el valor y lo pongo en práctica ayudando con mis propios medios. Se pasa de inmediato de la captación de un valor a su realización con una acción consciente del valor. Se dan los dos niveles: capto el valor moral y realizo un valor moral. No se apela ni a un juicio moral ni a una ley moral; simplemente se actúa bajo la fuerza

y el impulso del valor moral. Esto sucede también en los actos heroicos de moralidad. Un acto heroico de acción moral ni siquiera apela a una ley, se entrega por el valor mismo del acto moral en sí. El acto citado del Dr. Borboug quien se tira al agua para salvar a sus hijas, y lo logra, perdiendo él mismo la vida, no apela a ninguna ley moral universal; actúa en el circuito corto: el valor moral de su acción no tiene precio. El R Damiano, en Molokai, se entrega a la lepra con tal de salvar a los leprosos. Lo mismo sucede con estos argelinos que perecen a diario en el mar de Sicilia en embarcaciones absolutamente inadecuadas; sólo se entregan al heroísmo de una mejor vida. Pero sin recurrir a los casos extremos, comprobamos en nuestra realidad diaria nuestra actitud de entrega a valores que nos comprometen sin recordar siquiera la existencia de una norma moral. La moralidad existe por los valores y nuestra realización de los mismos.

El segundo circuito, o circuito largo, consiste en la captación de un valor moral el cual, sin desaparecer, me permite compararlo con otros casos similares y con otras clases de valores morales, de mi experiencia, antes de tomar la decisión y realizar yo mismo el valor. Entre la percepción del valor moral y su ejecución interviene un análisis de la conciencia moral; es decir, interviene el discurso ético y el juicio moral. Es importante el inciso

*sin desaparecer en* el sentido de que el discurso sobre el valor, los juicios de valor y la misma ejecución de un valor, corren por cuenta de la energía captada en la percepción del valor. Si desapareciera el valor de nuestra experiencia, todo discurso sería abstracto y sin fuerza. En el círculo largo, no es sólo un especial valor que esté presente el responsable de una decisión. Se da al mismo tiempo la memoria de otras experiencias previas y colaterales de ese valor las cuales contribuyen a trazar un horizonte de valores entre los que la conciencia individual es capaz de elegir para tomar una decisión de acción.

La experiencia humana es a menudo múltiple y la percepción de diferentes valores se da al mismo tiempo, incluyendo el valor moral entre otros. Esto ofrece a la conciencia individual la posibilidad de comparar ordenadamente los diversos impulsos y tomar la decisión correspondiente, fruto de una consideración global del yo, como dueño y señor de sus propias estructuras *a priori* y de su horizonte experimental. El discurso axiológico, por ser especulativo, no considera únicamente valores morales, sino su conexión con los valores naturales fundamentales, los que se han colocado en la columna de la izquierda. El discurso se efectúa a nivel de conceptos, juicios y razonamientos de la mente, en la

unidad de la conciencia racional. Esto significa la posibilidad de interrelacionar experiencias axiológicas con conocimientos especulativos de toda clase: argumentaciones sobre el ser, la historia, la cultura y la sociedad. La presencia de valores morales no crea un mundo separado de la unidad de la persona y su racionalidad. De este modo se capta de inmediato la relación entre los valores morales naturales y la necesaria conexión con los valores fundamentales. En realidad, el amor es una exigencia de la vida misma cuyas necesidades para un ser humano son ineludibles. El amor se funda en la necesidad de subsistir, de poseer un espacio vital, de tener acceso a los alimentos y a la educación; de realizar en plenitud las potencialidades de la vida de un individuo. A este nivel no se discute de derechos previos o de costumbres porque la necesidad del amor brota de la vida misma en su total extensión. ¿Por qué deberíamos dar de comer al que tiene hambre? Porque el valor del amor no tiene otro que se le compare: amor es amar la vida por lo que ella es. Sin duda, socorrer a esta clase de necesidades no es más que amar la vida misma. Entonces, el amor se convierte en una ley universal de la que todo ser humano participa, a menos que haya dejado de poseer una conciencia moral.

Del amor derivan los demás valores conexos: el servicio a la vida,

los proyectos de desarrollo, la colaboración entre individuos y grupos, el cuidado de la salud y el medio ambiente, y la educación. Por esto se nos dan como valores morales tanto el cuidado de los padres hacia los hijos, como las acciones políticas y económicas tendientes a favorecer la vida en toda su extensión, el proceso educativo y el esfuerzo para alcanzar nuevas metas y la seguridad de los individuos. Sin duda, se trata de valores morales naturales, por dos razones: porque se captan como tales y, además, están en directa conexión con las necesidades de la vida. La primera razón está en la realidad moral intuitiva; la segunda es fruto de una reflexión; es decir, del discurso axiológico y de una ética. En consecuencia, la acción moral natural consiste en la realización de un valor moral, sea ésta el resultado de un circuito corto o largo; es decir, sea una decisión movida directamente, y sin intermediarios, por un valor moral percibido o, bien, tras una consideración más compleja sobre la base de un valor moral. Si descuidamos el circuito corto, como un proceso de acción moral menos frecuente, nos quedaremos con el circuito largo como proceso normal de una acción moral natural.

De la fidelidad, como respuesta a la racionalidad del ser humano individual, derivan, la rectitud de la actividad consciente, la verdad como

valor moral supremo de la fidelidad racional, la coherencia, armonía racional de la actividad responsable, y realización efectiva de la dignidad de la persona. Si empleamos una persona a nuestro servicio, le exigimos fidelidad, que es rectitud, verdad y coherencia. La falta de estos valores morales la percibimos como una ofensa directa a nuestra calidad de seres racionales y una deshonra para el individuo que incurra en tales faltas. Rectitud y verdad abren el camino del diálogo y de la relación interpersonal, como expresión más elevada de la unidad de pensamiento y de acción, para crear un mundo racionalmente válido y constituir el valor de la vida como expresión cultural.

Como nobleza se realizan los valores morales de justicia, respeto y bondad hacia los demás. La nobleza sintetiza estos valores pero también los tipifica. Crea el ideal de las relaciones entre persona y persona para crear entre todos un clima deseable y satisfactorio de entendimiento y alegría de la vida que tiende hacia lo sublime. Casi *jo peor* que pueda decirse de un hombre es que falte de nobleza; de él puede esperarse cualquier engaño o traición, negocios sucios y trampas, odio y agresión personal. El punto de referencia en los simples valores naturales es la dignidad la cual exige la nobleza en la conducta y en el pensamiento. Sin embargo, la nobleza vale por sí



misma. Ella, por sí, expresa en todo su esplendor la dignidad; es el valor moral el que reluce. La justicia no es sólo una distribución equitativa de bienes; es el reconocimiento de la nobleza del otro, la aceptación de su personalidad. El hombre justo se desempeña en una esfera de valores elevados que pertenecen al espíritu. Es justo en sus juicios, en sus afectos, en sus proyectos. El hombre justo no se deja engañar por apariencias, penetra en lo profundo. La bondad es la cara gratuita de la nobleza. Su valor es más alto al esfuerzo material que puede comportar. Su presencia hace soñar en una humanidad superior. La bondad es correlativa a la falibilidad humana, personal y colectiva; se da como restauración de lo defectuoso, al mismo tiempo que eleva lo más acabado. Va más allá del límite, ensancha el horizonte de las posibilidades de vida.

Como poder se especifican las acciones constructivas de una realidad nueva: la movilidad, la ayuda, la acción social, la creatividad. La movilidad humana en la geografía del planeta y fuera de él, es un valor moral que estimula a la conquista de otros seres, al descubrimiento de otras verdades con la ciencia, el arte, la literatura. La libertad humana exige su correspondiente poder, el valor natural exige el valor moral. Sin embargo el poder como tal, o la fuerza para la realización de

obras humanas, ya es en sí un valor moral que determina la moralidad de la acción correspondiente. Es la acción moral del que progresa hacia una meta, por el mero hecho de perfeccionarse conscientemente a sí mismo. Es el rompimiento de barreras del que ayuda al prójimo a remediar un defecto o alcanzar una meta ideal. Es el valor moral de quien toma conciencia de su posición en la sociedad y se determina a actuar conscientemente para el objetivo común, con un verdadero acto social. Es también el valor moral de quién a través del arte, de cualquier clase, amplía el horizonte humano descubriendo nuevos mundos ideales y, el gozo, la armonía que dimana de las obras: arquitectura, escultura, pintura, literatura. Estos ejemplos experimentales son suficientes para introducirnos a este ilimitado mundo de valores morales del poder.

### 1.3 LA LEY MORAL NATURAL

Al generalizar el proceso de acciones morales aplicándolo a casos y circunstancias análogos, en la actividad moral de los individuos y de las colectividades, permanece todavía, en su actualidad, todo el peso y vigor, y el impulso de los valores morales percibidos. A esta poderosa llamada del valor moral generalizado, la conciencia la conceptúa como la obligación de una actividad moral. La obligación moral deriva directamente de los valores morales en cuanto

tales, en su realidad existencial, es una llamada del universo de valores morales o moralidad en general. Tal obligación se formula en términos generales como una ley que obliga la conciencia por el vigor del valor moral. Esta define teóricamente, en las diversas circunstancias, la obligación moral que, a su vez, puede ser concebida en forma de norma ética general, para las principales actividades de un individuo humano, la que va bajo la denominación de ley moral natural.

La ley moral natural pertenece al orden del discurso moral. No excluye el orden vivencial de la percepción de los valores pero se elabora en el orden conceptual. Es relativamente fácil desarrollar una teoría axiológica agrupando y generalizando las estructuras de la acción moral en general pero esta ley carece de valor si no se le refiere constantemente a la experiencia real de los valores morales y a la conducta establecida por las comunidades sobre la base de estas experiencias de vida. Precisamente, por su carácter especulativo, la ley moral posee la visión de todos los campos de valor y los del conocimiento teórico de los seres. Tiene en cuenta las relaciones entre las diferentes cualidades de los valores y las demás dimensiones del ser humano. El ser humano es una unidad racional y física, portanto, la ley moral natural se elabora en la unidad de todas las dimensiones humanas

de acuerdo con la conciencia moral de cada persona.

Podemos recordar, como ejemplos, las leyes morales formuladas por las civilizaciones más antiguas que conocemos. Por una parte, los imperios babilónicos y Egipto. Las leyes que regulan la conducta moral en estos grandes imperios pueden ser consideradas como leyes morales naturales, aún cuando pretendan fundarse en mitos y creencias. No consta que ninguna de ellas apele a una especial revelación de la divinidad. Los mitos son más bien proyecciones de las mismas costumbres organizadas a lo largo de los siglos por estas civilizaciones. Por otra parte, los casos más recientes de las repúblicas griegas nos dan un modelo históricamente comprobado de leyes morales establecidas sobre especulaciones teóricas. Es sintomático el caso de las ciudades del sur de Italia, las cuales encargaban a los filósofos la tarea de establecer las normas morales de sus ciudadanos, opinando que estas serían las más apropiadas para el buen orden de la vida comunitaria. También el mundo griego, tan impactado por dioses y mitos, no establece las leyes morales sobre el conocimiento de los mitos sino sobre un discurso racional que apela a la experiencia humana de valores morales. Bastará con pensar en Platón y en Aristóteles, en los epicúreos y los estoicos. En el Occidente,

las últimas recopilaciones de leyes que reflejan una moral simplemente natural son las de los emperadores romanos hasta la recopilación de Justiniano. Al contrario, en el Oriente (China, Japón, India, Indonesia), las normas morales corrientes pueden considerarse todavía (en el siglo XXI) como principios de ley natural, fundadas en los valores morales naturales. De éstas se excluye la conducta de ciertos poderes políticos, impuestas por ideologías totalitarias como, por ejemplo, la marxista o los varios tipos de imperialismo.

No se puede negar que la ley moral natural tenga sus orígenes en la percepción experimental de los valores de la misma vida, aunque en sus formulaciones históricas hayan sido plasmadas por las tradiciones de los diferentes pueblos, sus culturas y sus especulaciones teóricas acerca

del ser humano y de la sociedad. Esto explica las variaciones que se hayan establecido en los diferentes lugares. A pesar de ello, sin duda, existe un núcleo fundamental, común a todas estas variantes y esto, presumiblemente, es debido a la percepción de los valores, uniforme en sus raíces, para todo individuo de la especie humana. Esta uniformidad básica de los valores morales naturales es la que, todavía en nuestro tiempo, hace posible el acuerdo entre los diferentes pueblos y estados para establecer principios aceptables de derecho nacional e internacional. Un discurso sobre valores morales completamente diferente en sus bases es el que se realiza acerca de los valores cristianos. Estos no niegan los valores naturales, pero apelan a un criterio de juicio completamente nuevo: la revelación divina.

## II. LOS VALORES MORALES BÍBLICOS



**E**l punto de divergencia entre valores morales naturales y valores morales cristianos se encuentra en la fe revelada. El cristianismo profesa una fe revelada por Dios a través de acontecimientos de la historia y de la comunicación oral, atribuida directamente a Dios, el autor de la creación. Pero la fe es un acto racional intelectual y no cambia sustancialmente la percepción de los valores como acto intuitivo de la vida. Al contrario, la fe supone que los valores naturales hayan sido percibidos como un punto de referencia natural universal. Como hay un discurso natural que se desarrolla sobre los valores morales percibidos intuitivamente, así hay un discurso moral iluminado por la fe. La diferencia, entonces, no estará en la percepción de los valores, sino en los juicios morales como parte de un discurso realizado desde los conocimientos de la fe. De este modo,

el discurso sobre valores morales naturales se amplía para incorporar nuevos principios, derivados, no de la simple razón, sino de la fe en la revelación.

El cristianismo reconoce sus orígenes en la tradición religiosa de Israel, llamado en la Biblia el "pueblo de Dios", guiado en su historia y pensamiento, por la revelación de Dios, desde Abraham hasta Jesucristo. La fe en la revelación de la palabra del Creador, no modifica la captación experimental de los valores morales, ni los principios básicos del juicio moral. Al contrario, los supone y los incorpora a los preceptos positivos de la ley divina, ampliando en algunos casos la conciencia del valor moral y el discurso correspondiente. Entonces, habrá que entender la moral cristiana como una redefinición y un reenfoque de la moral natural. La presencia del Creador en la fe cristiana, replantea

todos los juicios de valor con relación a esta presencia y a las revelaciones que se hayan dado en la historia, de su forma trascendente de restablecer sus relaciones con el ser humano. Se trata de una realidad divina que se sobrepone a la existencia de cada persona y que afecta todo el discurso de la axiología y, particularmente, los juicios morales. No hay quien dude que un asesinato de alguna persona sea un contravalor moral. Sin embargo, en la tradición pagana (natural) se había introducido la creencia de que matar un hijo ofreciéndolo en sacrificio a la divinidad, se consideraba un valor moral (recordemos el sacrificio de la hija Ifigenia, por parte del rey Agamenón). Dios le demuestra a Abraham que no es esta la interpretación auténtica. Dios no quiere sacrificios humanos sino la obediencia del hombre, fundada en la fe. Es reafirmado el juicio moral natural.

Hay casos en que la fe introduce valores superiores que modifican limitadamente la ley moral natural. Así, Dios justifica la conquista de otros pueblos y otras tierras para realizar un plan sobrenatural pero estas excepciones, explícitamente establecidas, no eliminan la ley moral natural, sino que indirectamente la reafirman. En este caso particular no destruyen el derecho corriente de cada uno a defender su propiedad. Puede decirse que la moral cristiana añade nuevos valores morales a

los naturales. Estos nuevos no se originan en la experiencia sino en la revelación. En general, la innovación deriva de la relación entre el hombre como criatura y Dios en cuanto creador; una relación que puede cambiar el dictamen de la conciencia moral. *Los carros del Faraón y su poder abatió (Yahvé) y sus mejores jinetes se ahogaron en el mar.* La destrucción es atribuida de inmediato a Dios. *Has conducido al pueblo en tu gracia, al pueblo que has salvado; lo condujiste por tu poder hasta las moradas santas* (Ex. 5, 4-10).

La fe cristiana en Dios creador establece de una vez dos extremos: el origen del hombre y su destino final. El origen ilumina la manera especial del hombre dentro de la creación, partiendo de su especial relación con Dios: el hombre es imagen de Dios. El ser humano se coloca así, como el valor máximo entre todos los demás valores naturales, relacionado de inmediato con el valor divino. Todo el discurso ético queda enfocado desde esta perspectiva, y la realización de los valores morales se ordena dentro de este sistema, humano y divino: *Dios y el hombre como imagen de Dios.* El hombre es puesto en una relación especial con las cosas y los seres vivos creados: *para que dominen sobre los peces del mar, los pájaros del cielo, el ganado, todos los animales del campo y todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra* (Gen.

1, 26; Sal. 8, 7). *Cuando el hombre se relaciona con las cosas del mundo, sea por su trabajo, en la comida o con ocasión de los descubrimientos, tal relación llega a ser siempre con Dios que es su creador y que le ha confiado las cosas* (Wolf, p. 216 ). Ser imagen de Dios implica poseer sobre todas las cosas un "señorío"; es decir, el dominio y, al mismo tiempo, la responsabilidad por cuidar del orden de las cosas naturales. Se trata de una participación, como de un plenipotenciario conciente de su responsabilidad.

Si la necesidad de la vida implica el amor en la moral natural, la fe añade este sentido de responsabilidad, por la semejanza que el hombre posee con el Creador. Esta responsabilidad implica una sabiduría colectiva, por la cual el dominio del mundo no se le confía a un individuo particular sino a la comunidad de los hombres. Además, el amor con el que se debe administrar por encargo de Dios es bisexual: los hombres se completan en el amor. Precisamente, siendo los unos con los otros es como son imagen de Dios; una moral que fundamenta la mutua dependencia de los hombres. Cumplirán con su tarea en la creación como imagen de Dios únicamente ayudándose y complementándose como varón y mujer. Los hombres deben engendrar hijos y aumentar la humanidad. *El crecimiento de la humanidad y el dominio de la tierra*

*y los animales están unidos de una manera recíproca* (Wolf, p. 219). Por tanto, la administración del mundo se ha confiado a una humanidad grande con la pluralidad de sus miembros. En el dominio se incluye toda la tierra, los animales del mar y del cielo. Es maravilloso cómo el hombre domina lo que se mueve en las tan misteriosas sendas de los mares y del aire. Agrandando este panorama se incluye toda la tarea de la cultura la cual se extiende a todos los lugares y todos los tiempos; no hay acción humana que no esté incluida. La moral cristiana rescata el valor de toda la actividad técnica e industrial, artística y especulativa. A cada sector de la cultura pertenece un valor moral, precisamente en virtud del orden primigenio impuesto por la semejanza del creador. *Toda la historia, todo esfuerzo humano está bajo este signo, bajo esta sentencia* WW/ca (Kohler, p. 112).

## **1 VALOR MORAL DEL HOMBRE**

Especialmente, el hombre está penetrado por la moralidad que le confiere el creador. El término que sintetiza su valor es el corazón que se identifica con la razón. Se habla del corazón de Dios, del corazón del mar, del corazón del cielo y del corazón humano. Denota el interior, el valor de la vida, la conciencia, la

responsabilidad que determina la conducta moral; una responsabilidad que a veces gime por la angustia. Son caminos inexplorados de lo profundamente oculto, tan profundos como el corazón del mar, la alta mar, inmensa, desconocida; como el corazón del cielo de alturas inalcanzables para el hombre. *El monte ardía en fuego hasta el corazón del cielo* (Dt. 4, 11). Es precisamente Dios el que mira más allá de lo que ven los ojos y *se fija en el corazón* (I Sam. 16, 7). La moralidad adquiere el valor supremo de la inteligencia y de la voluntad humana. La que supera la palabra y se fija en los corazones. Supera un intelectualismo mecánico para implicar la esfera de los sentimientos; compromete el deseo interior, oculto. *Un corazón confiado es vida del cuerpo* (Prov. 14, 30). Se guía según los preceptos divinos: *Que tu corazón no envidie a los pecadores* (Prov. 23, 17). Una moralidad que alegra, da vida y coraje, hace desaparecer el miedo, con tal que siga los dictámenes profundos del corazón y no los superficiales de los caprichos: *que no suceda que el corazón haya corrido tras sus ojos* (Núm. 15, 39).

La Biblia sitúa al hombre ante alternativas que hay que reconocer. Es una función del espíritu la de conseguir conocimiento. No es un conocimiento teórico sino una entrega de la voluntad a la sabiduría. El conocimiento debe

llevar a una conciencia duradera. El conocimiento moral es *grabado con punta de diamante, en la tabla de su corazón* (Jer. 17,1). El conocimiento implica una decisión; es difícil separar el conocer del elegir, oír y obedecer; la teoría de la praxis. La conciencia moral es estímulo para la voluntad. Los aspectos de lo consciente y de lo voluntario se han de considerar necesariamente en conexión. El amor de Dios lleva a servirlo con todas las fuerzas. La acción moral se vuelve obediencia; el conocimiento de Dios se vuelve inclinación consciente a una obediencia total incondicionada. La moralidad del hombre eleva su ser hacia la dignidad del mismo Dios. El corazón de Dios es medido con relación al hombre y es el órgano de su conocimiento con que se mide al hombre. *Has obrado celosamente, lo que es bueno a mis ojos, y totalmente como está en mi corazón* (I Sam. 2, 35). Responde a su voluntad lo que es bueno a sus ojos, que no se pueden engañar; la presencia de sus ojos indica el cuidado de Dios, el interés y el afecto.

**2 LO ESENCIAL DEL HOMBRE** La vida se manifiesta en el hombre esencialmente como aliento, su movimiento es sensible, corpóreo. También el cuerpo se reviste, entonces, de moralidad porque en su

interior se realiza el conocimiento y su relación con Dios, por analogía con su corazón. *¿Qué es el hombre, que en tanto lo tengas que pongas tu corazón en él?* (Job 7, 17) En el cuerpo está la sangre, en la que reside la vida, un vida que pertenece a Dios y, por tanto, cualquier hecho de sangre envuelve una responsabilidad frente a Dios. La sangre de las víctimas se rocía para santificar los altares pero no se puede comer porque contiene la vida que pertenece a Dios. Se puede comer la carne pero la sangre es de Dios. La sangre de los pobres es valiosa, por ello merecen respeto. La sangre derramada de Abel habla a Dios, al faltar su palabra, clama venganza y Yahvé la escucha. Todo derramamiento de sangre está supeditado a Yahvé, por esto es crimen, culpa.

El cuerpo posee su interior que pertenece a la esencia del hombre, del cual procede la conducta moral: *Las palabras del cizañero son como golosinas, bajan a las interioridades del cuerpo* (Prov. 18, 8). En él hay estancias oscuras y Yahvé las escruta. Compromete lo físico y lo psíquico. *Entonces, se exacerbó mi corazón y sentí mis riñones fuertemente punzados* (Sal. 73, 21). Los órganos internos del cuerpo están en relación con los sentimientos que iluminan el sentido de la conciencia y responden al deseo de conocer los misterios trascendentes de la vida,

presentes o futuros, la aprobación o el rechazo de la divinidad. *¿Hasta cuándo albergarán en tu interior los perversos pensamientos?* (Jer. 4,14) Las vísceras, el hígado, la hiél, los riñones, son órganos internos que se nombran para localizar los anhelos del alma o la buena conciencia, como para especificar el fenómeno intuitivo de los valores morales... *Mis riñones exultan, cuando mis labios hablan lo que es justo* (Prov. 23,16).

También los caracteres externos del cuerpo se incorporan a la vida de la conciencia. Los brazos significan la fuerza utilizada para el bien o el mal. Con los dedos se hacen señas misteriosas o se modelan ídolos que disgustan a la divinidad. La cabeza es imagen de todo lo superior y, el inclinarla, denota la humillación ante el Señor. La belleza del aspecto es argumento para apreciar la virtud de la persona pero la belleza era completa sólo cuando estaba Yahvé con él. No hay belleza valiosa sin la sabiduría. *Engañosa es la gracia, pasajera la belleza; una mujer sabia, esa ha de ser alabada* (Prov. 31, 30). El valor moral es el criterio para juzgar al ser humano. Jerusalén puede tener belleza pero puede caer en la prostitución (Ez 16, 14). Entonces será objeto de acusación. También las facultades físicas, el ver y oír son dones del Señor. Oír es para saber escuchar. Así determina el oír, la conducta y el destino del hombre.



Por esto pide Salomón un corazón presto a la escucha. El hombre que deja de escuchar y se confía a sí mismo, sólo se aleja de Dios. *Quien mantiene su oído alejado de escuchar la sabiduría, hasta su oración es una abominación* (Prov. 28, 9). La verdadera manifestación de lo humano es el lenguaje. No conviene que esté solo, porque su naturaleza es el hablar y dialogar. Con la palabra el hombre se hace totalmente hombre. Da nombre a todos los animales (Gen. 2, 18). Transmite la palabra de Dios al Faraón. *Manzana de oro en bandejas de plata es una palabra dicha a tiempo* (Prov. 25,11).

El tiempo es la medida de la historia de Yahvé. *El día en que Yahvé creó tierra y cielo* (Gen 2,4). Cada tiempo se concibe como una etapa para la acción de Dios; no es el tiempo del calendario. Cada período empieza como algo nuevo. La visión de la alianza es el presente; al contrario, el futuro es una posibilidad oscura que está detrás de la espalda, detrás de uno. Éste va hacia el futuro como si uno caminara hacia su espalda. El tiempo del hombre es determinado por el hecho de ser creado del barro de la tierra; es una donación limitada. Es marcado por períodos en los que se invoca el nombre del Señor y otros en los que el hombre se prostituye. Cada período es nuevo y no se ha perdido en el pasado; en cambio, debe estar delante del hombre cre-

yente. *Piensa y no olvides, como irritaste a Yahvé, en la estepa* (Deut. 9, 7). Esta historia no está en el pasado, o sea, detrás de uno sino en el presente, delante de uno, para que el creyente se oriente por ella, por el camino que ésta indica, por lo que Dios coloca ante él. La enseñanza del pasado se convierte en ley. La historia y el tiempo pertenecen a Dios quien dura siempre y vive en el presente. *Lo oculto está ante Yahvé, y lo manifiesto vale para nosotros y nuestros hijos para siempre* (Deut. 29, 28).

### 3 LA MORAL MATRIMONIAL

La vida matrimonial es sometida al orden general dispuesto por Dios. El marco en el que se desarrolla esta vida, es la familia grande, en la que todos los miembros son responsables. El marido paga por su esposa pero la relación entre ellos debe ser amistosa. La esposa es la *mujer de su alianza* en cuyo pacto ha sido testigo Yahvé. La solidez de su fidelidad es sancionada por la alianza entre Dios y su pueblo Israel, como alegoría de una historia de amor. Por tanto, la obligación de fidelidad en el matrimonio es fundada en el derecho divino. La alianza entre *la mujer de la juventud* (Prov. 5, 8) y *el marido de la juventud* (Joel 1, 8) se cumple en forma monogámica. Que *fu fuente sea bendita, alégrate con*

*la mujer de tu juventud* (Prov. 5, 18). También para concubinas y esclavas se establecían normas y obligaciones. Para evitar que fueran tratadas como mercancía (Ex. 21, 7). La relación amorosa entre marido y mujer no era algo secundario. Aún las esclavas tenían derecho a ser amadas. El modelo se encuentra en Génesis 2, 18: hombre y mujer se pertenecen mutuamente; esta sociedad es necesaria; la relación entre ellos es personal y atractiva. Uno se pertenece al otro de manera mutua y exclusiva como lo proclama el cantar de los cantares: *Yo pertenezco a mi amado y mi amado me pertenece* (6, 3).

La relación única entre Israel y Yahvé prohíbe el adulterio (Ex. 20, 3). *No prestes atención a una mujer mala... sus pasos se encaminan al sol* (Prov. 5,2). Se condena la promiscuidad y la pasión violenta así como lo meramente sexual, como desordenado. Afecta la visión total y el compañerismo exclusivo. También condena el libertinaje y la homosexualidad. Al contrario, la generación de los hijos es un valor en sí misma y es objeto de un mandamiento (Gen. 12, 2). La promesa a Abraham, de que se harán un gran pueblo, es conforme con la tarea asignada al hombre pero la multiplicación es efecto de la bendición de Yahvé. Se les señala a los padres la tarea de la educación de los hijos. El hijo obra prudentemente observando la conducta y las ense-

ñanzas de la madre y del padre. Por eso, deberán reprimir su cólera y ser responsables de la seguridad de sus hijos.

**4 LA MORAL SOCIAL** El pueblo era considerado una hermandad. Se extendía a todos los pueblos del oriente medio, como pueblos hermanos y, sus pactos, eran pactos de hermanos pero, entre las doce tribus, había una especial hermandad, todas estaban orientadas en la misma historia de la salvación (Jos. 24). En el Deuteronomio se enseña cómo debe comportarse un israelita con otros. *No cerrarás tu corazón ni tu mano ante tu hermano* (Dt. 15, 1). Y esto se refiere tanto a los miembros de su pueblo, como a extranjeros que habiten entre ellos. *No odiarás a tu hermano en tu corazón* (Lev. 19, 17). El amor al prójimo se funda en la hermandad de las personas, como fenómeno humano general. No importa si las estructuras sociales son diferentes, no hay razón para odiarse, como en el caso ejemplar de Caín y Abel, de un labrador y un pastor. *El extranjero que es vuestro huésped será para vosotros como uno de los del país* (Lev. 19, 34). El amor al prójimo debe superar el egoísmo que se concentra en sí mismo, con lo cual perfecciona el valor natural de querer la vida y desarrollar la acción social. Por esta razón, estimula a cumplir con una

fidelidad más grande, que la que se ha señalado entre los valores naturales. *Hay amigo que es más adicto que un hermano* (Prov. 18, 24). Por la dignidad de la persona humana, el amor, la fidelidad, la nobleza y la ayuda valen por sí mismas. Tal fue el amor de David por Jonatan.

Aún cuando el hombre está en condición de esclavo, posee todavía su dignidad que debe ser respetada. Israel reconoce el dominio del hombre sobre el hombre, pero lo lamenta. Los esclavos en ciertas ocasiones deben ser liberados. Se puede hablar de una revolución en las relaciones entre señores y siervos; vive en esta contraposición con la atmósfera con el propio ambiente. Este dominio está excluido por la enseñanza del hombre como imagen de Dios. Sugiere a los reyes que escuchen el consejo de los representantes populares y condena el poder absoluto de los Faraones de Egipto; como en el caso de Jeroboam (I Re. 12, 10). Se cuenta con que la tierra es propiedad de Dios y está concedida en usufructo al hombre. Cada siete años debe permitírsele que descanse y que su producto espontáneo se abandone a los pobres y a las fieras del campo. El poder regio es limitado. Las funciones jurídicas han sido trasladadas a los jueces.

El cuarto de los valores naturales fundamentales, el poder, ha sido interpretado por la ley (Deut. 16,18).

La ley establece que la jurisprudencia se confía a un juez elegido de entre los sacerdotes levíticos; los asuntos bélicos a la junta del ejército con los sacerdotes. Se asegura la libertad de los ciudadanos y también a aquellos que han sido reducidos a la esclavitud por deudas; deben ser tratados como un trabajador asalariado y deben ser liberados cuando se termine el período de su condena, una vez que se les haya obsequiado abundantemente. Es consecuencia del recuerdo permanente de la liberación de Egipto. Cada siete veces, siete años, se celebra el año de la liberación. Cada uno puede volver a su clan y puede reclamar otra vez la posesión de sus tierras. La educación y la sabiduría son parte de este poder. Se llama sabio al que posee un determinado oficio: técnica de la fundición, orfebrería y escultura, hilandería, la navegación, la política y el arte bélico. Igualmente es sabio el maestro porque ejerce el poder de la mente. La sabiduría es el verdadero poder de la sociedad y supera la violencia y la riqueza.

El poder individual está vinculado estrechamente con el círculo familiar y social. Las grandes familias son miembros de un clan; estos forman las tribus. Las tribus, en un tiempo seminómada, forman una comunidad peregrinante; luego, habitan con sus clanes en una región. El individuo no puede estar solo. Soledad significa

abandono y marginación. El hombre está destinado a vivir en el mundo. Dios se encarga de salvar la comunidad para que viva. Por esta razón, todo hombre está llamado a la colaboración, al acto social propiamente dicho, hasta llegar a ordenar que se ame al prójimo como sí mismo (Lev. 19, 17). La meta última de este trato humano debe alcanzar todos los pueblos. El hombre es llamado a dominar las

fuerzas de la naturaleza, con su poder y creatividad pero no debe convertirse en víctima de las cosas. Esto sucedió con Noé quien se emborrachó; con Sansón quien fue vencido; con Nabucodonosor, reducido a la locura, con Jeroboam abandonado por las diez tribus. El destino del hombre es el de regir la tierra con sabiduría y, con eso, reflejar la imagen de Dios.

### III. LOS VALORES MORALES EVANGÉLICOS

## III. LOS VALORES MORALES EV

Los valores morales cristianos incorporan los valores morales transmitidos por el Antiguo Testamento. Sin embargo, el Evangelio que recoge la enseñanza de Jesucristo aporta una nueva fuente de valores que perfeccionan el discurso ético. La moral del Evangelio establece un nuevo concepto de Dios y un nuevo destino del ser humano. Jesucristo, siendo verdadero hombre, habla de Dios como de su Padre y establece así un nuevo tipo de relaciones entre los que seguirán su doctrina, y el Dios Padre que se proclama en ella. En la Moral Evangélica hay dos principios nuevos que se desprenden de la revelación de Jesucristo y modifican la concepción antropológica del Antiguo Testamento.

El primer principio se refiere al origen del ser humano; otro, a su destino final. En la mente y las palabras de Jesús, un hombre no es sólo criatura de Dios,

sino que debe considerar a Dios como su Padre. Dios no es sólo Padre de Jesús (hombre y Dios) sino que es Padre para cada uno de los seres humanos. No es una paternidad global que afecte a la totalidad del pueblo escogido. Ahora es padre para todos y para cada uno en particular. Esto establece una nueva relación con el Creador: una relación de confianza y seguridad pero, también, una relación de fidelidad y de responsabilidad mucho más fuertes así como la conciencia de una identidad espiritual que debe madurar por una conducta ajustada a los ideales propuestos por Jesús. *Uno solo es vuestro padre, el del cielo* (Mt. 23, 9). Él quería que el honrar con el nombre del Padre fuese algo que quedara reservado sólo para Dios (Joaq. Jeremías p. 87). Dios Padre se preocupa por las cosas que necesita el hombre: *Bien sabe vuestro Padre celestial, la necesidad que de ellas tenéis* (Mt. 6, 25).



monacata NAJERES • 81

Los valores morales cristianos incorporan los valores morales transmitidos por el Antiguo Testamento. Sin embargo, el Evangelio que recoge la enseñanza de Jesucristo aporta una nueva fuente de valores que perfeccionan el discurso ético. La moral del Evangelio establece un nuevo concepto de Dios y un nuevo destino del ser humano. Jesucristo, siendo verdadero hombre, habla de Dios como de su Padre y establece así un nuevo tipo de relaciones entre los que seguirán su doctrina, y el Dios Padre que se proclama en ella. En la Moral Evangélica hay dos principios nuevos que se desprenden de la revelación de Jesucristo y modifican la concepción antropológica del Antiguo Testamento.

El primer principio se refiere al origen del ser humano; otro, a su destino final. En la mente y las palabras de Jesús, un hombre no es sólo criatura de Dios,

sino que debe considerar a Dios como su Padre. Dios no es sólo Padre de Jesús (hombre y Dios) sino que es Padre para cada uno de los seres humanos. No es una paternidad global que afecte a la totalidad del pueblo escogido. Ahora es padre para todos y para cada uno en particular. Esto establece una nueva relación con el Creador: una relación de confianza y seguridad pero, también, una relación de fidelidad y de responsabilidad mucho más fuertes así como la conciencia de una identidad espiritual que debe madurar por una conducta ajustada a los ideales propuestos por Jesús. *Uno solo es vuestro padre, el del cielo* (Mt. 23, 9). Él quería que el honrar con el nombre del Padre fuese algo que quedara reservado sólo para Dios (Joaq. Jeremías p. 87). Dios Padre se preocupa por las cosas que necesita el hombre: *Bien sabe vuestro Padre celestial, la necesidad que de ellas tenéis* (Mt. 6, 25).

El segundo principio novedoso consiste en el destino señalado para los hombres. Cada persona está destinada al encuentro sobrenatural con el Padre y a conocerlo con una estricta vinculación de vida, en el estadio final de su existencia eterna. Consecuentemente, toda la existencia del cristiano queda marcada en su conducta por la esperanza en la vida eterna. Por esto, les dirá Jesús: *Sean perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial* (Mt. 5, 48). Este ideal se expresa en el capítulo 17 de San Juan como *unidad. Que sean uno, como nosotros somos uno* (Jn. 17,22). Esta perspectiva le daba a la vida un significado realmente diferente de todo lo que se había predicado anteriormente. El cristiano deberá vivir como un ser espiritual quien se prepara para una vida nueva que pertenece a Dios. *Lo nuevo del Evangelio, tanto frente al mundo griego como al judío, es que para Jesús, Dios es el siempre presente y el totalmente cercano: el Señor y Padre que abraza, delimita, y plantea sus exigencias a cada uno* (Shelkkle, p. 147).

## **1** LA MORAL DE LA BUENA NUEVA

La buena nueva que Jesús anuncia a los pobres se expresa en las Bienaventuranzas: *Tenéis participación en el reino de Dios* (Le.

6,20). Los pecadores están invitados al banquete de Dios. A través de las parábolas se demuestra que sucede la remisión de las deudas. Se describe el padre que corre al encuentro del hijo perdido. El mismo Jesús se sienta a la mesa con publicanos y pecadores. Jesús propone un nuevo modelo de relaciones con Dios y con el prójimo. Por eso, dirige su atención a los ricos, quienes están más lejos de Dios que los pecadores. Con esto reprocha a los que tienen un muy buen concepto de sí mismos, confían en su propia piedad pero, de facto, no son obedientes; no están dispuestos a secundar los llamamientos de Dios porque son despiadados hacia sus hermanos pobres; porque hablan de perdón pero no tienen ni idea de lo que esto significa. Frente a su palabra puede haber una doble reacción: en unos produce los ojos abiertos para captar el misterio de Dios; en otros, rechazo. Los que no comprenden el misterio de la palabra de Jesucristo quedan con obcecación. Puesto que el Evangelio ofrece la máxima salvación, produce al mismo tiempo la máxima perdición. Jesús llama al arrepentimiento porque el tiempo se va a terminar. En la parábola de las diez vírgenes, se cierra definitivamente la puerta. La llamada está acompañada por una amenaza. El peligro afecta a las personas que están allí presentes. Convertios, el hacha está puesta a la raíz de la higuera estéril.

El hombre debe aprovechar el tiempo antes de que sea demasiado tarde. Ha comenzado ya la era del cumplimiento; el reino de Dios se está manifestando aquí y ahora. Para convertirse, en primer lugar, debe afirmar su propia culpa. El modelo es el hijo pródigo quien reconoce su pecado; o el publicano en el templo, quien no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo (Le. 18,13). Esta afirmación de la culpa no debe hacerse únicamente ante Dios, sino también ante los hombres: pedir perdón al hermano (Le. 17,4); confesar públicamente los pecados (19, 8) pero la conversión exige también el apartarse del pecado: que el publicano se abstenga del engaño; que el rico deje de estar dominado por Mamón; al vanidoso le exige que se aparte de su vanidad y, el que haya cometido injusticia contra alguien, que la repare.

Jesús anuncia el reino de Dios. La diferencia con el antiguo testamento consiste en que el reino anunciado para el judaísmo antiguo era el señorío de Dios sobre Israel, mientras el que anuncia Jesús es el reino final sobre todos los pueblos pero, la idea de reino es dinámica, ya actúa en el presente. Jesús utiliza los símbolos bíblicos para anunciar que comienza el tiempo de salvación. Estos son: la luz, al encender la lámpara de aceite huyen las tinieblas; la cosecha, indica la abundancia y la exuberante riqueza de este tiempo; la higuera

que reverdece es símbolo del paso de la muerte a la vida; el vino nuevo significa el tiempo nuevo; el vestido de fiesta que se le entrega al hijo recuperado, es la nueva vida como el pan de vida, el agua de vida. La oferta de salvación que Jesús hace a los pobres resulta escandalosa: los pobres son evangelizados. Este anuncio que está en el corazón de la predicación de Jesús contrasta con la concepción de los elegidos de Israel que son los privilegiados de la ley; los únicos con capacidad para salvarse. Jesús trajo la buena nueva a publicanos y pecadores. Estos no eran sólo los que menospreciaban notoriamente el mandamiento de Dios, sino los que ejercían profesiones menospreciadas: los jugadores de azar, los usureros, los recaudadores de impuestos, los publicanos, los pastores asalariados, las rameras, los hombres tramposos, rapaces, adúlteros, ladrones y cambistas. Estos eran los pobres a quienes se les anunciaba la salvación. La razón de este escándalo no era de tipo ritual, tampoco era de tipo político, sino era únicamente de tipo moral. A veces se les llama *los pequeños*, como personas incultas o retrasadas; eran, entonces, personas difamadas o que gozaban de baja reputación y, según el pensamiento de la época, no tenían acceso a la salvación.

Los pobres a quienes se anuncia la salvación son también los *fatigados*

y agobiados por el peso (Mt. 11, 28); los pobres que saben que están por completo a la merced de Dios: los que tienen hambre, los que lloran, los enfermos, los que están agobiados por el peso, los últimos, los sencillos, los perdidos. Jesús contempla con infinita misericordia a estos mendigos ante Dios. A éstos contrapone las parábolas de la misericordia, de encontrar a los que se habían perdido, de la liberación de los cautivos, del recibimiento en la casa del Padre. Él mismo demuestra con las obras ese rescate; restituye la vista, hace caminar a los tullidos, sana a los enfermos, resucita a muertos y, lo más escandaloso, *come con los pecadores* y elige varios de sus discípulos entre ellos. A estos está destinado el anuncio del reino mientras a los justos, cuya justicia es meramente exterior, por la obediencia a la ley. El hijo perdido es reinstalado en sus derechos; el que se había quedado en el hogar se entibia en sus relaciones con el padre. Esto aparece claramente como el final, el momento escatológico, ilumina la vida de quienes aceptan la revelación. En ese tiempo no sólo se halla la ilimitada soberanía de Dios, sino también su misericordia. Los pobres han recibido, con la revelación de Jesús, una riqueza frente a la cual palidecen todos los demás valores.

## 2 LA LUZ DEL CREPÚSCULO

La segunda fuente de moralidad de los Evangelios es seguramente la perspectiva del destino final. Desde este fenómeno futuro se proyecta una luz hacia el presente, que determina la conducta moral de los creyentes. El Apocalipsis no es solamente una imaginación dramática de los acontecimientos escatológicos, sino una fuente de inspiración y advertencia para la conducta del hombre actual. El evangelista Marcos pinta una descripción detallada acerca de lo que viene; es una gran profecía de perdición. Esta consiste en el peligro de que la misma fe sea adulterada, en destrucciones físicas, como guerras y terremotos, hambres y persecuciones. La primera destrucción será la del templo que será abandonado y sus seguidores buscarán refugio en el desierto. Será la catástrofe de Israel. Por último, el mismo universo material se derrumbará para que triunfe a su regreso el Hijo del Hombre. Además, hay un elemento de sorpresa: nadie conoce el día ni la hora en que todo esto acontezca; el cristiano debe estar preparado, es decir, su conducta debe ser digna del momento final (Me. 13, 8).

Los evangelistas Mateo y Lucas hablan de un tiempo de preparación, lleno de angustias y calamidades. El



final llegará repentinamente, como el rayo, como el diluvio. Jesús dice a las mujeres que lloran por su pasión, que deberían entonar lamentos para sí mismas y sus propios hijos. Viene la espada de la justicia. El reino de Dios no viene sino con sufrimiento. Después vendrá la suprema perdición. Este último acto será algo que trasciende la historia. Habrá separación de buenos y malos; esta separación alcanzará a cada uno en lo personal. Uno será tomado y otro dejado. Contra esta sentencia no hay apelación posible. A la angustiada pregunta de si serán pocos los escogidos, Jesús contesta con una exhortación a entrar por la puerta estrecha. Esta amenaza ofrece a la vida del cristiano la oportunidad para prepararse y cumplir con el Señor. ¡Convertios! Todavía dura el último plazo de gracia; ya *el hacha está puesta a la raíz de la higuera estéril* (Le. 13, 6). La inseguridad del final no se refiere tanto a la dilación de la espera, cuanto a la gravedad de la catástrofe y a la necesidad de estar preparados; es decir, conservar una actitud moral y un comportamiento digno de este momento fatal (M. 24, 1-3).

### **3 EL PECADO COMO ANTÍTESIS DE MORALIDAD**

Para confirmar la necesidad de un cambio y una fidelidad auténtica al

reino, Jesús impreca a tres clases de personas: a los sacerdotes, los escribas y los fariseos. El gesto de Jesús que provoca de inmediato la reacción de los sacerdotes es la *purificación del templo*. Toma un manojo de cuerdas y agrede a los comerciantes que han invadido al templo con sus negocios. La purificación del templo era una acción simbólica profética. Con ella se condenaba el formalismo superficial de los actos litúrgicos y la falta de espiritualidad que se revelaba en menosprecio a la casa de Dios como casa de oración, por haber organizado un mercado en el lugar santo. Sus enemigos lo llamarán un falso profeta. A los escribas, como teólogos eruditos en la interpretación de la ley y jueces, dedicados a embaucar a los desvalidos aprovechándose de sus conocimientos jurídicos. A ellos les reprocha la ambición, el deseo de los mejores puestos, el acaparar para sí la gloria debida sólo a Dios. Les critica por imponer cargas pesadas a los fieles, mientras ellos no las mueven ni con un dedo. En una palabra, predicán la voluntad de Dios pero no la cumplen. A los fariseos les reprocha una observancia meramente exterior. Los fariseos son laicos y se precian de representar los auténticos y únicos israelitas observantes. Ellos son fieles en cosas mínimas, mientras transgreden la esencia de la ley. Son cumplidores por fuera, pero su corazón es impuro. Ofrecen dinero a

los pobres y practican las oraciones diarias, pero todo lo hacen al servicio de su gana de figurar; por tanto, no es más que hipocresía.

Los tres grupos se ocupan del culto, de la gloria de Dios, pero sus almas están en especial peligro, porque no consideran la gravedad del pecado. Jesús hace despertar bruscamente en ellos la idea del pecado. Son personas piadosas que se encuentran alejadas de Dios. Ellos piensan que están por encima del nivel de los pecadores y desprecian a los demás (Le. 18, 11). Cuando no se toma en serio el pecado, el hombre piensa demasiado bien de sí mismo. Se siente seguro de sí; se siente justo por sí mismo y deja de tener amor. Los fariseos estaban convencidos que pertenecían al verdadero pueblo de salvación. Jesús los condena con imágenes expresivas: frutos malos, ovejas perdidas, sepulcros llenos de huesos de muertos, dracma extraviada. Jesús denuncia el pecado en su origen: en la palabra, en el deseo. No es lo que entra en el hombre aquello que contamina el hombre, sino lo que sale de él: los malos deseos, las agresiones, las infidelidades. No sólo el homicidio, sino cualquier palabra injuriosa merece la pena de muerte. El pecado de la lengua es lo único que mancha al hombre (Rom. 14,14). Esta radicalización se aplica también a la esfera sexual. Aún, la menor falta, la mirada codiciosa a la

mujer casada, es pecado; un pecado que pone a su autor bajo el juicio de Dios (Mt. 5, 28).

El pecado precisa del perdón de Dios. A diferencia de la tradición del Antiguo Testamento, en donde eran numerosos los pecados que no se podían perdonar, Jesús afirma que todos los pecados pueden ser perdonados por Dios, exceptuado el pecado contra el Espíritu Santo. El Espíritu actúa en el reino; por tanto, el pecado contra el Espíritu es el pecado contra Dios que se revela. No es lícito resistir a la revelación de Dios. No se trata de un determinado delito moral, sino que el único pecado imperdonable es el pecado que surge con la revelación. En una situación análoga se encuentran las personas que, por considerarse buenas en sí, desprecian y condenan a los que han caído en pecado. Las personas devotas que piensan demasiado bien de sí mismas se encuentran mucho más lejos de Dios que los pecadores reconocidos. Jesús pronuncia severos juicios contra tales personas que observan rigurosamente los preceptos y condenan a los demás. Las numerosas palabras de juicio que leemos en los evangelios van dirigidas no contra los que cometían adulterio o engañaban, o robaban, sino contra los que condenaban enérgicamente el adulterio y expulsaban de la comunidad a los mentirosos y engañadores. Los llamaba:

*¡raza de víboras!* (Mt. 12, 34) En Lucas, capítulo 18, quien agrada a Dios no es el fariseo practicante, sino el publicano quien se ha humillado.

La palabra esencial es la de *conversión*. Jesús ve la gente que corre hacia la perdición y les advierte a que se conviertan pronto; que aprendan a ser buenos administradores, que preparen sus lámparas en la espera del esposo, porque la puerta se cerrará irrevocablemente. La conversión no es sólo arrepentimiento; es apartarse de la culpa. Es dejarse rescatar por Dios; la penitencia es un ser vencido por la Gracia de Dios.

**4 LA NUEVA COMUNIDAD** La nueva fe establecida por Jesucristo tiende a crear un nuevo tipo de comunidad humana en la que prevalezca el amor. La fe predicada por Jesús implica la confianza en Él. Es la confianza de la mujer enferma que toca su vestido, sabiendo que Él la va a sanar; es la confianza del centurión que se considera indigno de recibir a Jesús pero confía en que sanará a su criado. Esta confianza es tal que, donde pasa Jesús, deja detrás de sí algún grupo de discípulos quienes con sus familiares han reconocido su poder. Estos grupos de creyentes se hallan en todo el país y forman la base de una nueva comunidad que ejerce la caridad y practica la vida espiritual según la enseñanza del Maestro.

Jesús habla de un nuevo pueblo usando la imagen de un rebaño, de los invitados a una boda, de un pastor fiel que guía a sus ovejas y las defiende de la dispersión. Jesús come con ellos y los llama sus hermanos. De este modo, convierte la comunidad en una familia, comparte el pan y los pescados con miles, distribuyéndolos como hace el padre de familia. Los apóstoles forman una comunidad y las mujeres que lo siguen y le costean los gastos, forman también otra comunidad. Es una comunidad abierta que incorpora nuevos miembros sin limitaciones. A veces se adelanta a la conversión y ofrece su ayuda: a la viuda de Naim, al paralítico de la piscina. Jesús abre de par en par las puertas, llama a todos sin excepción, lo mismo que una gallina acoge bajo sus alas a todos los polluelos, todos están invitados al banquete. La comunidad es animada por la nueva relación con Dios: Dios es el Padre. La paternidad de Dios constituye el reino. Él es quien perdona y concede la gloria; su compasión es ilimitada. Por tanto, la filiación es la característica única del reino. Los discípulos saben que la voluntad del Padre es que ninguno de los *pequeños* se pierda.

La comunidad posee la conciencia de esta filiación. El Padre sabe lo que sus hijos necesitan (Mt. 6, 8) y se preocupa por ellos. Precisamente a los más pequeños es a quienes

Dios más protege. Aún el sufrimiento aparece en una luz nueva cuando uno sabe que es hijo de Dios. El elemento de cohesión de la nueva comunidad es la oración. Jesús practica con sus apóstoles la costumbre de los tres tiempos de oración de la ley, pero añade una oración constante, en ciertos lugares y horas. Sobre todo, es importante la acción de gracias en los acontecimientos fundamentales, los milagros, las comidas comunitarias. El Padre Nuestro es como un emblema que caracteriza a la comunidad de los creyentes en Jesús del mismo modo que un tipo de oración había caracterizado a la comunidad de los discípulos de Juan el Bautista. El pan que se pide en el Padre Nuestro no es simplemente el que se necesita hoy, sino el pan futuro que es el pan de la vida, *el mañana de Dios*, el tiempo final. La comunidad queda orientada, definitivamente, al momento escatológico. La última frase de la oración, *no nos induzcas en tentación* se refiere esencialmente a la tentación final, al peligro de perderse de la comunidad. El sentido es *no permitas que caigamos*; y la tentación suprema es el peligro de perderse, de que la comunidad se extravíe. Es el grito final que pide la perseverancia, la realización del fin último; es un pedir que se realice el reino.

La comunidad en el reino ha transformado sus relaciones interpersonales; esto afecta el modo de

concebir los bienes, a los niños y a las mujeres. La mujer en el matrimonio adquiere el mismo estatus del varón. Ya no está pendiente de la voluntad del marido y de un posible repudio porque el matrimonio es estable y único. Se niega, formalmente, la posibilidad de una disolución. Dios es quien une a las parejas y no quiere que los hombres separen lo que Él ha unido (Me. 10,9). El modelo de estima es dado por la actitud de Jesús hacia las mujeres. Hay muchos relatos en que Jesús se encuentra con mujeres: Marta y María, la Samaritana, la viuda de Naim, la enferma, la Magdalena (Le. 7, 36; Me. 1,31). Las mujeres se encuentran en el auditorio de Jesús, y merecen su atención; lo siguen a Jerusalén, lo asisten hasta la última hora. Se rompe la costumbre de la separación y de la exclusión. Con esto se exige que los discípulos sepan dominar sus pasiones, que impongan su disciplina incluso sobre la mirada y sean auténticos y limpios en sus pensamientos. Los niños han dejado de ser menos importantes, hasta se colocan como modelos por su sencillez. Jesús ama a los niños y se preocupa por evitar el escándalo que los podría corromper; a ellos promete la salvación.

Un puesto particular lo ocupan los bienes materiales con relación a la comunidad que vive en el reino. El hombre se hace independiente de los bienes materiales o externos.

En contraposición, esta separación exalta el valor de la persona humana por encima de todo lo terreno. Esta independencia mejora las relaciones interpersonales, inclina el alma hacia las personas de los pobres y desvalidos. No es la cantidad material de cosas la que es valorizada sino el corazón. Se confirma con las parábolas del juez injusto, de la moneda perdida o del donativo de la viuda. La vida de Jesús y de sus discípulos demuestra este desinterés y la sencillez de sus necesidades. Por su cuenta, Jesús no posee ni una piedra sobre la cual apoyar su cabeza y, constantemente, exhorta a que se socorran a los pobres. Los pobres se hallan cerca del reino de Dios. Las palabras de Jesús en contra de las riquezas son duras. Se refieren a los ricos despiadados que crean barreras sociales. Los bienes terrenos son cosas perecederas. Esto se ve en la parábola del señor que manda construir nuevos graneros, sin pensar que lo va a perder todo. Los ladrones los roban, la polilla los carcome (Mt. 6, 10). La indiferencia hacia los bienes materiales crea una nueva imagen de la comunidad cristiana, una ciudad dedicada al servicio de Dios y al cumplimiento de sus mandamientos, lo cual debe caracterizar la vida cotidiana del trabajo y de las relaciones sociales.

**5 LA LEY DEL AMOR** El conectivo de la nueva comunidad ideada por Jesucristo es el amor. Quien pertenezca al reino se encuentra bajo la ley divina de una nueva creación. Conjuntamente con el amor a Dios se exige el amor al prójimo (Me. 12, 28). Sin duda, se había hablado de eso en el Antiguo Testamento pero nunca se había expresado con la fuerza con que lo anuncia Jesús, como condición indispensable. No se puede amar a Dios invisible sino a través del amor al prójimo. Los ejemplos puestos en las parábolas transforman los conceptos tradicionales. El buen samaritano no sólo es un extranjero, sino un hereje y, sin embargo, es reconocido como modelo de caridad. El amor no se manifiesta sólo en palabras, sino en la capacidad para dar (Mt. 5, 42) y en toda clase de obras. En el caso de la Magdalena, hay un contraste entre el amor y las simples reglas sociales. Ese amor rebasa todas las barreras y se dirige hasta los enemigos. En la parábola de los dos litigantes, ambos están invitados a buscar un acuerdo previo porque el juicio final de Dios sería muy severo. La razón profunda de este amor al prójimo es el amor al mismo Jesucristo. El amor puede llegar hasta un sacrificio total para seguir a Cristo. El que ama su propia vida más que a Cristo la perderá, mientras que el que pierde su vida por Él, la salvará.

No se trata, por tanto, del amor que se ha considerado entre los valores morales naturales y fundamentales. Este amor posee su propia motivación y excelencia en la presencia de Jesucristo: *estaré con ustedes todos los días hasta el final del mundo*. Con el amor al prójimo, no se busca la recompensa como un mérito que se le debe a la buena acción sino únicamente la realización del reino. Frente a Dios, somos como esclavos que cumplen con su deber y no reciben ningún salario. La idea de recompensa ha sido superada por completo. Sin embargo, Dios retribuye aún los mínimos gestos de amor, como el de dar aunque sea un vaso de agua. En el juicio final cuando Jesús reconozca las buenas obras como parte de este amor, los justos se extrañarán sorprendidos del sentido que Jesús les atribuye. Toda buena acción de amor ha sido un reconocimiento de la presencia de Jesucristo. Haber descubierto el reino es el verdadero tesoro escondido; este vale más que cualquier otro bien: el reino de Dios inunda de alegría a todos sus fieles. Si Zaqueo promete la mitad de sus bienes para los pobres, no es porque espere una recompensa, sino porque ha comprendido el mensaje de Jesús y se ha entusiasmado por Él, por el reino y por su justicia. Los demás bienes han perdido valor frente a la perspectiva del reino.

## 6 UNA MORALIDAD IDEAL: LAS BIENAVENTURANZAS

A pesar de que Jesús no desarrolla una teoría moral, aclara todos los valores éticos que perfeccionan la moral del Antiguo Testamento. Sin embargo, hay un momento en que la visión del reino propone un ideal de conducta que trasciende toda norma positiva y transforma la visión de una comunidad humana natural en una creyente: esto se da en las Bienaventuranzas. El nuevo espíritu ha de ser amable, generoso, recto, sencillo y, por encima de todo, sincero, sobrio, prudente, juicioso. El espíritu de cada uno debe tratar de imitar, conscientemente, a su perfecto Padre celestial. En los episodios ya citados y las parábolas, Jesús perfecciona o completa el decálogo del Antiguo Testamento: la tabla de los diez mandamientos. La ley no pasará antes; al contrario, sus mandamientos morales permanecerán, mas la plenitud de los tiempos exige una nueva perspectiva.

En Mateo y Lucas, Jesús expone en forma igualmente sintética una nueva tabla de moralidad: las cualidades del verdadero discípulo. En lugar de establecer preceptos, diseña actitudes ideales las cuales responden a una invitación a la felicidad. Bienaventurados es un término que combina la alegría espiritual con el

cumplimiento práctico. Los ideales de la nueva tabla comienzan con una invitación a la gracia que ilumina y eleva. El discípulo debe aspirar a la felicidad en medio de la pobreza, privación, llantos y persecución. Esto es consecuencia de la oposición entre el espíritu de Jesús y el espíritu del mundo. El medio para hacerle frente es con la bondad y el amor sobrehumano: es el amor filial hacia el Padre que incluye la indiferencia hacia las consideraciones terrenas y pide una entrega absoluta. Declara bienaventurados a los pobres; en cuanto sus disposiciones interiores se han despojado de los intereses propios y de los egoísmos; de las condiciones materiales como fuentes de felicidad.

Jesús invita a la mansedumbre; es decir, a la resistencia imperturbable frente a la adversidad. Pide fortaleza de cara al problema del sufrimiento. Exalta el ávido deseo de justicia. Esta justicia es la misma justicia divina que establece la ordenación de los acontecimientos y la preocupación por los que sufren atropellos y marginación. La persecución por la justicia es la que se sufre por conservar la jerarquía de los valores más altos. La historia está llena de estas persecuciones. En Mateo significa a menudo las buenas relaciones con Dios, que se logran aceptando su voluntad; Jesús insiste en que los discípulos deben esforzarse por

algo más elevado. La misericordia es un tema muy frecuente en los Evangelios donde aparece como un sublime valor moral. Puede tener un aspecto material que se realiza con la limosna y un aspecto psicológico que encuentra su expresión en el perdón. Siempre se trata de *prestar ayuda* activamente. El valor interno más elevado se encuentra en la pureza del corazón y se manifiesta principalmente a través del lenguaje que delata los pensamientos y los deseos de las personas. Su efecto es la cercanía de la presencia divina y la transformación de la vida en un conocimiento más profundo de su misterio. En la vida práctica, Jesucristo indica el ideal de la promoción del bien común a todos, lo cual se sintetiza con la palabra *paz*. Los que se dedican a promover la paz, la armonía y la bondad entre las personas se acercan a la misma sabiduría divina.

Para los escépticos resulta difícil entender el carácter paradójico de las bienaventuranzas que indican un ideal que transforma las relaciones entre las personas y da origen a una revolución social moral que aún no ha llegado a su plenitud, pero abre un camino claramente trazado. Se oponen a las clases de valoraciones del mundo pagano pre-cristiano y establece los conceptos de un nuevo ideal de conducta. La negación de las valoraciones exteriores de las rique-

zas y de las oportunidades sociales es superada todavía por el menosprecio de los logros personales meramente egoístas y que se defienden, de ordinario, con la autoafirmación y la emulación más o menos agresivas. Los verdaderos discípulos se convierten, entonces, en promotores de una forma social más perfecta y de una organización comunitaria dominada por el amor inspirado por el Espíritu. Estos serán como la sal que da sabor a todos los alimentos o la lámpara que ilumina a todos los de la casa. Viviendo de acuerdo con las enseñanzas de Jesús, los hombres manifestarán, en la tierra, la bondad de su padre que está en los cielos. Ellos construirán la ciudad sobre el monte que, como una nueva Jerusalén, se verá de lejos como un faro para todos los que caminan en el desierto y encontrarán en ella la luz y la vida.

La organización de las bienaventuranzas sigue un movimiento desde lo más sensible hacia lo más intelectual y espiritual. El primer nivel es el de los bienes humanos que se buscan para la satisfacción personal como las riquezas y los honores. Éstos proporcionan el gozo y la práctica de las pasiones de la autoafirmación como la soberbia y la ira o el afán de placeres afectivos o sensibles. A estos se contraponen la pobreza del espíritu y la libertad de la pobreza material. Se domina el

orgullo personal con la mansedumbre y, el desorden pasional, con la fortaleza en el sufrimiento. Para tal transformación intervienen los dones del Espíritu Santo, el temor de Dios, el don de la fortaleza y el don de la ciencia, que elevan la dimensión espiritual del alma. Se trata, entonces, de derribar cualquier obstáculo que corte el camino hacia la plenitud de los valores eternos.

Una etapa más avanzada es la que se especifica como capacidad activa del cristiano, que establece un orden de propiedades conforme con la justicia: dar a cada uno lo que se le debe, tanto en lo material como en lo divino y se entrega a obras de benevolencia espontáneas que imitan la generosidad del creador. Bienaventurados los que tienen sed de justicia y que cultivan la misericordia. Esta actitud sobrehumana corresponde a los dones del Espíritu Santo indicados como de la piedad y del consejo, transformándolos en valores morales superiores. Con esto, la actividad del cristiano espiritualiza la acción social, y le confiere el carácter de bienaventuranza o acción en la gracia.

La máxima apertura hacia la plenitud del espíritu y la autotransparencia del alma santificada consiste en la purificación que desarrolla en el hombre la capacidad de la contemplación mística: bienaventurados los de corazón puro. Ellos alcanzarán la visión



auténtica de la realidad divina. Esta etapa espiritual no es ajena a su presencia activa en el mundo. Poseerán la paz quienes se pongan en resguardo de las perturbaciones y de las desavenencias con su prójimo. Entonces, bienaventurados los pacificadores, los que instauran la armonía de los espíritus. Este el grado más elevado de imitación de las perfecciones divinas e implica la intervención de la gracia que es el Espíritu de Dios; un espíritu de inteligencia que organiza y ordena; de una sabiduría que trasciende las limitaciones humanas.

La moral de las bienaventuranzas sumerge al ser humano en una atmósfera de valores que trascienden toda obligación de una ley y lo absorben en el poder sobrenatural de la Gracia; es decir, del Espíritu Santo que Jesús ha prometido como su propio don personal a todos aquellos que se incorporan a la vida divina de la Salvación. El haber aproximado las bienaventuranzas a los dones del Espíritu fue sugerencia de San Ambrosio, recogida por San Agustín y sistematizada por Santo Tomás. Con ello, se adquiere un sentido más profundo del Evangelio y se complementa la dimensión psicológica de la vida contemplativa y de la realidad divina del alma humana. Se completa así el horizonte de los recursos que el Evangelio ofrece

para la enseñanza y la práctica de las metas más elevadas de la vida espiritual.

Dicho de una forma general, la transformación de la moral del Antiguo Testamento en moral cristiana cambia la perspectiva en la que se coloca el valor moral. Se pasa desde una valoración absoluta de la ley, que debía ser aceptada y cumplida según su letra y formulación, a la valoración fundamental y total de la vida divina del alma iluminada por la fe y el Espíritu. Se pensaba que la Ley era el compendio de toda la sabiduría humana y divina, una revelación de Dios mismo, una guía completa y segura de conducta. La misión de Jesús no era la de anular o eliminar la Ley del Antiguo Testamento, sino de darle el complemento necesario para transformar la conducta de sus discípulos. Darle plenitud no significa simplemente darle un cumplimiento con exactitud y fidelidad; significa *darle verdad*. Jesús utiliza la palabra *Amén* que penetra hasta el interior de la Ley y le ofrece un contenido nuevo y derivado directamente de la sabiduría del Padre. Con ello, se lleva a plenitud el consejo de Jesús: sean perfectos como lo es el Padre celestial. Como cima de las promesas se enuncia la relación filial de los individuos con Dios, que incluye recibir la ayuda que Él presta y tener la experiencia de Dios en la propia vida.

## 7 LA EVOLUCIÓN DE LOS VALORES MORALES

Al final de este recorrido cabe preguntarse si desde un mundo meramente natural hasta la fe del Antiguo Testamento y la renovación de los Evangelios, ha habido realmente un cambio en los valores o, únicamente, un cambio en el discurso sobre los valores. Sin duda, en la moral espiritual cristiana se han enfocado nuevos valores o, cuando menos, aspectos más detallados de los valores naturales. La fe ha aumentado en los seguidores de Cristo, así como la capacidad por captar experimentalmente los valores ya conocidos. Se ha revalidado la bondad, la misericordia, la autenticidad, la honradez, la misericordia y la generosidad pero lo que ha cambiado radicalmente a través de la fe, tanto en la moral del Antiguo Testamento y sobre todo en la valoración moral del Evangelio, ha sido el discurso sobre los valores. Ha sido introducida la idea de la Creación y la de la responsabilidad humana frente al creador. Además, la idea de un Creador lejano ha sido sustituida por la de un Padre solícito por cada persona y de la fidelidad del ser humano hacia su amor y al destino final que Dios le ha fijado. En este contexto, el discurso sobre valores entra a un proceso de elevación cuya cumbre son las bienaventuranzas. Para la persona que viva esta fe no

se trata de aprender teóricamente nuevos valores, sino de adquirir una nueva capacidad perceptiva por la cual estos valores dejan de ser simplemente parte de un discurso y se vuelven tan reales, en su percepción, como los valores naturales.

En todo caso, no es posible olvidar que, tanto los valores del Evangelio como los más genéricamente cristianos, remiten necesariamente a los valores morales naturales de todo ser humano. Sin este fundamento y sin la referencia constante a los valores morales naturales, los demás valores *agregados* pertenecerían a un discurso vacío, en el sentido que no tendrían referencia a una experiencia, sino a una fe o a un razonamiento. Sin la experiencia directa del mundo natural, podría sustituirse una ley moral por otra, por cuanto más perfecta, sin que ésta tuviera la fuerza que emana de los valores mismos. Por otra parte, la fe misma puede constituirse en valor y fundamentar, por su cuenta, los nuevos valores. Si los valores naturales se ofrecen por sí mismos en la experiencia de los seres, una fe que aclara el sentido de estos seres puede, al mismo tiempo, ampliar la capacidad de experiencia de valores.

Supongamos un ejemplo. La misericordia, como valor evangélico vinculado con la fe en Jesucristo, precisamente en virtud de esta fe,

aumenta en la conciencia del creyente la capacidad para percibir en un valor moral natural, como el aprecio hacia la persona de otro hombre, una dignidad más profunda, capaz de determinar su valoración desde nuevos puntos de vista. Lo convierte, así, en un valor evangélico con doble fuerza y poder para mover la libertad humana y el deseo que polariza la voluntad hacia su cumplimiento. En este sentido, la fe predicada por Jesucristo, rodeado de apóstoles y de grandes muchedumbres, no fue una fe esencialmente especulativa o un mero discurso, sino una vivencia transmitida por el contacto diario en la vida de bondad, generosidad, curaciones y el ejercicio de la caridad. Pero ésta no se daría si no constituyera ella misma una experiencia y, por tanto, capaz de convertir los valores morales naturales en valores morales evangélicos. No es que la fe invente nuevos valores, sino que amplía el horizonte de la visión humana de los valores; hace descubrir la calidad axiológica en realidades que, sin la fe, quedarían en plena oscuridad. En este sentido, los valores morales naturales nunca dejan de ser el fundamento vivencial aún de los valores evangélicos.

Al contrario, una fe desarraigada de la experiencia natural de las cosas, de las personas y de sus valores, incluyendo los valores morales, se convertiría en una simple doctrina; es decir, en un

discurso sin carácter axiológico, sin fuerza para determinar la adhesión de la voluntad y la aprobación decisiva de la conciencia y, en último término, sin valor. Podría formularse como ley moral pero no poseería el valor que arrastra y efectúa. Esta posibilidad no es una simple ocurrencia sino una aterradora perspectiva con relación a la conducta moral del hombre.

Ya se vio anteriormente que las culturas y las costumbres introducidas en algunos pueblos pueden deformar o, mejor dicho, enmascarar la percepción originaria de los valores; pero no es este el problema. En ningún caso, las desviaciones introducidas por las culturas en la consideración de los valores, es decir, en el discurso sobre valores morales, pueden eliminar la capacidad innata y originaria de la percepción auténtica de los valores fundamentales. Por ejemplo, el presidente Bush puede engañar a todo el pueblo americano, y a medio mundo, sobre la existencia en Irak de bombas de destrucción masiva y así desencadenar una guerra, como si ésta fuera un valor, sin que, por otra parte, el pueblo americano deje de percibir que la verdad es un valor y la mentira una indignidad; y que asesinar al prójimo, cuando no sea en defensa propia, es un crimen.

La percepción de los valores no es un fenómeno primariamente cultural sino fundamental y natural. Para recordar

a Claude Lévi-Strauss, el más famoso antropólogo del siglo XX, *naturaleza* y *cultura* son dos términos antitéticos y dialécticos que pueden entrelazarse pero nunca confundirse. La cultura ya es, en sí, una interpretación de la naturaleza pero siempre la supone y nunca la puede sustituir. Más allá de las interpretaciones culturales de ciertos valores morales está siempre la percepción auténtica y natural de los valores. Por esta razón, los valores naturales estarán siempre a la base de una valoración de los seres del mundo, aunque se le añada la fe evangélica para descubrir nuevos aspectos de estos valores. La fe no es sólo un agregado esencial a la inteligencia; es también un discurso axiológico renovado, el cual resultaría ininteligible sin la correspondencia a una realidad de valores descubiertos en la misma vida. Todo discurso acerca de valores morales, aunque se trate de los sublimes valores morales de las bienaventuranzas, para ser efectivo, apela a una experiencia moral implícita en la moral natural de nuestra viviente existencia.

Quizás sea necesario regresar con la mente al esquema propuesto en la primera página de nuestra *Introducción a los Valores*, donde se analizan las estructuras del ser humano consciente. No hay fundamento para atribuir al hombre una especie de instinto moral primordial que guíe sus decisiones en las actividades

libres de su persona; es decir, para hacer juicios morales y realizar los actos correspondientes. Los valores evangélicos alejados de la experiencia de la vida, dejarían de ser valores para convertirse en meras verdades intelectuales o, si se prefiere, en leyes o en normas de vida, carentes de la fuerza que estimula el deseo y mueve la libertad a la acción.

El yo humano, como persona consciente, es el arbitro final que percibe a la vez la luz de la inteligencia y la fuerza del valor, trátase de valores meramente naturales, de valores morales, como de los valores evangélicos. No puede haber una ruptura en la continuidad de la conciencia y la percepción de las inclinaciones hacia el bien o en contra del mal. La misma persona humana se enfrenta con las verdades de los seres experimentales y las verdades de la fe. En ambos casos, el ser descubre su componente axiológico, tanto en el nivel natural como al nivel de la fe revelada. Ambos conocimientos poseen su continuidad histórica y su coherencia intelectual y hacen referencia a una experiencia originaria de los valores.

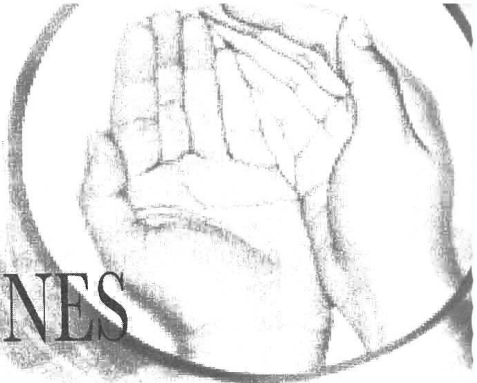
Como no hay contradicción entre las verdades naturales y científicas y las verdades de la fe, sino que unas se insertan necesariamente en las otras; del mismo modo no hay desconexión entre los valores morales naturales y los valores morales de la fe. En

ambos casos hay una continuidad en la experiencia de las cosas y personas cuyos valores surgen en la conciencia por una simple visión natural o, bien, por una visión iluminada por la fe. No hay discontinuidad entre el valor que hemos llamado el *amor* que surge de inmediato de la vida y nos mueve a la solidaridad y a la promoción de la vida misma, y el *amor al prójimo* que surge de un mandamiento del Antiguo Testamento o de un precepto evangélico. No hay discontinuidad pero sí hay un cambio de percepción al introducir el conocimiento de Dios como Creador de Todos y el aporte de Jesús quien declara que Dios es Nuestro Padre. En el cambio, el valor natural ha sido colocado en un horizonte totalmente nuevo y la percepción del valor ha sido enriquecida por una motivación más profunda pero no se ha eliminado, sino potenciado el valor experimentado en la vida misma.

El ejemplo anterior debe aplicarse a toda la serie de los valores evangélicos. Esta continuidad y complementariedad se hacen efectivas en toda la gama de los valores cristianos y evangélicos. Si elimináramos la percepción de los valores naturales implícitamente involucrados en los valores cristianos y evangélicos, nuestro discurso axiológico se vaciaría de sentido. Aún, en el caso en que

los valores evangélicos nos obliguen a modificar nuestra percepción de los valores naturales, siempre lo haría con referencia a estos mismos valores experimentados y, en su contexto, con la totalidad de los valores humanos.

Por ejemplo, quien no haya vivido en contacto con los pobres y no haya percibido el valor de la compasión, no podría nunca captar el valor de la bienaventuranza correspondiente. El que no haya percibido el horror de una injusticia grave, simplemente humana, sería incapaz de sentir y comprender el valor de lo que es *tener hambre y sed de justicia*. El mundo de los valores evangélicos incorporados al mundo de los valores naturales no son elementos de disgregación para la conciencia humana, sino horizontes nuevos que la elevan en su potencialidad. El mismo yo está llamado a crecer hacia dimensiones que superan el horizonte terrestre de sus experiencias entre los seres mundanos pero, en ningún momento, estas experiencias de seres y de valores se vuelven obsoletas; al contrario, continúan siendo material necesario para la construcción de mundos nuevos, así como los metales se vuelven cohetes para el espacio y los colores se vuelven cuadros artísticos y las palabras se vuelven literatura.



## IV. CONSIDERACIONES GLOBALES

**A**nteriormente se han escrito decenas y, quizás, más libros sobre moral en general y sobre moral cristiana en particular pero poco se ha escrito sobre valores. No pretendemos afirmar que los valores no estuvieron involucrados en la búsqueda de éticas de carácter universal. Esto se hizo sin enfocar el valor en sí mismo y en su específico modo de darse a la conciencia humana. Se ha considerado el valor como algo perteneciente a la esfera psicológica y extraño al alcance de consideraciones fundamentales; sin embargo, la discusión sobre los valores y su naturaleza se ha vuelto insoslayable en nuestros días.

Vemos, con claridad, que hoy se enfocan directamente los valores y se comprueba su necesidad. A pesar de esto, ni se ha desarrollado un lenguaje apropiado, ni se ha trazado una metodología que permita

a la comunidad humana, en general, adquirir y realizar los grandes valores de la vida. Tampoco se ha trazado una distinción neta entre la percepción de los valores como vivencia con su poder de comunicación interpersonal y el discurso sobre los valores con la universalidad de su abstracción. Esta confusión hace difícil la investigación de los valores y, más todavía, la educación en los mismos. Como hemos visto, la percepción de los valores no es algo separado de la realización de los mismos. Hay una cadena de interdependencia entre percepción de valor, inteligencia del ser, compromiso de la libertad y decisión consciente que desencadena la fuerza de la voluntad para realizar los valores percibidos.

La intervención de la conciencia en esta cadena de eventos es la que compromete la libertad y la personalidad humana y le da carácter a

su actuación. Este carácter puede ser meramente racional humano o, bien, insertado en la fe; es decir, relacionado con el principio trascendente, que es Dios y el destino escatológico de la vida, que es la plenificación de los valores. La conciencia del individuo es la que posee el horizonte completo de lo humano que incluye los conocimientos del ser y la totalidad de los valores y toma sus decisiones y responsabilidades libres en el conjunto de este horizonte.

El haber determinado algunos de los valores fundamentales de lo humano no es suficiente para resolver todos los problemas de conducta de las circunstancias corrientes de la vida. Este hecho nos abre una perspectiva de trabajo y de búsqueda para el conocimiento y la ejecución de los valores. El mundo de los valores, y no sólo de los valores morales, se presenta así como un mar abierto que espera la determinación de las rutas. Puede avanzarse en diferentes direcciones sin que se agoten definitivamente las posibilidades de conquista. Esto se expresa fácilmente con una afirmación tal como decir que *el hombre es perfectible*. Se podrían establecer excelentes normas morales universales pero, sin la fuerza de los valores, el hombre seguiría enredado en un discurso sin una fuerza para romper la barrera de su propia irresponsabilidad.

La conciencia individual de un ser humano particular no es una monada en el sentido de un globo aislado e incomunicado. Está en constante comunicación intelectual con los demás hombres, en el sentido de dar y recibir conocimientos pero también está comunicado con los demás a través de los valores. No existe tal separación como de una clase de hombres científicos enteramente entregados al conocimiento e ignorantes de los valores y, otra clase, la de hombres entregados al sentimiento de los valores e ignorantes del conocimiento meramente científico o especulativo. En realidad, aún la investigación científica más fría y objetiva está guiada por los valores que la motivan y la estimulan. Tampoco existe una percepción de valores meramente sentimental y ajena a los conocimientos especulativos y a la concepción de los seres. Las dos dimensiones cognoscitivas pertenecen a la misma persona y se comunican de un individuo a otro. Lo que se dice de los valores, en general, con igual razón debe aplicarse a los valores morales. Hay un componente moral también en la actividad científica, como hay un componente cognoscitivo en toda decisión moral. Esta compleja realidad coloca a los valores morales en toda situación vivencial de la existencia de la persona humana en el mundo. Sería irracional intentar fugarse y evitar confrontar la doble

alternativa. Como seres humanos, estamos comprometidos en dos empresas noéticas: una, como tarea objetiva de la razón y de la ciencia; otra, como intento de comprender nuestra propia existencia en el mundo de la vida y de la conducta.

*Dr. Antonio Gallo Armosino, S J*  
Guatemala, octubre de 2005

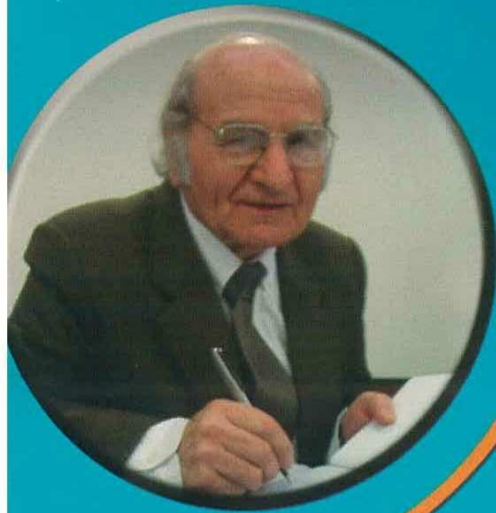


# REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Berdyaev, N. (1965). The destiny of man. En: *Christian Existentialism*. Nueva York: Harper Torch Books.
2. Buber, M. (1938). *JeetTu*. París: Aubier.
3. Congar, Y. (1981). *La Fe y la teología*. Barcelona: Herder.
4. Danielou, J. (1965). *Dieu et nous*. París: Grasset.
5. Echo, U. (1990). *Travels in Hyper Reality*. Estados Unidos: Harvest/HBJ.
6. Habermas, J. (1994). *Teoría de la Acción Comunicativa*. Madrid: Cátedra.
7. Heidegger, M. (1957). *Identidad y Diferencia*. Madrid: Anthropos.
8. Heidegger, M. (1966). *Carta sobre Humanismo*. Madrid: Taurus.
9. Heidegger, M. (1987). *De l'Essence de la Liberté Humaine*. París: Gallimard.
10. Husserl, E. (1967). *Investigaciones Lógicas, I, II*. Madrid: Rev. de Occidente.
11. Husserl, E. (1979). *Meditaciones Cartesianas*. Madrid: Paulinas.
12. Jeremías, J. (1985). *Teología del Nuevo Testamento*. Salamanca: Sigüeme.
13. Lévinas, E. (1982). *De l'Évasion*. París: Fata Morgana.
14. Lewis, C. I. (1962). *An Analysis of Knowledge and Valuation*. Illinois: Open Court.
15. Merton, T. (1977). *Preguntas a la Biblia*. Madrid: Narcea.
16. Rahner, K. (1978). *Experiencia del Espíritu*. Madrid: Narcea.
17. Ricoeur, P. (1970). *Finitud y Culpabilidad*. Madrid: Taurus.
18. Stevenson, C. L. (1962). *Ethics and Language*. Nueva York: Yale University Press.
19. Vattimo, E. (1986). *Las Aventuras de la Diferencia*. Barcelona: Nova Gráfi.
20. Von Rad, G. (1982). *Estudios sobre el Antiguo Testamento*. Salamanca: Sigüeme.
21. Whitehead, A. N. (1927). *Symbollism, its meaning*. Nueva York: Capricorn Book.
22. Whitehead, A. N. (1958). *Modes of Thought*. Nueva York: Capricorn Book.
23. Whitehead, A. N. (1960). *Adventures of Ideas*. Nueva York: A Mentor Book.
24. Whitehead, A. N. (1920) (1968). *El concepto de naturaleza*. Madrid: Gredos.
25. Wolf, H. W. (1975). *Antropología del Antiguo Testamento*. Salamanca: Sigüeme.

# INTRODUCCIÓN A LOS VALORES

ANTONIO GALLO ARMOSINO



Oportuna, lúdica y sugerentemente, la Universidad Rafael Landívar en su 45°. Aniversario de fundación, a través de Antonio Gallo, SJ, sugiere una revisión de los tiempos que estamos viviendo, impregnados de mucha confusión, distorsión y de grave contradicción en torno a qué son los valores, en general, y los valores morales, en particular. En este sentido, estamos frente a tiempos decisivos de cara a retomar los auténticos valores sobre los cuales asentar nuestro comportamiento personal y profesional, así como nuestra convivencia social.

Siendo parte de una organización educativa, el autor nos hace una invitación a... vivir e irradiar, en el aula y fuera de ella, los valores que expresen el ser miembros de una comunidad educativa que busca y que pretende la “excelencia académica con valores”.

La presente publicación quiere indicar cuáles son las raíces últimas de los valores y cómo configuran al ser humano, haciéndolo capaz de convivir, perfeccionarse y comunicarse.

PROGRAMA DE FORTALECIMIENTO ACADÉMICO



Universidad Rafael Landívar  
Biblioteca



142732